

JOAQUIN BELDA

# El faro de Biarritz

NOVELA



BIBLIOTECA HISPANIA



BIBLIOTECA REGIONAL



1597528



2464188  
BIBLIOTECA REGIONAL  
MURCIA

370

A-4-D

EL FARO DE BIARRITZ

FA  
4156

T. 1: 94.205



## OBRAS DEL AUTOR

*La suegra de Tarquino* (7.<sup>a</sup> edición).  
*¿Quién disparó?* (3.<sup>a</sup> edición).  
*Memorias de un suicida* (3.<sup>a</sup> edición).  
*¡Saldo de almas!* (4.<sup>a</sup> edición).  
*La farándula* (6.<sup>a</sup> edición).  
*La piara* (2.<sup>a</sup> edición).  
*Alcibiades-Club* (3.<sup>a</sup> edición).  
*El pícaro oficio* (2.<sup>a</sup> edición).  
*La Coquito* (8.<sup>a</sup> edición).  
*Una mancha de sangre* (3.<sup>a</sup> edición).  
*Aquellos polvos...* (3.<sup>a</sup> edición).  
*Más chulo que un ocho* (4.<sup>a</sup> edición).  
*Las roches del Botánico* (3.<sup>a</sup> edición).  
*La pregunta de Pilatos* (2.<sup>a</sup> edición).  
*Memorias de un «sommier»* (4.<sup>a</sup> edición).  
*Las chicas de Terpsícore* (3.<sup>a</sup> edición).  
*Un pollito «bien»* (2.<sup>a</sup> edición).  
*Traviatismo agudo* (2.<sup>a</sup> edición).  
*La Diosa Razón* (2.<sup>a</sup> edición).  
*La bajada de la cuesta* (3.<sup>a</sup> edición).  
*El Compadrito*.  
*Tobilleras*.  
*Función de gala*.  
*Los nietos de San Ignacio* (2.<sup>a</sup> edición).  
*Los Corrigendos*.  
*Las bodas de oro de mi colegio*.  
*¡Visca Catalunya!*

### EN COLABORACIÓN:

Con Luis Antón del Olmet: *Cuentos de color de esmeralda*.

### TRADUCCIONES:

*El burdel de Filiberto* (*La maison Philibert*), de Jean Lorrain.



IOAQUÍN BELDA

R  
1937

E L . F A R O  
D E B I A R R I T Z



BIBLIOTECA HISPANIA  
CID, 4 MADRID

1924





---

Es propiedad del autor.  
Copyright by Joaquín  
Belda.

---

---

Súcesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID



---

## EL FARO DE BIARRITZ

---

Se equivocaba Marinette de medio a medio. Tampoco aquella noche se veía la Luna, como no fuera en la película de algún *cine*.

Era en vano que el almanaque señalase pomposamente: "Luna llena. Salida a las 7 y 30." La pobre Micaela, cansada de mirar al cielo desde todos los rincones de Biarritz, decidió por fin recogerse a su albergue, que era una pensión modesta de la avenida de Osuna.

Desde que había llegado a la hermosa playa vasca tenía la muchacha madrileña dos deseos fervientes que más bien eran dos caprichos: acertar un pleno de cinco francos en los caballitos del Casino Municipal, y ver el mar desde lo alto de la Atalaya, en una noche de Luna llena.

Como se ve, se trataba de dos plenos.

El primer deseo se le había logrado dos noches antes, pero a medias, como se logran casi todos los deseos en este mundo: puso cinco francos al 7, y salió el 7. Pero... Marinette, que estaba a su lado, y que al día siguiente había de pagar la semana en su pensión—un chamizo de la calle de



Juana de Arco—, le pidió prestados—¡je, je!— cincuenta francos, y la chica, al dárselos, despidióse de ellos como se despediría uno de un amigo que se marchase al Polo en camiseta y con una bronquitis crónica.

Lo del plenilunio ya era más difícil.

Marinette, al separarse de ella a las siete de aquella tarde, le había dicho, en aquel su chapurrado lenguaje español que parecía una derivación dialectal del esperanto:

—Mira, Mica, lo que es esta anoche tú ves el Luna, porque sale siempre, aunque no quiera... E como no hay nubes... No tienes más que asomarte a playa... Yo no acompaño porque estoy citada con Fon-Fon en el *rocher* de Basta.

—¿Para qué?

—¡Oh! Nuestros asuntos.

Era simpática aquella Marinette: rubia, muy rubia, con el pelo muy limpio siempre, como que se lo lavaba tres y cuatro veces al día, en una verdadera obsesión de limpieza. Felizmente para ella, no era guapa; era algo más: atrayente. Los ojos, azules, muy vivos; los labios, tan gruesos que parecían hinchados de resultas de un puñetazo, la tez, muy blanca, y el cuerpo, torneado a perfección, era ese tipo de mujer en la que uno no se fija la primera vez, pero que poco a poco nos va atrayendo, como por sus pasos contados y sin empalagarnos nunca con su belleza dulzarrona de *chantilly* o de cromo de Murillo.



Micaela, morena y guapa ella, hija feliz de unos porteros del madrileño Postigo de San Martín, era, como hembra, el tipo opuesto. Alta, erguida, de formas que bordeaban la gordura, y que caerían en ella a poco que la chica se descuidase, venía a ser la hembra sensual, de caderas amplias y pechos saltarines, excitante sin proponérselo, porque en el fondo, y a pesar de todo aquel aparato escénico, era, como casi todas, una infeliz.

Desde las nueve a las once de aquella noche de julio, la muchacha había recorrido casi todo Biarritz en busca de la realización de una de sus ilusiones. Su primera visita había sido para la Atalaya, y desde allí, bajando al Port-Vieux, había pasado ante la sombra misteriosa de Villa Belza, llena de evocaciones siniestras, y había llegado hasta la costa de los vascos. La soledad del paraje a aquella hora le hizo volver atrás, y, casi sin darse cuenta, fué a parar al puente que da paso a la roca de la Virgen.

Se volvió desde su mitad y metióse por el túnel que lleva hasta la parte alta del puerto.

La soledad y el silencio seguían envolviéndola, y a no ser por un cochecito de los del servicio público, que pasó ligero al trotecillo de su caballito de Tarbes, la muchacha enamorada de la Luna se hubiera creído en la galería de una mina, enterrada en vida sin remedio.

Desde allí no era fácil que viera la Luna. Sin seguir un camino determinado encaramóse por



los senderos que suben a la plaza de Santa Eugenia y, una vez en ella, volvió a subir hacia la espalda del Hotel de Inglaterra, por aquel caminito en zigzag que parece el trazado de un tobogán.

Sin saber por qué buscaba las alturas, como si desde ellas hubiese de ver mejor el espectáculo soñado; y aun siendo todo Biarritz una prominencia con relación al mar, Mica se iba encaramando sucesivamente a los puntos más altos, como si buscase la Luna por aproximación.

Ló curioso era que la chica ni por casualidad alzaba los ojos al cielo: acaso se lo impidiera el ala del sombrerito—este año se llevaban pequeños—, que, arrancando de las cejas, venía a cubrir con su área casi hasta la punta de la nariz; pero era lo cierto que cada vez que llegaba a uno de sus puntos de observación, clavaba ansiosamente la vista en el mar, esperando ver en la superficie de las aguas la estela de plata del reflejo lunar. Ni una sola vez miró a lo alto para ver si entre las nubes aparecía el rostro burlesco de la novia de Pierrot. Se diría que temía una desilusión y quería retardarla.

Al bajar de nuevo al bulevar de la gran playa, pasó la joven unos momentos de verdadero terror, de ese terror sin causa determinada, que es acaso el que más cohibe. La espesura del follaje era tan densa en aquellos senderos de la espalda del Hotel de Inglaterra, que se perdía toda noción



de espacio y a cada momento se creía ir a poner el pie en el abismo; además, el camino daba tantas vueltas y revueltas que parecía alargarse hasta el infinito. De existir en Biarritz atracadores de profesión, aquél sería un escenario magnífico para sus hazañas.

Sana y salva pisó Micaela, por fin, la pista alquitranada del bulevar, y al pasar ante el puente que conducía a la roca de la Basta dedicó un recuerdo a su amiga Marinette, que a aquella misma hora estaría con el granuja de Fon-Fon, refugiados ambos en el banco más... galeoto, y dedicados a... las labores propias de sus sexos respectivos.

Porque lo que la simpática francesa llamaba *nuestros asuntos* no era más que eso: un poco de regocijo carnal. Ahora, que no mentía. ¿Qué mejor asunto que ése?

Al doblar la rotonda del Casino Bellevue, la madrileña vió la gran playa y sus contornos completamente desiertos. La noche estaba húmeda, era tarde, y el viento del mar, que soplabá con relativa fuerza, había barrido aquellos parajes. Las luces del Casino Municipal y del café de la playa, con esa tristeza del alumbrado público en las noches de lluvia, sólo servían para iluminar el vacío absoluto del amplísimo espacio.

Fuera de Mica, allí no había a tales horas más seres vivientes que las orugas de los tamarindos.



que seguramente dormirían ya. Ser humano, ninguno.

A lo menos eso creía ella; pero de pronto, del muro de piedra que limita el paseo por aquel lado, destacóse un bulto que vino a plantarse en el camino de la muchacha. No tuvo ésta tiempo de hacer una desviación, y vino a pasar rozando con el hombre—era un hombre, no le cabía duda—, que exhalaba un agradable olor a tabaco inglés.

Le dijo unas palabras en francés, que Mica no comprendió; del idioma de Molière y de Mistinguette sabía la muchacha lo suficiente para el trato diario y para desenvolverse en la mesa, en las tiendas y en su alcobita acogedora de la pensión, cuando entraba en ella acompañada, cosa que acontecía con harta frecuencia; pero del resto no chamullaba más arriba de diez o doce palabras. Sin embargo, por la hora y por la actitud melosa del sujeto, comprendió de lo que se trataba.

Por hoy, despreciaba la invitación. Ella había salido a la calle a ver el mar alumbrado por la Luna y no a hacer hombres.

Apretó el paso, y, por la subida del Casino Municipal, ganó la avenida de Eduardo VII y se metió en la antigua calle de Francia, hoy avenida de Verdun.

De allí a la de Osuna sólo unos pasos. Los anduvo la españolita sorteando algunas parejas que hacían en la calle el programa de una noche o de una hora de amor, y después de saludar a



algunas compañeras de profesión que le eran conocidas, llegó ante la verja de madera de su pensión.

Antes de entrar en ella miró al cielo, por única vez en la noche. Su mirada fué como un reproche melancólico a la imagen del novio que ha faltado a una cita.







---

Daniel Urrutia había venido a Biarritz para quince días, y llevaba ya cuatro años sin alejarse más de diez kilómetros de la plaza de la Mairie.

Cuando alguien le preguntaba si es que pensaba quedarse a vivir en Biarritz para siempre, contestaba muy formal:

—No, no... Lo que me pasa es que no veo el momento de marcharme. Ya este mes que viene voy a hacer una escapada a Madrid.

Y así llevaba cuarenta y tantos meses. El mes que viene... no venía nunca.

En Madrid, en ese Madrid dorado y risueño del *bar* del Palace, de Maxim's, del Palacio de Hielo y del Hotel de Mercedes la *Esquizofrénica*, parajes todos donde Daniel llevaba varios años de popularidad, su ausencia prolongada había descerrajado el cajón de los chismes, y circulaban diversas invenciones a cuál más pintoresca para explicar el destierro del simpático *sportsman*.

—¿Quién? ¿Daniel? Si no puede volver a Madrid—afirmaba a lo mejor uno que presumía de



enterado—. Su tía Carlota le pasa una pensión de veinte mil pesetas anuales, pero a condición de que no se mueva de Biarritz.

—No hay tal pensión—contradecía otro no menos desposado con la verdad—. Lo que hay es que Aurora, la mujer de Paco Casanueva, ha jurado echarle al rostro un bidón de vitriolo en cuanto le vea aparecer por la Puerta del Sol. ¡Como Daniel se portó tan cochinamente con ella, dándole la patada después que la hizo aquellos dos chicos gemelos!...

Otros decían que la cantidad de pesetas que Urrutia debía al sastre, al zapatero, al camisero, al joyero y... a la *Esquizofrénica* era tan fabulosa que hacían imposible su regreso a la Corte, como no fuera dentro de un tanque blindado. Y no faltaba quien, más piadoso, lo achacase todo a una prescripción facultativa: el joven estaba tan delicado del duodeno que los médicos se habían creído en el caso de advertirle que si probaba el agua del Lozoya fallecería antes de los cinco minutos.

Y, sin embargo, nada de eso era verdad: ni deudas, ni pensiones, ni vitriolo, ni duodeno. El destierro de Daniel Urrutia era completamente voluntario. En primer lugar, él no se había marchado de Madrid más que para una ausencia de quince días; la prueba de ello era que al marcharse, en aquel día 23 de agosto de hacía cuatro años, como su criado, al salir él para la es-



tación, le presentase la cuenta del sastre, que habían llevado la noche antes y que importaba siete mil pesetas, le había dicho al servidor:

—Dile que ya se la pagaré a mi vuelta. Total, que espere unos días.

Y había sido sincero al decirlo.

Sólo que... al tratar de hacer el equipaje para la vuelta, una pereza oriental le invadía, una desgana absoluta parecía apoderarse de sus músculos y de sus nervios y, clavándole en el sillón de su cuarto, de su verdadero nido del barrio de las Termas Salinas, le hacía diferir el viaje como quien aplaza la realización de una pesadilla.

—Me iré el mes que viene—se decía muy convencido.

Y al decírselo, un diablillo burlón parecía sonreírle desde el rincón de la alcoba, por encima de aquella cama turca donde tan buenos ratos había pasado.

—No te irás. ¡Si lo sabré yo!—decía el diablillo, y desaparecía de un salto.

Ahora mismo, en esta mañana de los últimos días de julio, contemplando desde una mesa de la terraza del Novelty la animación, ya muy intensificada, del Biarritz veraniego, Daniel, al ver pasar por la plaza un ómnibus cargado de baúles y maletas, camino de la estación, no podía menos de ponerse melancólico.

—¡Qué horror!—pensaba—. Esa pobre gente, turistas de esos que vienen para cuatro o cinco



días a los sitios famosos, tendrá que meterse en un tren, pasar varias horas tragando carbonilla, asfixiarse de calor durante las horas del día, no comer o hacerlo mal, no poder tomar un baño tibio o helado en el mar, tener que bregar con los equipajes y con los mozos de las estaciones... ¡Qué horror!

Y al pensarlo, el joven se llevaba a los labios la copita de oporto que tenía delante, y, bebiendo un sorbito con delicia, se llenaba con él toda la boca. Al mismo tiempo, y sin que la asociación de ideas se le ofreciese muy clara, se acordaba de la cama turca de su habitación, del fuego de la chimenea en las veladas solitarias del invierno, de la frescura ideal de aquellas siestas veraniegas, con las maderas, nada mas que las maderas, de la ventana que daba al jardín, cerradas, dejando pasar por entre los listones de sus persianas el perfume ácido de las magnolias.

—Buenos días, Daniel.

—Se dice *bon jour*, hijita. Si no te lanzas, no vas a aprender nunca.

—Pues ya ves tú, eso de *bon jour* es de lo primero que aprendí y de lo poco que sé decir a tiempo; pero cuando hablo con uno de vosotros, no lo puedo remediar, pero me voy al madrileño en seguida.

Era Micaela, Mica, como la llamaban todos sus conocidos, pensando que aquella abreviatura daba



un aire exótico—algo así como montenegrino—a su nombre.

La chica volvía de tomar su baño en el Port-Vieux y, al pasar frente al Novelty, había visto a Daniel, que era allí punto seguro a aquella hora de la media mañana.

—¿No te sientas?

—Un segundo nada más; llevo prisa.

—¿Qué tienes que hacer?

—Tengo que ir a casa del peluquero, que me ha dado hora para las doce menos cuarto. Pero me sentaré un poquito.

Lo hacía con timidez, notándose en ella esa falta de soltura de la gallina que se ha equivocado de puerta y se ha metido en corral ajeno. Pidió un vermú, como hubiera podido pedir un plato de judías a la bretona.

—¿Qué tal te va por aquí? ¿Te pesa haber venido?

—No. Me encuentro muy a gusto.

—Bueno, pero de aquí...

Daniel juntó el pulgar y el índice de su mano derecha.

—Chico, no me quejo. Gano para vivir, y de cuando en cuando me permito el lujo de ir a Bayona y gastarme unos francos en ropa. Además, que en Madrid, en estos meses, se hace poco.

—Pero ¿dónde te va mejor? ¿Aquí o en San Sebastián?

—Aquí.



—Me alegro.

Y era verdad que se alegraba; porque en la venida, en la instalación veraniega de Mica en Biarritz para ejercer su honrosa profesión de mujer pública, tenía Daniel Urrutia una buena parte de responsabilidad. Y no porque el sobrino de tía Carlota se dedicase a administrar señoras de esa clase, sino porque en su afán de traerse a Biarritz todo lo que pudiera de Madrid, había sugerido a la muchacha la idea de probar fortuna en los laberintos amorosos de la playa vasca.

La cosa había ocurrido una tarde de septiembre del verano anterior: Mica y unas amigas habían venido en automóvil a Biarritz, desde San Sebastián, para una excursión de unas horas; el joven se tropezó con ellas a la puerta del "Biarritz-Bonheur", en el momento en que las pájaras salían haciendo cuentas de los francos que valía una peseta y de cuánto les hubieran costado en España unos juegos de ropa interior, ¡muy interior!, que acababan de comprar.

Para celebrar el encuentro se las llevó a merendar a "La Chaumière", y, hablando de mil cosas distintas, dijo Daniel a Micaela:

—Tú lo que debes hacer el verano que viene es pasarte aquí unos meses. A éstas no les digo nada porque sé que no las dejarían sus chotos respectivos; pero si tú quieres, me avisas con tiempo y yo te buscaré casa.

La joven, que estaba bajo el encanto irresistible



ble de aquel viaje, que era su primera visita a Biarritz, le contestó:

—Mira, mucho que me gustaría. Lo malo es que como yo no entiendo el francés...

—Mejor. Fíjate que yo no te propongo que vengas aquí a dar unas conferencias, sino a ejercer tu carrera; y para eso, convendrás conmigo en que sobran la mayoría de las palabras.

—Eso sí.

—Además, que aquí, en verano, hay una verdadera plaga de españoles, y seguramente te encontrarías con muchos de tus parroquianos de Madrid.

La cosa quedó así, pero ahora, al cabo de ocho meses y mediado ya junio, Daniel había recibido una carta de Madrid en la que Micaela le comunicaba su propósito de pasar el verano en Biarritz y le encargaba que le buscara un sitio donde meterse y donde no tuviera que pagar mucho. "Nada de lujo—le decía en la carta—; el lujo ya lo gastaré yo para la calle."

Daniel cumplió el encargo, y después de emplear unos ratos de ocio en visitar unas cuantas pensiones del Port-Vieux y de los alrededores de la calle de Gambetta, se decidió por aquella casa silenciosa y recogida de la avenida de Osuna, donde Mica había instalado para unos meses su comercio íntimo.

El paraje era estratégico por demás; el conocimiento de los rincones de Biarritz que el joven



había adquirido en los cuatro años de su residencia, sirvió a maravilla en tal ocasión. Porque, no ya la casa, toda la avenida de Osuna era recogida y silenciosa, como propicia al amor discreto.

Aquel barrio pequeño formado entre las dos ramas de compás que eran la calle de Francia y la avenida de Eduardo VII, venía a ser como un oasis de paz en medio del bullicio del centro de Biarritz, que estaba allí, a dos pasos, por dondequiera que se saliese. Desde sus calles, tranquilas y como inhabitadas, se oía continuamente el ruido de los automóviles, los trompetazos de los tranvías, el murmullo compuesto de cien ruidos distintos de los sitios de mucha circulación; pero hasta ellas no llegaba más que eso: el ruido amortiguado. Era ese rincón apacible que hay siempre en el centro de las aglomeraciones urbanas—las calles de Barcelona y Tetuán, en Madrid—, sin duda para que se note mejor el contraste.

La pensión en que se había instalado Micaela tenía, como la mayor parte de las casas de Biarritz, su jardín, que servía de pórtico, en el que había media docena de macizos de hortensias, unos plátanos y unos parterres diminutos esmaltados de pensamientos. La habitación de la muchacha tenía una ventana que daba a uno de los lados del edificio, casi rozando con una pared medianera. La dueña, una noble dama de Dax, alta,



erguida y afectuosa, trataba a sus huéspedes con una altivez no exenta de cariño, y cuidaba de que en su cocina estuviese siempre a punto el agua caliente.

Los doce huéspedes que cabían en la pensión, y que en los días de las grandes aglomeraciones se convertían en veinticuatro, pertenecían a diversas caras del poliedro social (¡...!), pero casi siempre estaban en mayoría las lindas compañeras de profesión de Micaela.

Porque no habrá que decir que en el hospedaje, como en todos los de los países civilizados, reinaba la que podríamos llamar libertad de cultos, y uno o una podía meter en su lecho a quien le diera la gana, sin más condición que la de que al levantarse no se llevara las sábanas.

Muchas noches, durante los entreactos del Casino Municipal, en los románticos paseos por la terraza, frente al mar, Daniel veía cómo la amorosa madrileña, que había tendido sus redes hacía un rato, recogía en ellas un pez más o menos gordo. Era un señor que, al verla sola y bien dispuesta, se acercaba e iniciaba una conversación, prólogo indudable de otros diálogos más íntimos.

Otras veces, al retirarse el joven a su albergue en el principio de la madrugada y pasar por las cercanías de "La Chaumière" o del Hotel de Europa, veía desde lejos a Mica, plantada en una esquina y tratando de convencer a un individuo.



Era que de cuando en cuando, la joven, que habitualmente no era de las callejeras, descendía un poco de categoría y, al volver a casa, disminuía el paso y se dejaba querer.

Y Daniel, si veía que el señor vacilaba, sentía ganas de descender del cochecito de alquiler que siempre utilizaba a esas horas y procurar llevar el convencimiento al ánimo del sujeto.

—No lo dude usted: vaya con la chica; yo se la garantizo. Y luego, ¡si viera usted de qué buena familia es!

En cambio, si veía que los dos, formando pareja, se perdían en lo obscuro y en dirección a la avenida de Osuna, experimentaba una sincera complacencia.

La misma que experimentaría un padre de familia al ver cómo su hijo iba haciendo poco a poco su carrera, librándole a él, de paso, de la grave responsabilidad de la crianza.



---

Este año la gente había venido a Biarritz antes que ningún verano. Desde que terminó la guerra venía notándose, año por año, ese fenómeno que podríamos llamar de anticipación; pero la temporada actual iba, por lo visto, a mejorar todas las previsiones: estábamos en la última decena de julio, y Biarritz estaba lleno como año en septiembre.

¿Era que hacía más calor que otros estíos en Madrid y en París? ¿Es que la gente disponía de más dinero? ¿O era que el público se iba convenciendo poco a poco de que los encantos y atractivos de la soberana indiscutible de la costa de plata resultaban muchos para saboreados en una temporadita de un mes?

Sería lo que fuese, más lo cierto era que antes de que agosto asomase por el almanaque su faz llena de varón congestionado, ya los hoteles, llenos hasta las buhardillas, habían comenzado a rechazar viajeros, y en las pensiones de la calle de Francia y del Port-Vieux se apelaba a esos



alardes de estrategia que consisten en acostar a un huésped en el perchero del vestíbulo y en colocar mesitas para la comida en los rellanos de las escaleras.

Ya se hacía difícil encontrar mesa en Royalty a la hora del aperitivo, o en Miremont o Dodin a la hora golosa del te. Los automóviles, con una M muy grande delante del número de la matrícula, invadían ya las calles y las carreteras biarrotas, abandonando por unos meses el asfalto de la Castellana y el camino del *golf* de Puerta de Hierro.

La aristocracia española, ese conglomerado de viejas ilustres y pollos de cincuenta años, que parece venir en línea recta de las tinieblas de la Edad Media a los acordes de un *jazz-band*, había madrugado también para su temporada de Biarritz, y aunque en la vida artificial de la mayoría de ellos lo mismo suponían las orillas del Atlántico que las del Sena o Manzanares, estaban aquí todos, pasándose revista por las mañanas entre el Gran Hotel y la Mairie, con esa voluptuosidad que supone para el mundo elegante el simple hecho de contemplarse unos a otros.

Pero ninguno había madrugado tanto como Fon-Fon.

Fon-Fon estaba en la villa desde mediados de junio; había llegado en esos días en que Biarritz, muy preocupado en hacerse la *toilette*, aparece como de trapillo a los ojos del viajero.



¿De dónde había llegado Fon-Fon? ¡Ah! Eso no se sabía nunca. El joven, como esos personajes episódicos de las comedias absurdas, que salen para una sola escena, no se sabía nunca de dónde venía ni dónde iba cuando se marchaba. Se diría que al tomar el billete en la estación, pedía en la taquilla al empleado uno de primera clase para X.

Sería calumniar un poco a la aristocracia española afirmar que Fon-Fon militaba entre sus filas; si, hablando de aquélla, nos hemos acordado de él, ha sido porque el joven, adornado con verdadero don de gentes, era una de las figuras más populares de la colonia española de Biarritz.

El chico hacía esa cosa tan aburrida que se llama alternar, y en el *golf* su popularidad era tanta, que no se concebía tarde del verano o del otoño sin la presencia de Fon-Fon en aquella preciosa sábana de esmeralda que va desde el barrio del Gas al Hotel Regina.

Fué precisamente en el *golf* donde el simpático muchacho llevó a cabo la hazaña que más contribuyó a consolidar su aureola de hombre *bien* y, por tanto, indispensable. De vivir Homero habría cantado la proeza. El relato de ella cabe en tres líneas: un día, jugando un partido para no sé qué campeonato o no sé qué copa, dió un bastonazo tan formidable a la pelota, que aunque todos la habían visto salir disparada del hoyo en



que estaba refugiada, nadie la había visto bajar todavía. De esto habían pasado tres años.

Envidiosos, que nunca faltan, aseguran que aquel mismo día y a la misma hora, una buena mujer que tendía ropa en el jardín de su casa, en la calle de Jardines del barrio del Gas, recibió en la cabezota golpe tan formidable con un objeto duro caído de lo alto, que tuvo que ser llevada al hospital de Bayona, donde le dieron catorce puntos de sutura. Alguien habló de la caída de un bólido.

La hazaña bastó para inmortalizar a Fon-Fon. Muy pronto eclipsó en el *golf* las glorias de Polo Sanjuanena, aquel muchacho argentino de la colonia de París, que, por haber salvado tres años antes a cinco hermanos que se iban a ahogar durante un baño furtivo en la playa de los Vascos, gozaba la aureola de un héroe. Ahora Sanjuanena miraba con melancolía la popularidad del nuevo héroe, que para ganarla no había tenido que exponer su vida: si acaso la de la pobre mujer que tendía ropa en su casa del barrio del Gas.

¿De dónde era Fon-Fon? Acaso a él mismo se le hubiera olvidado: aunque hablaba el español con acento francés y cadencia argentina, puede que no fuera de ninguno de los tres países. De su árbol genealógico no se conocía más que una rama: su padre, un buen señor de origen judío que murió atropellado por un carretón en las



calles de Madrid. La cosa revistió todos los caracteres de un suicidio: aun duraba en toda Europa la influencia lacrimógena del *Werther*.

Entre otras muchas cosas, Fon-Fon era ahora el amante del corazón de la rubia Marinette. Daniel Urrutia, que tenía cierta hinchazón al campeón del *golf* desde que éste le había pisado la conquista de una camarera del Hotel Bayona, afirmaba que Fon-Fon era el chulo de la francesa; pero la cosa no parecía probable, pues la vida fastuosa que el muchacho llevaba—vivía en el Palais y gastaba camisetas de seda—no podía mantenerse con las ganancias de una mujer como Marinette.

Esta y el joven se habían conocido de un modo un poco trágico: una mañana, bañándose ambos en el Port-Vieux, donde la concurrencia era aquel día más espesa que un chocolate a la española, notó él que, en diversas ocasiones, el pie o los pies de una nadadora de gorro morado le acariciaban con violencia la parte alta del vientre en los pataleos de la natación. La primer vez no dijo nada, y hasta le resultó agradable aquella caricia pedestre de una mujer que no parecía despreciable, vista así en los dominios de Neptuno; pero al ver que la cosa se repetía, y cada vez con más violencia, hubo de protestar de lo que ya le parecía mucho pateo.

—Señora, por Dios, que usted ha tomado mi abdomen por un limpiabarros.



Ella, sin dejar de nadar, se volvió, miróle despectiva, y le dijo:

—¿Todavía se queja? Hace poco le he hecho lo mismo a aquel señor gordo que se baña allá abajo, y que es un millonario de Burdeos, y me ha dado las gracias.

Callóse Fon-Fon, dejó pasar un poco de tiempo, y cuando la rubia, muy decidida, iba nadando en busca de la cuerda que atraviesa la playa de parte a parte, zambullóse en el mar, y con su pericia de nadador, procuró colocarse en el fondo y debajo precisamente del lindo cuerpo de Marinette; cuando hubo asegurado el golpe, hizo una salida violenta hacia arriba y... la masa carnosa de la rubia salió volteada con fuerza, y, en la misma superficie del agua, dió una tremenda voltereta, quedando un largo rato con las piernas por alto y al aire las carnosidades posteriores, apetitosamente ceñidas por el *maillot*.

Cuando Marinette se enteró de quién había sido el que la había volteado, y adivinó en el rostro risueño de Fon-Fon que la cosa había sido completamente voluntaria, le obsequió con una sarta de injurias que hicieron enrojecer hasta a los salmonetes de mar adentro. Lo mejor que le llamó fué *cochòn*, y lo peor... hijo de padres desconocidos.

El, lograda su venganza, siguió nadando, alejándose camino de la barca que, en el límite de



la playa, vigila y protege las audacias de los bañistas.

Un cuarto de hora después, cuando Marinette, tendida desnuda en la arena de la playa, tomaba su baño de sol, Fon-Fon se acercó lleno de cortesía; empezó pidiéndola perdón por la que él llamaba broma náutica, siguió convidándola a barquillos y a un *sucré d'orge*, y terminó invitándola a almorzar en Opernaritz, un *cabaret* vasco del final de la calle de Mazagrán, donde confeccionaban un alioli maravilloso.

De todo aquello, y sobre todo del alioli, nació una amistad y más tarde un amor. Por lo menos en el pecho de Marinette; Fon-Fon, que era hombre complaciente, se dejaba querer, y no hacía poco; pues, aunque la rubia era mujer muy atractiva, resultaba pegajosa en demasía.

Las entrevistas entre los dos amantes celebrábanse siempre de un modo un poco clandestino, pues fuera de las mañanas, en cualquiera de las dos playas, a la hora del baño—terreno neutral en el que todas las promiscuidades están permitidas—, rara vez se les veía juntos; el ser Fon-Fon persona demasiado conocida y sus múltiples relaciones con lo más granado de la heráldica, hacían que el chico se guardase un poco de exhibirse con una horizontal, que no era además ninguna princesa de la galantería.

De ahí sus citas en la roca de la Basta en las horas calladas de la noche, en que el simpático



montículo parece una sucursal de la casa de la Costanilla madrileña... Otras veces se citaban al pie del faro, en las horas luminosas del atardecer, y allí, refugiados en cualquier rincón estratégico, se permitía Marinette hacer chistes, comparando la forma y dimensiones de la columna, salvaguardia de navegantes en la noche, con cierto paraje corpóreo de la pertenencia de Fon-Fon, que no podía exhibirlo en público sin exponerse a una multa... Y nunca faltaba en Biarritz, villa de los rincones propicios y galeotos, un escondrijo entre árboles y entre flores donde la pareja se ahorrase el alquiler del lecho en cualquier *meublé*.

Porque ésa era una de las manías de Fon-Fon: no quería entrar con su amante bajo techado. Ella vivía relativamente lejos, ya que la calle de Juana de Arco, en aquel rincón silencioso de avenidas que bordea la calle de España, caía fuera del movimiento del centro, e ir en busca de otro albergue le hubiera parecido a él poco poético.

—¡Cuánto mejor no es que nos amemos bajo los árboles!—decía el joven, explicando su manía.

Y ella, a quien aquel tributo rendido a Rousseau resultaba un poco incómodo, solía replicarle:

—Sí, pero yo le tengo miedo a las orugas. Aquí, en Biarritz, hay muchas, y ¡mira que si un día nos cae una encima cuando estemos en el momento psicológico, y la confundo yo con tu... imperativo categórico!

—Te advierto que hay orugas muy grandes.



Era verdad. Pero a pesar del miedo que a Marinette inspiraban los simpáticos animalitos, la pareja seguía amándose a cielo abierto, resguardados a lo sumo por un tamarindo o por un ramillete de hortensias.

Así dicen que se amaban los mortales en la Arcadia feliz.







---

En sus largos paseos solitarios por la que pudiéramos llamar campiña biarrota, Daniel Urrutia tuvo una tarde de la última semana de julio una sorpresa deliciosa.

Volvía del lago Marión, a cuya orilla había estado sentado un gran rato, leyendo la última novela de Pierre Benoit, cuando al ir a torcer por un camino llamado de Migron, para volver a Biarritz contorneando el cementerio de Sabou, vióse obligado a echarse a un lado del camino para dejar paso a un tálburi, que venía tan de prisa, que cualquiera creería desbocada a la yegua alazana que de él tiraba.

A pesar de la velocidad pudo ver el joven que la persona que guiaba el vehículo era una mujer y que iba en él completamente sola. También le pareció, pero esto no lo aseguraría, que la dama había hecho ademán de saludarle.

En efecto, como se quedara parado, mirando al cochecillo que, disparado como un cohete, iba ya a desaparecer en una revuelta del camino,



pudo ver que el vehículo disminuía la marcha y se paraba en seco poco después, obligando a su dueña a dar un bote en el asiento.

Volvióse la dama y empezó a hacer señas al joven agitando el látigo en el aire. Luego, viendo que Daniel vacilaba, intentó dar la vuelta con el carruaje; la estrechez del camino se lo impedía; pero ella, intrépida y contando también con la intrepidez de la yegua, obligó a ésta a alzarse sobre sus patas traseras, y dando un salto por encima de unas zarzas que bordeaban el camino, hizo girar al tálburi casi sobre sí mismo y lo puso en marcha hacia el paraje en que Daniel seguía inmóvil.

Antes de llegar, y antes de que hablase, la conoció él.

—María Teresa... ¿Pero es usted?

—Yo misma, hijo mío. Ya que no a mí, por lo menos ha debido usted conocer a "Pandora".

—¿Quién es "Pandora"?

—Esta—dijo risueña, dejando caer el extremo de la fusta sobre el lomo voluptuoso de la caballería.

—Es verdad... Pero si yo ni sabía que estaba usted en Biarritz.

—He vuelto hace tres días. Yo, en cambio, sí sabía que estaba usted.

—¡Claro! No me muevo nunca de aquí.

Hubo un momento de silencio. "Pandora" daba unas pataditas en el suelo y miraba de un modo



insolente a aquel señor que había sido el causante de la interrupción de su carrera.

—Ande, suba. Le llevo donde quiera.

—Pero...

—Digo, a menos que no vaya usted ya a tiro hecho por estos andurriales. En ese caso no he dicho nada. Por aquí se ven a lo mejor chicas muy guapas.

La respuesta de él fué subirse de un salto al asiento que quedaba libre al lado de María Teresa. "Pandora", al sentir el peso, y sin esperar a que se lo mandasen, reanudó su carrera, en dirección ahora a la avenida de la Negresse.

—¿Dónde quiere que vayamos?

—¡Qué graciosa es usted, María Teresa! A mí, ahora, a su lado de usted, todos los sitios del mundo me son indiferentes.

—¿Quiere que vayamos al lago Brindos?

—Como si me quiere usted llevar a la cárcel de Bayona.

Daniel, en realidad, desde hacía unos momentos, no sabía lo que le pasaba. ¿Sería posible que fuera él a lograr ahora, cuando menos lo esperaba, lo que, sin esperanzas, llevaba tanto tiempo deseando? A menos que se tratase de una broma...

El sitio que ella acababa de elegir como punto de excursión abría el corazón a todas las hipótesis optimistas. Las orillas del lago Brindos eran sin disputa el paraje más solitario de los alrededores de Biarritz: solitario porque, en un campo



tan poblado como lo es por lo general el francés, parece como que se había formado allá, por el principio de la región montañosa, un desierto de humedad y de verdura, y solitario también porque estando lejos de la villa y no siendo camino para ninguna parte, rara vez se veía alma viviente en aquel rincón.

Solos iban a estar probablemente, sin más testigos que la yegua, y a más de la complicidad que supone siempre el hecho de estar solos, contaba Daniel con la otra complicidad: la de la belleza romántica del paraje, que hubiera podido servir de modelo para el decorado de un tercer acto de opereta sentimental, de esas en que siempre hay una princesa chiflada que tiene un hueco en el corazón.

Atravesaban ya el principio del bosque de Bolonia cuando Daniel, por decir algo, preguntó a su amiga:

—¿Y qué tal por Londres? ¿No viene usted ahora de Londres?

—Cualquiera sabe de dónde vengo yo ahora.

—Le pasa a usted lo mismo que a Fon-Fon: que nunca sabe de dónde viene ni dónde va.

—Hombre, Fon-Fon... ¿está en Biarritz?

—Desgraciadamente.

—¿Por qué desgraciadamente?

—Ya sabe usted que es un tipo que me carga. ¿A usted no, María Teresa?



—Ya sabe usted que a mí no me carga nadie... y me carga todo el mundo.

—Ya...

—¿Qué quiere usted decir con ese ya enigmático?

—Nada.

A Daniel Urrutia seguía pareciéndole mentira lo que le estaba ocurriendo. El a solas con María Teresa en un carruaje... ¡Y menos mal que el carruaje era descubierto!

Pero por otro lado, el que lo fuese serviría para que, al regreso a Biarritz, les viese más gente, y como lo mismo ella que él eran hartos conocidos, los comentarios no iban a ser pocos. El no perdía nada con ello, ya que un hombre no pierde nunca porque le crean más o menos ligado con una mujer guapa o distinguida. Pero ¡ella!

Claro que al pensar así Daniel se olvidaba un poco del modo de ser de María Teresa. La señora de González Somera, que pasaba la mayor parte del año en Biarritz, aunque el Sr. González Somera sólo pasaba quince días en el mes de septiembre, tenía muy acostumbrada a la gente a sus rarezas y a sus campanadas, para que ahora pudiese chocar a nadie verla pasearse en lo alto del tálburi con Daniel Urrutia, que, después de todo, era un hombre de camisa limpia.

¿No había traído en cierta ocasión desde Bayona a la puerta del Casino Bellevue, solos también los dos en aquel mismo tálburi, a uno de los pri-



meros espadas que acababan de tomar parte en la corrida de toros? Un torero muy cursi, que presumía de señorito, y en el ruedo, cuando tenía la boca seca, se la enjuagaba con vasitos de Marie Brizard.

Y otra vez, a un violinista ruso que había venido a dar unos conciertos en el Casino Municipal, le había metido con ella en una gasolinera, y se habían ido los dos solos a San Juan de Luz; al llegar a la desembocadura de la Nivelles el violinista iba dando unas arcadas violentísimas, completamente mareado, no se sabe si por efecto del balanceo marítimo o por otra cosa.

Nada, pues, tenía de particular lo que María Teresa hacía ahora con Daniel. No les vería mucha gente, pero si los vieses, ¿qué había en ello de malo?

Al trote largo, casi al galope, "Pandora" subió el repecho de la carretera general, bordeada en aquella parte de villas recién construídas unas, dentro del invariable patrón del estilo vasco, y otras antiguas, casi ruinosas, las más interesantes éstas, con sus muros recubiertos de hiedra, las tapias de sus jardines agrietadas y los líquenes y matujas silvestres invadiendo el verde gris de sus praderas. Venían a ser rincones a propósito para contemplados en días brumosos, y a los que la luz fuerte del pleno sol restaba un poco de encanto.

A la derecha, al cabo de unos minutos, había



que abandonar la carretera general y seguir por un camino que, aunque ancho, parecía un sendero entre los árboles: tal era la magnificencia y exuberancia de éstos. Cerrando el paisaje a cada paso había castaños, álamos, plátanos y una profusión de altas hierbas que hubiera sido difícil definir y clasificar.

“Pandora”, desde que había entrado en el camino, parecía haber disminuído algo sus ímpetus; las moscas y algún que otro abejorro acudían a molestarla de cuando en cuando, como si se sintiesen atraídos por la piel lustrosa del animal, que tenía suavidades y reflejos de seda. Pero los bichos paraban poco en aquel tapiz viviente: un movimiento nervioso, un salto del animal en la marcha les hacía salir huyendo, como si hubiesen comprendido que no era aquél lugar seguro para sus expansiones.

Desde que Daniel había subido al carruaje se diría que “Pandora” caminaba con menos soltura, como si algo le molestase en la nueva carga. Y no sería ciertamente el peso del joven Urrutia: los sesenta y ocho kilos que arrojaba—se había pesado la noche antes en la báscula automática de la puerta del “Biarritz-Bonheur”—eran para un animal de sangre viva como “Pandora” algo así como si un atleta se metiese en el bolsillo un reloj un poco más grande que el que tuviese por costumbre llevar.

“Pandora” iba contrariada; ella sabría por



qué; de buena gana se hubiera vuelto a su cochera.

El camino doblaba en línea recta y empezaba ya allí la gran mancha de pinos que adornaba una buena parte del contorno, pinada inmensa que venía a formar como el estuche en cuyo centro estaba la turquesa gigantesca del lago. Se pasaba ante los muros altos de una granja de labor, por cuyos ventanales salía un agradable olor a vino, y se entraba ya en los que pudiéramos llamar dominios acuáticos.

Al estrecharse el carril se hubieran podido ver ya las aguas del Brindos, allá abajo, a no haberlo impedido la masa densa de los pinos que parecían confundir sus troncos. Avanzó el tálburi un poco más; desde que habían abandonado la carretera no se habían tropezado con más alma viviente que dos perros y unas cuantas chicharras.

—El camino que sigue ahora es muy malo —dijo María Teresa—. Vamos a dejar el coche aquí y seguiremos a pie hasta la orilla.

Llevó el tálburi a una especie de plazoleta, después de la cual el carril casi desaparecía debajo de unas plantas; se veía que por allí no pasaba de ordinario más que alguna que otra carreta.

Descendieron los dos, y María Teresa apretó el freno del carruaje. Después recogió todo lo que pudo las riendas de "Pandora" en el barandal del pescante, y acarició al animal pasándole la mano por la frente y el belfo. La bestia, al sentirse



acariciada por su dueña, cerraba los ojos, como para saborear mejor el contacto de aquella piel, más suave aún que la suya; después, cual si quisiera devolver la fineza, pasó repetidas veces el cuello y la parte baja de la cabeza por los brazos morenos de su propietaria, que, de acuerdo con la moda, los llevaba completamente desnudos hasta los hombros.

Daniel intentó también acariciar al animal; se diría que buscaba restregarse con aquella piel que había rozado las carnes de María Teresa. Pero no le salieron bien sus cuentas: la yegua, al sentir que otras manos que las de su... compañera de sexo, querían sobajearla, empezaba a agitar la cabeza con violencia y en todas direcciones, como si un moscardón pegajoso la estuviese chinchando las orejas.

—Déjela usted. ¡Se pone más estúpida a veces!

Empezaron a bajar el camino, más bien sendero, que conducía al lago; llevarían recorridos unos cincuenta metros sin decir palabra, cuando María Teresa, mirando a lo alto, exclamó:

—¡Pues nos han hecho la vinagreta! Mire usted lo que pone ahí.

Cortando el camino en toda su anchura había una valla tosca de madera, y encima de ella, sujeto al tronco de un árbol, un letrero grande decía: "Lago Brindos. Propiedad privada. Prohibida la entrada bajo pena de proceso verbal."



—¡Nada menos! Pues nos han reventado el paseo.

Daniel recordaba ahora haber oído hablar en casa de la baronesa de Murfi, aquel invierno, de la compra del famoso lago; pero, la verdad, era asunto del que no había vuelto a preocuparse.

—Sí, es verdad. Oí decir hace tiempo que lo había comprado no sé quién.

—No debe ser persona de mal gusto... Ahora, que yo no me quedo sin ver el lago.

Olfateaba el paraje, como buscando el punto vulnerable por donde abrir brecha en aquella cerca guardiana del derecho de propiedad. Por entre un macizo de pinos subía un sendero que casi no se veía a simple vista.

—Vamos a seguir por ahí; a alguna parte irá.

Aquello era ya perderse en la selva. La vereda se ahondaba, formando como un diminuto valle entre las dos orillas, cuya vegetación cada vez era más alta y más frondosa. No se necesitaba esforzar mucho la imaginación para creerse muy lejos del mundo habitado, de los parajes de civilización y mundanismo poblados de rastacueros y de acreedores.

Daniel Urrutia, obligado por la estrechez del camino a ir detrás de María Teresa, no levantaba la vista de los guijarros del suelo—fontana fecunda de tropezones—más que para fijarla, con fijeza de obsesión, en la nuca y el principio—un principio sin fin—de la espalda, un trozo de car-



ne, pálida que, esmaltada de un vello de melocotón, lucía bajo los ricitos alborotados de una melena recortada a lo Colón.

Llevaba ella en la mano derecha el sombrero, un medio meloncito de paja, que se acababa de arrancar de la cabeza como quien se arranca una pesadilla, y con él iba sacudiendo los mosquitos y las mariposillas que salían de cuando en cuando a saludar a los caminantes.

Y el mozo, mirando aquella nuca, pensaba en lo relativamente fácil que le sería caer de golpe sobre aquella mujer, dominarla contra el suelo, y lograr por la fuerza lo que, por lo visto, no iba a lograr nunca de otra manera.

A él no podría espantarlo como espantaba a aquellas moscas del camino.

Y en cuanto a pegajosos, ¡allá, allá se andarían!







---

Había un momento, uno solo, en que el sendero se ensanchaba y un grupo de castaños formaba como una glorieta pequeña. El suelo se tornaba más blando también, y un tapiz de césped convidaba a hacer un alto en la marcha.

—Vamos a descansar aquí un poco—dijo María Teresa.

—Vamos.

Y se dejaron caer frente a un boquete por el que se veía la casi totalidad de la superficie del lago.

Ya en dos ocasiones más, y ante dos caminos que bajaban hasta la misma orilla, se habían vuelto a encontrar otras vallas y otros letreros prohibitorios. Así, contorneando, habían recorrido ya muy cerca de la mitad de las orillas; y siempre allí, a unas docenas de metros, el lago poético se ofrecía a su vista a través del encaje de los pinares. El nuevo propietario había impedido que nadie llegase hasta sus aguas, pero no podía impedir que lo contemplasen.



De los cuatro lagos que en los alrededores de Biarritz formaban un encanto más que añadir a la suma de ellos, en que es pródiga la playa vasca, éste de Brindos era indiscutiblemente el más misterioso.

Para llegar a él había que apartarse de los caminos trillados, ir a buscarle al fondo del bosque, como a un brujo hechicero de esos que viven en una cabaña solitaria, sin pagar alquiler ni mucho menos inquilinato. La vía férrea de la frontera a París, aunque sólo pasaba a unos metros de él, casi lo ignoraba en absoluto, y sólo el viajero regional bien enterado de la topografía de la comarca hubiera podido verlo desde la ventana de su vagón: tal era de espesa la cortina que castaños, álamos y pinos formaban alrededor de sus aguas.

La soledad y el misterio nacían en él, no sólo de lo apartado de su escondrijo, sino de ser poco a propósito para automóviles y carruajes de gran porte el camino que conducía a sus orillas.

Los otros lagos tenían cada uno sus características, todos con fisonomía propia. Así, el Marión, pequeño, a dos pasos de Biarritz, era el lago preferido de los paseantes tímidos y de las señoras gordas que presumen de andariegas y se fatigan antes de llegar al medio kilómetro; sus reducidas proporciones le hacían aparecer como un extracto de los otros lagos, como esas ediciones-resúmenes que se hacen de las obras geniales para



que lleguen a conocimiento de quien no dispone de mucho tiempo para la lectura.

El lago Mouriscot es el lago aristocrático y romántico por excelencia. Es una gigantesca concha de agua entre bosques y praderas de cuadro de Wateau; favorito de los pescadores, que pasan tardes enteras muy quietos dentro de una barca en cualquiera de los rincones que forman sus orillas, lo es también de los enamorados que pueden exhibir en público sus amores, acaso por el recuerdo de una pareja de enamorados de estirpe real que pasearon no hace muchos años por estas aguas, y cuya evocación debe ser saludada con simpatía por todos los españoles.

El Chibertá, el lago del camino de la barra, es, en cambio, el preferido de los pintores, y sobre todo de las pintoras, inglesas en su mayoría, que acuden a sus orillas arenosas con el caballete y el estuche de las pinturas, enamoradas de las puestas de sol sobre el mar cercano y entre las ramas de los pinos, y del canto de los pájaros extraños, que abundan allí más que en sitio alguno de Biarritz. El hecho de tener que recorrer algunos kilómetros entre pinos antes de llegar a él, le hace también ser el predilecto de los enfermos del pecho: unos jóvenes y unas muchachas de ojos muy brillantes y aire un poco melancólico, que pasan varias horas tendidos cerca del agua sobre el suelo de arena, anticipo de la playa cercana.

Pero, en cambio, los enamorados furtivos, las



parejas que, por temor o por comodidad, buscan la soledad aliada con la poesía, se encaminaban, a pesar de la distancia, al lago Brindos..., y casi nunca perdían el viaje.

Claro que eso era antes. Ahora, un propietario, en uso de un derecho indiscutible, había cercado su nuevo dominio y había dicho a los enamorados, de un modo indirecto, que el que quisiera amar en secreto no contase con la tercería del lago. Nada perderían con ello las *maisons meublées* de Biarritz, donde, como en todo país civilizado, abundaban bastante.

Si Daniel Urrutia fuera un hombre presuntuoso, al oír antes de labios de María Teresa la propuesta de encaminarse al lago Brindos habría pensado que la joven le invitaba de un modo delicado a cultivar el romanticismo con ilustraciones carnales. Pero no sólo no era un presumido, sino que, en lo que hacía referencia a su amistad con María Teresa, era francamente pesimista.

Acaso le perjudicaba el exceso mismo de aquella amistad. La señora de González Somera no podía acostumbrarse a ver en Daniel Urrutia otra cosa que un amigo muy íntimo, el depositario a veces de sus confidencias, en las raras ocasiones en que un espíritu activo como el suyo estaba en vena de confidenciar.

Una de esas ocasiones era la tarde de hoy, por lo visto.

Casi echada en la hierba, le dijo de pronto a



Daniel, sentado a estilo moro, a dos pasos de ella:

—Hombre, ¿sabe usted a quién he visto en París?

—A Poincaré.

—No, en serio... A Javier.

Lo dijo con la mayor indiferencia: como lo decía y hacía todo. Pero Urrutia, al oírla, dió un salto y su postura mora se convirtió en una genuflexión completamente cristiana.

—¡María Teresa!

—¿Qué pasa?

—Pero... ¿no había usted terminado con Javier hace mucho tiempo?

Ella se le quedó mirando, con una mueca en la cara que prodigaba mucho: algo así como un encogimiento de toda ella, que la agraciaba extraordinariamente. Se diría que oía hablar un idioma desconocido.

—Ya sabe usted que yo no termino nunca con las gentes. Si me encuentro por la calle una cara conocida, ¿por qué no he de saludar a la persona que lleva esa cara?

—¡Saludar! ¡Si sólo fuera eso!...

—A Javier me lo encontré la otra tarde saliendo yo del hotel. Me convidó a comer aquella noche, y luego fuimos a ver a Sacha Guytry.

—¿Y luego?

—A ninguna parte. Pero, hombre, parece usted un novelista de esos llamados psicólogos, que no conciben un diálogo entre hombre y mujer sin



la colaboración del bidet... ¡Ah! Javier me dió muchos recuerdos para usted.

El joven fué ahora el que se la quedó mirando, pero con mirada de odio.

—¿A que no sabe lo que se me está ocurriendo?

—¿Qué?

—Cogerla por el cuello y apretar mucho, mucho, hasta que...

—Ya sabría yo defenderme.

—¿Para qué me ha hecho subir en el coche y me ha traído hasta aquí? ¿Para darme recuerdos de Javier Multedo?

—Me los ha dado y no iba a quedarme con ellos.

—Lo hubiera preferido.

—Pero ¿por qué le tiene usted esa rabia? ¡Si es un infeliz!

—¡Caracoles con el infeliz!

—Además, si yo supiera que me iba usted a creer le diría una cosa... Bueno, y aunque no me crea se la digo: sepa usted que entre Javier y yo no ha habido nunca nada.

Urrutia inició una risita que se parecía mucho al cloqueo de un pato.

—Esa risa es completamente estúpida. Yo nunca he presumido de santa, y no iba a presumir ahora con usted; pero la mitad de las cosas que me achacan son completamente fantásticas. Ya ve que casi nunca le he hablado de ello; pero, francamente, creí que me conocía usted mejor.



—¿Yo? ¡Pobre de mí!

Daniel se había puesto de pie, como queriendo con su actitud poner un final a aquella conversación. María Teresa levantóse también del suelo; mientras se metía materialmente en la cabeza el sombrerillo con que cubría su melena, dijo, como si hablase sola:

—Voy creyendo que en estas cuestiones no hay más que un hombre que tenga sentido común.

—¿Quién?

—Mi marido.

Ahora la respuesta de Daniel fué una carcajada, que le resultó algo brutal.

—Sí, ríase; pero es verdad.

Volvían por el mismo camino. No serían más de las siete; pero allí, en aquella trocha, abovedada por la selva de árboles gigantescos, parecía casi de noche. Las chicharras y demás bichejos que cantan sus alegrías al sol iban enmudeciendo poco a poco, cediendo la vez a los grillos, sapos y demás orfeonistas nocturnos que sólo chillan sus quejas a la luz de las estrellas. Unos reemplazaban a otros, para que en el paisaje rural no faltase nunca la nota lírica.

Empezaban a molestar los mosquitos. Se acusaba a los poéticos lagos de los contornos de Biarritz de ser los productores de los insectos músicos, que son una plaga de toda la región. Puede que ello fuera verdad; pero gracias a la abundancia de esos bichitos se veían obligados veranean-



tes y vecinos a dormir todas las noches bajo unos espléndidos mosquiteros, amplias nubes de tul que daban al lecho más humilde aspecto de cama imperial.

Apenas hablaban más que palabras sueltas. Parecían ir los dos de mal humor: él por haber perdido una ocasión más, y aun haberla entorpecido con sus reticencias, y ella no sabía a punto fijo por qué.

Cuando llegaron al sitio en que una hora antes habían dejado el carruaje se encontraron con una sorpresa: "Pandora" no estaba allí.

Como el camino hacía un recodo un poco más allá, asomóse a él María Teresa. Nada. No se veía absolutamente nada.

—¿Qué es esto?

Daniel, un poco atontado, miraba a ambos lados del camino, como queriendo hallar la solución del enigma. La ruta, abierta en una vertiente, ofrecía por un lado una cuesta arriba poblada de árboles y de matujas, que la yegua no hubiera podido en manera alguna salvar, y si hubiera descendido con el coche por el lado opuesto, que bajaba casi a pico hasta las orillas del lago, seguramente hubiera tardado poco en estrellarse.

—No le quepa a usted duda, María Teresa: eso es que el animal ha empezado a comer hierba del suelo y, sin darse cuenta, se ha ido alejando poco a poco.

—¿"Pandora"? No lo hace nunca estando en-



ganchada; además, que para bajar la cabeza habría tenido que romper el correaje.

—Lo habrá roto.

—No, señor; lo que ha pasado es que me han robado el tálburi y la yegua.

—¿Aquí? ¿En este país? Pero, hija, ¡por Dios!, si aquí se le pierde a usted un alfiler de corbata y aparece al día siguiente.

—Sí, pero en este país, como en cualquiera, y más por estos andurriales, nadie puede impedir que pase una banda de gitanos y, al ver un avío de éstos solo, arree con él. Ande, vámonos a Biarritz; cuanto antes demos cuenta, mejor.

Echó a andar a paso largo, de mujer decidida. Daniel la seguía como un faldero. y para consolarla, y un poco también porque lo creía sinceramente, iba diciéndola de cuando en cuando:

—Ya verá usted cómo nos encontramos a “Pandora” en el camino. ¡Menudo atracón de hierba se estará dando!

María Teresa le oía con esa indiferencia con que se oyen las estupideces cuando no se tiene gana de discutir. Lo poco que hablaba era para decir algo que nada tenía que ver con las advertencias del joven; más bien las contradecía.

—¿No se podrá hablar por teléfono antes de llegar a Biarritz?

—Desde la estación.

—Sí, pero eso ya nos desvía mucho.

Cada vez iba más de prisa. Aquella mujer, que



por muy pocas cosas se preocupaba, estábalo ahora muy seriamente. Además, parecía guardar cierto rencor a Daniel, como si aquel paseíto romántico hasta el lago en compañía de él fuese el causante del extravío de "Pandora"; en su lógica insensata de mujer no pensaba que lo del paseo había sido idea suya.

Urrutia conservó su esperanza de tropezarse con el tálburi hasta que llegaron a la carretera general; una vez en ella, no era posible que un carruaje completamente vacío no fuese detenido por nadie hasta que apareciese su dueño.

Al llegar a la carretera miraron los dos con ansiedad a la línea recta hacia Bayona y hacia la Negresse: no se veía nada.

Pasaban automóviles con bastante frecuencia. María Teresa los hubiera detenido a todos de buena gana para preguntarles si, en su ruta, habían visto algo.

Había unas casas al otro lado de la carretera, y Daniel tuvo la primera idea acertada de la tarde.

—¿Quiere usted que preguntemos ahí?

—Vamos.

La indagación resultó estéril. Una viejecita y una nena rubia muy mona y con el moco colgando, únicos seres que acudieron a su llamada, no habían visto absolutamente nada.

—¿Iremos por el lago Marión? Se acorta bastante.



—Por donde usted quiera.

La fortuna quiso ayudarles un poco: apenas internados en el camino, que en forma de c va desde la carretera a las orillas del lago, les adelantó un coche de punto que se volvía vacío a Biarritz. María Teresa, que se había vuelto rápida al oírlo, se apresuró a tomarlo.

Antes de dar la dirección preguntó al cochero si no se había encontrado un tálburi con una yegua alazana. El cochero tampoco sabía nada.

—Vamos a Biarritz. A la Alcaldía.

Daniel, sentado a su lado, contemplaba indiferente el paisaje. María Teresa iba dando unas pataditas en el suelo del carruaje.

A poco de pasar el cementerio de San Martín, cerca del cruce de la calle de España, unos gritos que salían de un automóvil pequeño que iba a cruzarse con ellos hizo parar al cochero. Detúvose también el automóvil y, antes de que lo hiciera, se arrojó de él un bulto negro.

Era Rosalía, la doncella francesa de María Teresa.

Con el rostro aterrado y dando grandes voces, vino hacia el coche.

—¡Señorita! ¡Señorita! ¿Qué le ha pasado a usted?

—A mí, nada, mujer.

—Pero ¿no se ha hecho usted nada?... ¡Menudo susto nos hemos llevado!

—¿Susto? Pero ¿cómo sabéis...?



Del *auto* se apeaban ya los otros ocupantes: el conserje de la villa de María Teresa y uno de los criados. Hasta entonces no se fijó la dama en el coche: era uno de los dos que su marido tenía quietos todo el año en Biarritz, para utilizarlos sólo durante quince días.

Rosalía, que se iba calmando poco a poco, fué la encargada de explicar la película.

—Figúrese, señora, cuando vimos llegar a la verja de casa el coche y la yegua solos...

—¿Qué dices? ¿Es que "Pandora"...?

—Hace diez minutos se ha presentado allí. Este—por el conserje—, al verla, salió a la calle, creyendo que la señora se habría apeado poco antes, y como no vió a la señora vino corriendo a buscarnos, diciendo a gritos: "¡A la señora la debe haber ocurrido algo con el carruaje!"

—¡A ver!—dijo el aludido, que era oriundo de la madrileña calle del Divino Pastor—. Yo había visto salir a la señora buena y sana, una hora antes, guiando su coche, y me veo volver a éste solo...

—Entonces, casi sin darnos cuenta de lo que hacíamos, hemos decidido salir en busca de la señora; hemos echado por este camino como podíamos haber tirado por otro cualquiera. Mariano ha ido a dar parte a la Policía.

Mariano era el pinche de la cocina.

—Pues, hija, afortunadamente, no ha pasado nada. Nos hemos apeado el señor y yo a dar un



paseo, hemos dejado a "Pandora" en un recodo del camino, y cuando hemos vuelto ya no estaba.

María Teresa decidió que todos volvieran a casa; ella y Daniel en el coche de punto; los demás en el *auto* en que habían venido.

Urrutia, creyéndose ajeno a todo aquello, quiso separarse.

—A mí me va usted a dejar en la plaza de la Mairie.

—Sea usted galante, hombre. Acompañeme hasta casa.

Y al decir esto, una risita burlona, que nadie vió, se dibujaba en sus labios.

Ella se figuraba lo ocurrido. Ni robo del carruaje, ni alejamiento inconsciente de "Pandora" mientras comía hierba. Todo había sido un movimiento consciente del animal.

Cuando llegaron ante la cerca de madera que delimitaba la villa vieron desde fuera a la yegua alazana, enganchada aún al carruaje y muy sujeta del morro, como si temiera que se escapase otra vez, por Tomás, el lacayo de María Teresa. Con el azoramiento del suceso no se había atrevido a desengancharla y meterla en la cuadra.

Su dueña fué a ella y empezó a reñirla mientras la acariciaba como de costumbre.

—Pero ¿qué has hecho? ¿Te has cansado de esperar?... ¿O es que te has vuelto loca? ¿Se hace eso con su ama?

Esta vez el animal no devolvía las caricias res-

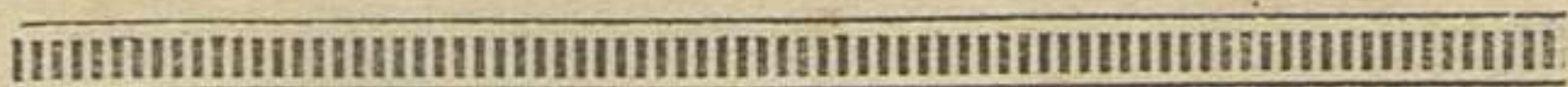


tregándose por el brazo desnudo de la señora. Y, desde que había entrado Daniel en el jardín, le miraba descarada con sus ojos inflamados como dos escarabajos de esmalte.

Con aquella mirada, y con todo su aspecto agresivo, parecía querer decir:

—¡Anda! Para que os perdáis otra vez juntitos por los senderos. ¿Qué creíais? ¿Que os iba yo a tener la cesta?





Todas las mañanas, en punto de las once, Fon-Fon aparecía en lo alto de la escalinata de piedra que, desde la plaza del Port-Vieux, bajaba en dos tramos a los baños de la playa.

Lo primero que hacía era, desde la balaustrada, a cuyo pie estaba el gigantesco reloj, lanzar una mirada a la explanada de arena que descendía en declive hasta el mar; explanada que variaba a diario sus proporciones según la altura de la marea. Y desde allí, haciendo de la mano pantalla para los ojos, si lucía el sol, buscaba con la vista hasta encontrar lo que buscaba.

Y lo encontraba casi siempre.

Entre las muchas figuras que, en posiciones más o menos artísticas, tomaban el baño de aire y de sol después de haber tomado el de agua, había una mujer alta, de carnes llenas, pero delgadas, y ya muy tostadas, que, enfundada en un *maillot* negro y con un gorro colorado a la cabeza, aparecía tendida sobre su manta de baño.



Fon-Fon la hubiera conocido a cien leguas: era Marinette.

Se citaban allí todos los días, y la cita tenía mucho de original.

—Como tú madrugas más que yo—le había dicho el joven—, llegas, sacas tu cabina, te desnudas y me esperas en la arena. Cuando yo llegue haré lo propio, y al dirigirme al agua pasaré por tu lado, te haré cosquillas con el pie y nos metemos juntos en el Océano.

El programa se venía cumpliendo a la letra todas las mañanas; algunas veces, al llegar Fon-Fon junto a Marinette, tendida en postura de revista moderna, se la encontraba de coloquio con algún pollo o señor mayor que, desnudo también en traje de baño, quería pescar truchas a bragas enjutas; ello no le impedía darle con toda seriedad unas pataditas en la cadera o en los alrededores del ombligo. Marinette, al sentirlas, se ponía de pie y echaba a correr hacia el mar, dejando a lo mejor con la palabra en la boca a su galanteador, que, para que le pasara del todo la sorpresa, tenía también que zambullirse en el agua.

Fon-Fon entraba siempre en ella de golpe; el temblor de ahogo que produce la inmersión en agua fría no duraba en él más que unos segundos; al volver a la superficie después del primer capuzón, que prorrogaba todo lo que podía, sentíase ya tibio, como abrigado por el agua misma,



que, al librar el cuerpo del aire, constituía un positivo refugio contra el frío.

Marinette era más cauta. Buena nadadora también, como Fon-Fon, entraba en el agua con las mismas precauciones con que entraría de puntillas en una casa a robar de noche. Primero sumergía la punta de un pie, luego la del otro, más tarde se arriesgaba a introducirse hasta las rodillas, y para permitir que el líquido elemento llegase a humedecer las partes sagradas de su cuerpo, que son en la mujer asiento y refugio de la maternidad, tenía que haber dejado transcurrir sus buenos diez minutos.

Claro es, ¡oh, la mujer!, que todos aquellos pasos en el alambre no eran sólo timidez y miedo al frío: era también que Marinette, enamorada de su profesión, hacía siempre que le era posible propaganda de ella. Y ¿qué mejor propaganda que lucir a plena luz su cuerpo desnudo, triunfando con el moldeado del *maillot* sobre la espuma de las aguas?

Tanto más cuanto que la chica sabía perfectamente que nunca faltaban, al borde mismo del mar, o allá arriba, en los paseos que, como brocal de un pozo, rodean la playa, los mirones interesados, que van allí como quien va a tomar el vermú o al mercado de ganados a elegir una jaca.

Ya dentro del agua, los amantes separábanse poco. El joven, dentro del líquido elemento, hacía todas esas monadas tan propias de la persona que,



por estar siempre de primera figura en todas partes, se ve obligada a llamar la atención hasta dentro de un retrete; daba violentos pirigallos para capuzarse, salpicando de agua a los demás bañistas en varios metros a la redonda; se agarraba a la cuerda que atravesaba la playa de parte a parte, trepaba y hacía sobre ella varios ejercicios de circo; se arrojaba desde lo alto de la roca artificial emplazada a la derecha de la playa, procurando hacerlo en postura de objetivo de fotógrafo...

En rigor, podía decirse que lo hacía todo menos bañarse. Lo único que no hacía era alejarse mucho de la orilla. En este baño, favorito de los nadadores formidables, algunos de los cuales llegaban en unas brazadas hasta el pie mismo de la roca de la Virgen, Fon-Fon no pasaba nunca de la barca colocada al fondo de la playa durante las horas de baño.

Para aquella relativa prudencia tenía sus razones: una vez, en el verano anterior, quiso hacer una hombrada. Se lanzó mar adentro, llegó hasta cerca de la roca llamada Boucalot, y... tuvo que volver a pie.

Esto de volver a pie de un viaje por el mar es proeza permitida a muy pocos nadadores; pero Fon-Fon, al izarse a duras penas y muerto de fatiga a lo alto del Boucalot, miró hacia tierra, calculó las millas—a él le parecieron tales—que le separaban de la playa, y, sintiéndose desfallecer,



prefirió ganar uno de los salientes rocosos del rompeolas de la Virgen y, trepando como un gato, volver al Port-Vieux dando la vuelta por la carretera.

Lo malo fué que al llegar frente al monumento a los muertos de la guerra, chorreando y con su aspecto de náufrago, se cruzó con un vehículo en el que varios hombres de boina, uno de los cuales tocaba con verdadera furia un cornetín de pistón, anunciaban el partido de pelota de aquella tarde; al ver al recién salido de las aguas por aquel sitio extraño quisieron aprovecharle como elemento para intensificar el reclamo, y le hicieron subir al coche. Fon-Fon volvió así al Port-Vieux, a la hora en que la concurrencia era mayor, llevado en triunfo y acariciado por los sonos de un cornetín. Desde entonces, siempre que Fon-Fon quería dar un paseo por el mar, alquilaba una lancha.

Ahora, en el baño, aparte las piruetas, prefería dedicarse al libre cultivo de la voluptuosidad en sus múltiples aspectos.

No es verdad que la frialdad de las aguas marinas apague los ardores sexuales de la carne: ello podrá ocurrir a los calamares, pero no a los individuos de la especie humana. No en vano Venus, al elegir un sitio para su nacimiento, eligió las espumas del mar.

Es un hecho indiscutible que la cara de las mujeres guapas resulta más guapa dentro del agua. Y a las feas, como sólo el rostro se las ve, se las



puede confundir fácilmente con un caballero, con lo cual, dicho se está que salen ganando.

Había tipos conocidos de vista solamente, lo cual intrigaba más.

¿Quién sería aquella morena, de ojos y boca grande, que llevaba el *maillot* sabiamente descolgado, de modo que se le veía más de la mitad de los pechos, dos magnolias tintadas por el yodo del mar? Hablaba francés y español, es decir, que era una de esas mujeres de dos lenguas que tanto abundan en Biarritz; pero por el acento se veía que era española.

¿Y aquella otra alta, en el límite ya de la estatura femenina para que no resulte fea, de cara muy blanca y facciones correctísimas, que al salir se envolvía en una manta color de naranja? También ésta era bilingüe: francés e inglés, y el acento denunciaba en ella su paisanaje con el rey Jorge.

Una chata, bien formada, de carnes bruñidas por el sol, que se daba baños de una hora y andaba siempre por lo alto de las rocas que guardan la playa, era de los tipos populares del Port-Vieux. Iba siempre, en el agua y fuera de ella, acompañada por dos pollos muy guapos, que no la dejaban ni para ir al *cine*—¡buenos primos serían!—, muy animados de continuo los tres. Fon Fon había oído decir que era una señorita francesa, de conducta irreprochable, a pesar de las apariencias, que vivía todo el año en Biarritz.



Para él la perla del baño, ya que no faltaba ni un solo día, era alguien acaso con menos personalidad, pero que a Fon-Fon le traía a mal traer desde que empezó la temporada.

Se trataba de una verdadera chiquilla—no tendría más de quince años—, con aires de mujercita, ojos verdes muy rasgados y una cara serena que a veces, muy de tarde en tarde, se animaba en una mueca de ferocidad. De cuanto tenía sobre su cuerpo, de formas aun imprecisas, lo mejor, lo más atrayente no se le veía en el baño: era el pelo, unos cabellos castaños que la chica, para meterse en el agua, se recogía dentro de un gorrito morado en forma de cofia, que apicaraba aún más su rostro.

En el día de hoy, uno de los primeros de agosto, Fon-Fon y la pequeña, por obra de la casualidad, entraron en el agua al mismo tiempo. Marinette se había quedado un poco retrasada, y apenas el joven había vuelto a la superficie de su primer capuzón, sintió que le daban una patada en la espinilla. Como para explicarle la patada, la voz de Marinette, que hoy, caso raro, se había zambullido de un golpe, le dijo con acidez:

—Mírala: ahí la tienes. Hoy te sentará mejor el baño.

Creyó el joven, y cualquiera lo habría creído en su lugar, que la alusión cariñosa de Marinette se refería a la jovencita que desde hacía algún tiempo tanto le preocupaba. Volvió el rostro y



vió que su amiga, con la mirada, le señalaba a una figura de mujer que, sola y enfundada en un traje blanco, estaba a la orilla misma del mar, con la mirada perdida a lo lejos.

Se fijó en ella, y logró descubrirla el rostro, a pesar de que las alas del sombrero casi se lo cubrían por completo.

Era María Teresa.



---

María Teresa bajaba muy pocos días al Port-Vieux.

En rigor, no era persona que frecuentase mucho un mismo sitio, y, enamorada siempre de lo imprevisto, no era capaz de hacerse un programa de horas fijas para todos los días.

Para Fon-Fon constituyó una sorpresa verla allí: en lo que iba de temporada era la segunda vez que la cosa ocurría, y por un momento concibió la esperanza de que la señora de Gómez de la Somera hubiese venido a la playa con ánimo de meterse en el mar. Pero no; bien pronto se disipó aquel porvenir de color de rosa; el joven recordó que la propia María Teresa le había dicho en cierta ocasión que ella no se bañaba más que en las termas salinas, y los días de lluvia solamente.

Aquella mañana el baño de Fon-Fon, más que tal baño fué una preocupación hidráulica. Parecía cohibirle la presencia de María Teresa, allí, casi rozando la espuma de las olas, y temía que



al realizar uno de aquellos ejercicios acrobáticos en que era maestro, le fallase un músculo e hiciese el ridículo delante de la bella espectadora.

Tampoco dejaba de preocuparle la actitud de Marinette. Lo primero que no se explicaba era cómo su amante se había enterado de que a él le gustaba un horror la española y había emprendido francamente su conquista desde hacía una semana. En sus conversaciones no había sonado nunca para nada el nombre de María Teresa, y además, Marinette, hasta entonces, había añadido a sus muchos encantos el de ser menos celosa que el colchón de una casa pública.

Ambas preocupaciones hicieron que durante el cuarto de hora que fué huésped de los dominios de Neptuno, apenas prestase atención a lo que otras mañanas constituía su ocupación predilecta desde que entraba en el mar: perseguir, acosar a veces a la pequeña de los cabellos castaños, proyecto de mujer que agradecía con una sonrisa aquellas persecuciones, sonrisa que enardecía más a Fon-Fon.

Muchas veces sus cuerpos se tropezaban debajo del agua. A pesar de lo que amortigua el choque y, por tanto, el sobo, la cortina púdica del elemento acuoso, el muchacho había logrado persuadirse así—por si no le bastaba con la vista—de que los pechos de la muchacha de catorce años más que proyectos eran esquemas, y de que la curva de sus caderas era una curva que se podía



tomar muy bien a una marcha de ochenta por hora, sin miedo a patinaje alguno.

Fon-Fon no llevaba su audacia al extremo de entablar conversación con la muchacha: Marinette estaba demasiado cerca, y lo que él le hubiera podido decir a la pequeña no debía oírlo la otra. Pero sí cambiaban frases sueltas, y él, muchas veces, después de haberla dado un encontronazo intencionado, que durante un rato había mantenido unidos sus cuerpos, la preguntaba con cierta socarronería:

—¿La he hecho a usted daño, señorita?

Ella replicaba siempre que no; y un día, a la pregunta burlona, contestó con su vocecita de niña sabia:

—No, señor; no me ha hecho usted daño: al contrario.

Desde aquel día, Fon-Fon estaba perdido. Siempre que veía a la pequeña se le agolpaba la sangre a la cabeza, y ya, en los coloquios íntimos con Marinette, cometía ese fraude, tan frecuente en los hombres que conviven con una mujer, de superponer la imagen de la persona deseada a la realidad palpable de la que se tiene entre los brazos.

Pero en la mañana de hoy, Fon-Fon, en el baño, había olvidado a la pequeña. La presencia de María Teresa, por aquello de que baza mayor quita menor, le tenía cohibido. Una de las veces en que aprovechando un relativo alejamiento de



Marinette, el joven, que por instinto no se distanciaba hoy mucho de la orilla, se quedó mirando a la dama con cierto descaro, ésta le sonrió como a persona conocida, y Fon-Fon contestó con un saludo todo lo reverente que se puede hacer dentro del agua.

Y él, interpretando aquello como una invitación, dió dos o tres manotadas para disimular y, acortando por hoy el baño, se dispuso a salir del agua.

Fué una desilusión que le hubiera dejado frío si en vez de salir del mar saliera de cualquier otra parte: María Teresa, al ver los preparativos de salida del bañista, abandonó la orilla y, andando todo lo de prisa que se lo permitía la arena, subió por la escalera de las cabinas de señoras y desapareció en la galería. Tres minutos después subió a su automóvil, un soberbio hispano-suiza, que la esperaba en la plaza del Port-Vieux, y partió hacia la calle de Mazagrán.

Fon-Fon renunció por aquella mañana a su baño de sol. Mohino, cabizbajo y sin secarse, encaminóse a su cabina, emplazada hoy en la galería de arriba.

Los pasillos de las cabinas, a esta hora radiante de la mañana, eran un ramillete de optimismo un poco estrepitoso. Los caballeros que volvían del baño, como si aquel contacto directo con una de las fuerzas de la Naturaleza, el mar, espolease su fisiología, colocaban ahora el prisma color de



rosa para ver a su trasluz los vulgares episodios de la vida.

Era una alegría formada de ese bienestar que sólo dan el baño y los últimos capítulos de algunos libros, por aquello de que ya van a terminarse.

Se oían mil canciones que subían por encima de los tabiques de madera que separaban unas cabinas de otras, como columnillas de un humo juguetón. Se cantaba de todo, desde las estrofas de Ossian, del *Werther*, hasta el “¿Porquoi j'plaisente?”; pero el repertorio favorito era el frívolo, flor de *cabaret* y de *music-hall*.

—*Si Lulú savait comme je l'aime...*—se oía con voz de barítono al fondo de un pasillo.

—*Depuis que j'fais la conquête d'une tout petit espagnolette...*—salía como un alarde lírico de esta cabina próxima a la galería.

Y en una, indudablemente ocupada por un español, resonaba el martilleo de *La montería*:

—*¡Hay que ver! ¡Hay que ver! Las cosas que hace cien años...*

Y lo mejor era cuando una canción iniciada por uno era seguida por el vecino de enfrente o de al lado, acaso sin proponérselo, por puro contagio auditivo.

—*Le fleur que tu m'avais tirai...*—empezaba alguien, iniciando la romanza de *Carmen*.

Y al punto, desde el pasillo de al lado, contestaban:

—*Dans la prison m'était resté.*



Algunos expansionaban su lirismo al desgaire, sin dar importancia a lo que cantaban casi entre dientes: se adivinaba al señor que entonaba la romanza de San Sulpicio, de *Manon*, "*O fuyez douce image*", mientras se doblaba para ponerse los calcetines, o al que iniciaba un número de *Ta bouci* al mismo tiempo que se metía por la cabeza la camiseta.

Otros, en cambio, ponían en su canción toda el alma: sacaban de la garganta y del pecho toda la voz, y casi se diría que les daban el baño gratis a cambio de que amenizasen el recinto de las cabinas.

Un director que hubiera podido armonizar todas aquellas voces, habría formado con la suma un orfeón magnífico. Desgraciadamente, el coro se disolvía poco a poco, a medida que los orfeonistas, ya vestidos, salían de las cabinas en busca del almuerzo.

La que hoy le había tocado en suerte a Fon-Fon era la señalada con el número 69: estaba situada en el segundo pasillo de la galería alta, y parecía reservada ex profeso, pues ya en un mes le había tocado cinco veces. Bien es verdad que a Fon-Fon parecían perseguirle los números con personalidad propia: su habitación del hotel tenía el número 13.

Al entrar hoy el joven en la estancia diminuta iba de pésimo humor: no tenía ganas de cantar, él, que de ordinario era uno de los primeros ele-



mentos filarmónicos del establecimiento. Metió los pies en el barreño de agua caliente que había a la puerta, y dió un formidable portazo para cerrarla.

Despojóse del bañador, y ya iba a dejarlo caer al suelo, cuando vió en él una cosa diminuta que brillaba, algo que había quedado enganchado en la tela húmeda; lo miró de cerca; era un broche pequeño, de platino al parecer, representando un cerdito al trote.

Con él entre el índice y el pulgar de la mano derecha, se quedó reflexionando un rato. ¿Cómo estaba aquello allí?... Hoy, precisamente, no había tomado el baño de sol, tendido en la arena, lo cual hubiera podido explicar que la diminuta alhaja se le prendiese al bañador en el suelo mismo de la playa.

Antes de vestirse sacó un trozo de papel de uno de los bolsillos de la americana, envolvió en él el hallazgo y lo guardó.

La cosa era irracional, pero el tal hallazgo había tenido la virtud de devolverle su buen humor.

Se vistió más de prisa que de costumbre: le corría prisa tomarse la copa de oporto con que, al pasar, se obsequiaba siempre en el *bar* del *Openeritz*.

Al salir al pasillo, se cruzó aún en él y aun después, en la terraza de la galería, con varios señores que volvían del mar. Eran los hijos de Neptuno, intrépidos y casi en pelota: las mantas,



llevadas al brazo casi todas, no eran más que un pretexto para hacer más airosa la figura; los bañadores habían caído muchos de ellos hasta la cintura para facilitar el baño de sol.

De una cabina salía un hombre robusto, como de unos cuarenta años, completamente en cueros, para echarse en el pasillo, por la cabeza, un barreño de agua caliente. Hombres serios que por una suma de mil francos no se hubieran atrevido a presentarse en calzoncillos en el Casino o en "La Chaumière" aquella noche, lucían aquí todas las molas de su cuerpo, aun las más íntimas, y exhibían con desenfado sus juanetes y sus pe-luchos.

Fon-Fon les miraba a todos con una profunda simpatía. Y de buena gana les hubiera convidado a todos también a una copa de oporto.



---

Aunque la madrileña Mica gozaba de amplia libertad para recibir en su pensión a quien se le antojase, a veces, por no ir hasta la avenida de Osuna, o simplemente por el placer de variar, llevaba a sus amigos de una hora a un hotel que, cara al mar, se alzaba en la esquina de una de las rampas que bajaban a la playa, en las proximidades de los soportales Lacombe.

Era un hotel modesto, que tenía un nombre por demás poético, *Hotel del Horizonte*, y en cuya planta baja había un café pequeño, que era de los rincones más simpáticos de Biarritz, la ciudad simpática por excelencia. Su dueño, un vasco rubio, que había nacido en Behovia, con un pie en Francia y otro en España, como decía él, era ciudadano francés, muy amante de su país de adopción, pero enamorado de su país de origen, al que conocía a maravilla.

Hablaba a la perfección los dos idiomas: el español y el francés; había vivido temporadas largas en Madrid y en Toledo, conocía Burgos y



Sevilla, y cuando alguien nombraba en su presencia el cocido madrileño, sus ojos brillaban con la misma intensidad glotona que si evocaban delante de él las ostras de Marennes o el vino blanco de Borgoña.

Desde el principio, Tomás, que así se llamaba el dueño del *Hotel del Horizonte*, le había cobrado mucha simpatía a Micaela; aunque la chica no era una cliente muy asidua de la casa, él se alegraba siempre de verla llegar, y hasta se permitía darla de cuando en cuando algunos consejos para la más perfecta práctica de su profesión.

—Aquí no pidas nunca a los amigos, si son franceses, que te den propina. Es cosa muy mal vista. Ajusta tu trabajo en lo que quieras, pero sobre eso no pidas ni un céntimo más.

—No tengas muchas amigas—le decía otras veces, después de haberla visto acompañada por alguna del gremio—, y a las pocas que tengas no las hables mucho por la calle.

Y en alguna ocasión, después de haber encontrado en la estancia recién abandonada por la chica y su conquista, señales indudables de... vampirismo—la cama intacta, las toallas casi impolutas, el frasco del elixir bucal con unas gotas menos—, le decía, como un padre que desea la comodidad de su hija:

—Eso no lo hagas más que cuando te lo pidan con insistencia; pero negarte, no te niegues del todo a ello.



Y así, con aquellas sabias y paternales advertencias, la chica se iba formando un cuerpo de doctrina que le era en verdad muy útil: por aquello de que si el amor es igual en todas las latitudes, tiene también sus regionalismos y hasta sus localismos.

Daniel Urrutia asistía también con relativa frecuencia al *Hotel del Horizonte*, pero no pasaba nunca de la planta baja, o sea del café, ya que para lo otro, es decir, para lo que se solía hacer en las habitaciones de arriba, tenía él su cuarto del barrio de las Termas Salinas, verdadera gruta de Venus con aguas corrientes.

Le era simpático aquel café, servido por un solo camarero, situado en el centro, pero apartado del tumulto de la circulación, y en el cual, durante las veladas, llenas del ruido del mar allí cercano, se oía la serenata de *Toselli* en el gramófono colocado frente al mostrador, mientras los ocupantes de las habitaciones del piso alto amaban de un modo menos sentimental.

En esta noche de agosto—¡oh, Musset!—, Daniel, más melancólico que de costumbre, había venido a pie y muy despacio, desde su barrio, a sentarse a la puerta del humilde local; para llegar hasta allí había tenido que dejar a un lado las fantasmagorías del comedor del Carlton, lleno a aquella hora de belleza y de lujo; el bullicio aristocrático que salía por los ventanales de “La Chaumière”, y que cruzar varias veces con la



fila de carruajes que se dirigían, llenos de esplendor, al Hotel du Palais, donde había aquella noche comida de gala.

A él no le interesaba nada de eso: ello estaba bien para los que venían a Biarritz en verano, a pasar unas semanas, y tenían que agotar en poco tiempo los encantos locales; pero él, pegado a aquel rincón privilegiado de la Tierra para toda la vida, como aquellas lapas de las rocas que había que arrancar con un cuchillo, no sentía interés alguno por aquellas llamadas fiestas mundanas, que suelen ser la mayor parte de las veces apoteosis del aburrimiento.

Además, hoy Daniel Urrutia no estaba para fiestas. Desde la tarde de la excursión al lago Brindos no había vuelto a ver a María Teresa más que de lejos y una sola vez. Iba escapada —¿para qué?— en un coche de punto, por la avenida de Eduardo VII; al verle le saludó sonriente, agitando la mano en alto varias veces hasta que el coche se perdió de vista.

Daniel, pensando en ella a todas horas, no sabía si la adoraba o la aborrecía. Había veces en que le era profundamente antipática: aquella ligereza suya, aquella simpatía que inspiraba, aun de lejos, a todo el mundo, le producían al joven verdaderas náuseas... Y al poco rato se dolía de aquella antipatía como un remordimiento. ¿Qué culpa tenía ella, después de todo, de atraer a la



gente como las luces atraen a los insectos, medio atontados?

Urrutia sentóse en uno de los veladores de la terraza; en el de al lado tres hombres, debían ser cocheros, hablaban animadamente y como si nadie escuchase su conversación:

—Esa señora vive aquí todo el año—decía uno de ellos, muy alto y con unos grandes bigotes rubios—; yo la he servido muchas veces.

—¿No vive por ahí, por detrás del *golf*?

—Más hacia acá, casi en el camino de Anglet.

Y uno chiquitín, gordito, a quien Daniel conocía mucho de vista, pues siempre iba en el pescante del coche diciéndole piropos a su yegua de Tarbes, preguntó, con los ojillos risueños:

—¿Y a qué hora te ha dicho que vayas a buscarla?

—A las once. Me ha dicho que me espere en la carretera, y en cuanto ella suba al coche, arree para el faro y, sin que me diga nada, la espere en la explanada, y que tenga paciencia y no me desespere aunque se haga de día.

—¿Es una hembra de primera clase!

—Muy guapa.

—¿Es española?

—Yo no lo sé; a mí unas veces me parece española y otras francesa.

—Será las dos cosas—dijo el de los ojillos risueños.



Hubo un silencio mientras apuraban los tres los *bocks* que tenían delante.

Daniel Urrutia no creía en las casualidades. Si, al oír la conversación de los aurigas pensó en María Teresa, fué porque, como tenía siempre lleno de ella el pensamiento, le habría sido muy difícil pensar en otra cosa.

También María Teresa era guapa, también ella parecía mitad francesa y mitad española, y su villa estaba también emplazada cerca del faro y entre el *golf* y el camino de Anglet. Pero en Biarritz había demasiada gente para pensar que precisamente había de ser ella la aludida por los cocheros.

Además, no le parecía la forma de aquella aventura nocturna cosa propia del modo de ser de la señora de Somera.

Los cocheros se dieron cuenta de que no estaban solos en la terraza, y pasaron a hablar de otra cosa. Debían también ellos conocer de vista a Daniel, como se conocen los habitantes asiduos de las localidades pequeñas, y a veces los de las grandes.

Al poco rato pagaron lo consumido y se marcharon; uno de ellos lanzó al joven una mirada de recelo.

Daniel estuvo poco tiempo solo: Tomás, el dueño del local, acudió a saludarle y hacerle un poco de tertulia. El gran hombre acababa de comer, y a su optimismo habitual añadía el que



siempre produce un condumio cuya digestión comienza con buenos auspicios.

Estaba satisfecho de la marcha del negocio; de sus asuntos comerciales hablaba siempre con una gran sinceridad, sin importarle que alguien le conociese ni envidiase las ganancias. Y esa sinceridad se ampliaba al hablar con Daniel, a quien consideraba como un buen amigo.

—Ayer hice un día estupendo. Todos los cuartos llenos dos o tres veces, y aquí abajo casi no se cabía... Eso sí, trabajando mucho. Anoche me tuve que levantar tres veces: una de ellas para uno que se puso malo, y le echaba la culpa a la mujer que subió con él, porque decía que... le había hecho trabajar demasiado.

—¿Era guapa?

—Como un mono. Pero ya sabe usted que esas feas son las que cumplen mejor.

—Eso dicen.

—Pues luego vinieron otros, a eso de las dos, que yo creo que no tenía él más de diez y ocho años y ella seguramente no tendría quince.

Daniel, instintivamente, se pasó la lengua por los labios.

—Yo creo que se habían escapado de su casa... Pero ¡ya los encontrarán!

—¿Se han ido?

—Esta mañana, a las diez; han tomado el tranvía de Bayona.

Daba una chupada al puro de porra, español



legítimo, que se estaba fumando, y continuaba:

—Pero caso notable el que me ocurrió anteayer. No me ha pasado otro, y me dió un mal rato.

—¿Qué fué ello?

—Se presentó un cura aquí, en el café, a eso de las siete de la tarde, preguntando si no había venido a buscarle una señora de estas y estas señas. Se le dijo que no, y el hombre, muy contrariado, se sentó en una mesa de ahí dentro y pidió un casis; al cabo de un rato muy largo llegó la señora. Era guapa, toda enlutada, y de alguna edad; debía ser una viuda, pero... señora, ¡eh!; nada de...

—Ya, ya.

Se saludaron muy ceremoniosos, pidió ella no sé qué, y él me dijo que les preparase la mejor habitación que tuviera en la casa.

—¡Vaya un cachondo!

—Les di un gabinete que tengo con un balcón aquí, al mar, y entonces pidió él que les sirvieran allí mismo un pollo asado, una botella de champán, manzanas y café. Y... ahí pasaron la noche. Total: noventa francos le llevé con habitación y todo.

—No es caro. En unos funerales de tercera se los gana.

—Pero a mí no sé qué me daba ver a aquel hombre, vestido de cura, haciendo todas esas cosas. ¿No podía vestirse de paisano como hacen



otros? Parecía un alarde. Le aseguro que pasé un mal rato.

—Puede que lo del traje fuera un capricho de la viuda: las hay fantásticas.

Y Daniel, que esperaba haber oído el relato de alguna aventura extraordinaria, quedó, aunque desencantado, conmovido ante la pureza de alma de aquel hombre.

—Yo no me asusto de nada—seguía Tomás—, pero el cartel no me gusta; prefiero la hipocresía. Anoche mismo, como esto tiene dos entradas, y si se quiere tres, porque se puede salir por la puerta del jardín ése—señalaba uno pequeño a la derecha del edificio—, vino por aquí, por el café, un señor muy bien vestido, un inglés que apenas chapurreaba el francés; pidió habitación, y cuando la chica le acompañaba por la escalera interior, le dijo, casi por señas, que le llevase a la otra escalera, a la principal. Le acompañó la chica, y allí estaba aguardando...

Al llegar aquí, Tomás se detuvo, como si hubiese ido demasiado lejos en sus confidencias.

—Bueno, a usted se lo digo porque sé que no lo va usted a contar. Además, puede que ya lo supiera usted.

—¿El qué?

—Esa rubia tan guapa, que tiene ahí, frente a la estación del B. A. B., el quiosco de postales...

—¡Ya! Una mujer estupenda. ¿Y era ésa la que vino con el inglés?



—La misma.

—Pues envidio al hijo de Albión. Yo tenía mis dudas respecto a esa mujer.

—Pues ya sabe lo que hay. Eso sí, muy prudente; no tiene idea las precauciones que tomó para entrar y para salir.

—Mejor.

Daniel acariciaba en la mente la idea de hacerse servir la rubia aquélla alguna noche en que estuviera de humor. Precisamente le había gustado siempre mucho.

Tomás continuaba explayando sus confidencias:

—A mí todo me parece bien menos cuando suben dos señores solos.

—¿Ocurre eso con frecuencia?

—Con bastante. Y la cosa me produce un asco horrible.

—Pero ¿les da usted habitación?

—¿Y qué voy a hacer?... Pero lo hago a disgusto... Porque, además, esas parejas de hombres son las que dejan más sucio el cuarto.

—Se comprende.

Daniel le oía con cierto regodeo; en aquella charla, que era como si se levantara el telón sobre una escena muy íntima, estaba la historia entera de la playa en aquellos meses de verano. Para el que más y el que menos esto del veraneo era un respiro, un pretexto para echar un poco las piernas por alto en todos los sentidos de la palabra.



Se buscaban apañitos, que tenían, entre otros, el supremo encanto de saber que no podían durar más arriba de unas semanas. Gentes venidas de lejos, de París, de Madrid, hasta de América, se daban cita en un dormitorio de Biarritz, al abrigo de indiscreciones, en este paraje delicioso de la Tierra, donde el curioso es un delito.

Y Biarritz les acogía a todos, arrullándolos con el rumor celestino de sus olas de plata.







---

Daniel, al volver a quedar solo en la terraza, levantóse de la silla y echó a andar.

¿Dónde iba? No lo sabía. En su vida tranquila de Biarritz había aprendido ese arte imponderable del callejeo al azar, que permite saborear con toda calma los menudos incidentes del camino.

Subió a la avenida de Eduardo VII por una de aquellas rampas que parecían despeñarse hacia la playa; una vez en la hermosa vía, acaso la más fastuosa de Biarritz, siguió por ella hacia el Palais.

La noche era fresca, pero de un fresco que no llegaba a molestar. Frente al Círculo Inglés admiró una vez más la elegante soledad de su recinto, que, iluminado apenas, parecía sollozar por la ausencia de la mayoría de sus socios.

El comedor y los salones del Hotel Victoria, llenos aún de gente, se ofrecían allí a la contemplación del transeunte, al borde y a la altura misma de la calle, como las estancias de un barco



de lujo anclado al mismo muelle. Al lado contrario el parque espléndido del Palais lucía en su centro la masa enorme del edificio que, por la noche, parecía una caja de luz.

De la terraza del Continental recogían ya las mesas que habían servido para la comida, y no se sabía de dónde venía un murmullo tenue como de violines, algo así como los grillos nocturnos de estos parajes urbanos de la elegancia.

Urrutia creía firmemente que no sabía adónde se encaminaba, pero su creencia era errónea; hay en nosotros eso que se llama el subconsciente, cosa ya científicamente tan aclarada, que hasta está al alcance de algunos literatos, que trabaja por nosotros mientras la conciencia piensa en otra cosa. Y ese subconsciente llevaba esta noche a Daniel Urrutia camino del faro.

Buena prueba de ello—la observación también es vulgar—era que ni una sola vez de las muchas que en su camino, aparentemente sin rumbo, se encontraba en posibilidad de elegir, vacilaba un instante, como se hace en los cruces de calles siempre que se callejea.

El iba a lo suyo, sin darse muy clara cuenta; y lo suyo era la conversación que había oído poco antes a los cocheros en la terraza del café.

Ni por un momento, ante el Palais o en las cercanías del Carlton, se le ocurrió desviarse a la derecha y encaminarse al barrio de las Termas Salinas, o, un poco más adelante, hacia el barrio



del Gas. Tampoco le atraía la playa, con los mil descensos y pasadizos a ella que se abrían a la izquierda.

Los haces luminosos de la gigantesca linterna del faro, que se paseaban ya cercanos por encima de su cabeza, parecían atraerle, como si aquella luz encantada en la noche fuera a iluminar las sombras de sus temores y de sus dudas.

No era todavía la hora de que él había oído hablar al auriga, no era tampoco aquél el camino lógico—en este Biarritz de los cien caminos que conducen al mismo sitio—que habría de seguir la dama incógnita viniendo de su villa, y, sin embargo, cada vez que Daniel oía a sus espaldas el zapateado de una jaca arrastrando un coche, se paraba, colocábase al borde mismo de la acera y metía materialmente los ojos dentro del carruaje para descubrir a sus ocupantes.

Si la cosa ocurría en un paraje iluminado, ante el Carlton o ante alguna de las villas que proyectaban un cuadrado de luz en la pista alquitranada de la carretera; Daniel quedaba satisfecho: el carruaje iba vacío, o llevaba dentro unos seres para él anónimos. El joven daba un suspiro y continuaba la marcha.

Pero a veces era uno de los rincones de tinieblas, sin más luz que allá, al fondo, las del Hotel Regina, el escenario donde tenía lugar el paso del carruaje; Daniel veía pasar un bulto, o dos, algo



indeciso, que le llenaba de rabia, precisamente por aquella indecisión.

Desde lo alto de la avenida, en uno de los claros del terreno, se veían allá abajo, junto al mar, unas cuantas villas alineadas, y que eran de las más bonitas de Biarritz; Daniel se fijó en una de ellas, acaso la mejor de todas, y, como tenía el espíritu propicio a la evocación melancólica, casi formuló con sus labios un nombre de leyenda: Cleo de Merode.

La noche antes la había visto bailar en el Casino; porque aun vivía, y aun estaba joven y guapa, aquella mujer, amada como muy pocas, y por un rey de barbas blancas, como los reyes de cuento del Norte. La gente acudía a verla, no para admirar la pureza de sus danzas, ni para saborear el encanto de su arte, sino por ver y poseer con los ojos a la mujer de fama mundial, que había alegrado el corazón de un rey viejo, apasionado como un hombre de treinta años.

El caso había sido ejemplar. Porque esta favorita de un monarca no fué como lo son la mayoría de ellas, deleite incógnito y prohibido, que para recibir la visita de su amante ha de rodearse de mil precauciones, no; el buen Leopoldo se paseaba de su brazo por toda Europa, iba con ella a los teatros de París, y este mismo andén de la gran playa de Biarritz, que Daniel casi veía con sólo volver la cara, los había visto juntos muchas veces, paseándose al buen sol del invierno.



Ahora ya, esta reina viuda, arruinada según unos, dueña de diez o doce casas en París, según otros, estaba decididamente en plena cuesta abajo. No importaba: todo espíritu sensible tenía que verla con simpatía. Daniel, la noche antes, admirando sus manos de magnolia en los desmayos de la danza, pensaba en las veces que aquellas manitas perfumadas habrían calentado la nieve de las barbas de su amante, y recordaba los años de su propia niñez, en que el nombre de Cleo de Merode era uno de los tres o cuatro que llenaban el mundo.

En la butaca de la espalda, una señora española muy gorda, que tenía un comercio de telas en la calle de Postas, de Madrid, pasó toda la noche renegando de la Cleo, encontrándola defectos y llamándola vieja a gritos; aquel monstruo de grasa de mostrador fué echando poco a poco gotitas de hiel en el bálsamo espiritual de los recuerdos de que Daniel pasó lleno toda la velada. Era el eterno rebuzno del que pasa por la vida sin tener el menor contacto con la gracia y con la belleza, siempre que cualquiera de estas dos deidades se le ponen delante; era el odio de los gordos a todo lo que significa pureza de línea.

En aquella villa, vecina al faro y cara al mar, regalo de otro monarca que le jugó una travesura a su colega de las barbas blancas, vivió Cleo días muy felices de su vida. ¿Habría tenido aho-



ra, en su paso por Biarritz, la curiosidad de visitarla?

Unos meses no más hacía que el gentil caballero español, con bigote rubio de mosquetero, último amor de Cleo de Merode, había muerto también; el aristócrata madrileño había muerto joven aún, y la amada de reyes lloraba aún su muerte, como se llora el final de la última aventura...

Daniel, al pasar ante la villa, nido de amores reales, un capítulo más en la historia de este Biarritz tan fértil en ellos, tuvo un recargo de melancolía.

Continuando su camino, había pasado ya ante el Regina, y daba vista a la explanada del faro. Visto así de cerca en la noche, el famoso luminar acentuaba su personalidad de gigante: los haces de luz, que desde lejos parecían dos únicamente, eran cuatro, en forma de cruz, verdaderas aspas de un colosal molino, colocadas en sentido horizontal. En giro constante, sin que ni por un segundo se interrumpiera su marcha mientras había tinieblas en el mar, eran como ojos avizores de un monstruo caritativo y benigno, que quisiera avisar a todo el mundo de la proximidad del peligro.

Daniel avanzó hacia la puerta de entrada al recinto, en cuyo centro se alzaba la enorme columna blanca. Parado, casi a la puerta misma, había un coche de alquiler; los dos faroles del ca-



rruaje parecían hacer a Daniel una mueca burlesca, como diciéndole: "Has llegado tarde."

El cochero, fumando un cigarrillo y disolviendo entre dientes una canción en *patois* como quien disuelve un *berlingot*, se paseaba ante el carruaje, en la resignada actitud del hombre que sabe que la espera ha de ser larga. Daniel, en uno de los momentos en que el reflejo de la linterna giratoria iluminaba al auriga, se fijó en él: era el del café del Horizonte.

Por lo visto habían venido por otro camino. El hombre se fijó también en aquel paseante solitario de la noche; le reconoció sin duda, pero no había miedo de que su curiosidad fuese más lejos de aquel simple reconocimiento. La atmósfera de Biarritz no permitía el espionaje, y menos de noche y en parajes solitarios como aquella explanada del faro; cada cual era libre de hacer lo que quisiera, sin miedo a que nadie le llevase cuenta de sus acciones.

El único que, por esta vez, iba a faltar a aquella ley suprema de la vida biarrota era Daniel. Y lo iba a hacer sin darse cuenta, como lo ejecutaba todo desde hacía un rato.

Pero la tentación era demasiado fuerte para resistirla; era indudable que la señora de la aventura misteriosa estaba allí; y ¿por qué, a pesar de todas las apariencias, no había de ser aquella señora la propia María Teresa?

El averiguarlo hubiera sido fácil para cual-



quiera que, como Urrutia, no tuviera interés en no ser reconocido; pero se trataba de un espionaje en regla: había que ver sin ser visto.

Abriendo mucho los ojos, como ave siniestra de las que ven en la noche, el pobre Daniel se dispuso a dar la vuelta al recinto que precedía al faro. Arrimándose mucho a la tapia que lo limitaba quedaba fuera del haz de luz de la linterna y tenía más probabilidades de pasar inadvertido.

Lo malo era la grava del suelo, que repetía los pasos del caminante como si tuviese que dar fe minuciosa de ellos. Pero no importaba: el joven pensó que lo grave no era que los enamorados viesen un ser humano rondando por aquellos contornos, sino que le reconociesen como tal Daniel Urrutia.

Y esto, con la complicidad de la noche, ya no era tan fácil.



---

Inició la vuelta por la parte de la explanada que miraba a Biarritz; desde aquella altura el espectáculo era fantástico a tal hora. No se veían más que luces, pero tan deliciosamente dispuestas, con una tan encantadora asimetría, que constituían la visión más bella del mundo.

Había como dos grandes focos luminosos, a los dos extremos precisamente de la gigantesca curva que formaba la gran playa: el Hotel du Palais y la plaza Bellevue; dentro de pocos días, cuando el casino de este nombre hubiese abierto sus puertas, el foco de aquella parte sería de una intensidad aun mayor.

Había también grandes conglomerados de sombras, como en los altos de la Atalaya, donde sólo unas vagas lucecitas rompían el espesamiento de oscuros que se formaba por encima de la iglesia de Santa Eugenia.

Pero Daniel ahora no veía nada de esto; y tampoco vió nada en los bancos de la explanada del faro, cuyas siluetas se distinguían perfectamente.



Ya estaba bordeando el acantilado que caía al mar, por la parte en que éste se presentaba libre; venía como de muy lejos un airecillo húmedo, y, sin verlo, se notaba la presencia del abismo, allí, a dos pasos. De cuando en cuando la incógnita del tal abismo de negrura se rasgaba: eran las cuchillas gigantescas de los haces de luz del faro, que, durante unos segundos, abrían en la tiniebla del cielo y del mar una vía radiante y cegadora.

Iba ya a dar el espía la vuelta a la esquina que cae a *La Chambre d'Amour*, cuando en un banco que allí había, fuera del muro del recinto, vió unos bultos. Eran ellos: no podía dudarlo.

Pero... ¿quiénes eran ellos? Porque aunque fueran los del coche, había que verles las caras, o por lo menos oírles hablar, para identificarles. Daniel se contentaba con lo último: oírles hablar. A ella la conocería en la voz, y a él... puede que también. Que de su conversación llegase algo a sus oídos, aunque lo que llegase le supiese a cuerno quemado.

Daniel divagaba: para oírles tenía que acercarse más, y, al hacerlo, serían ellos los que escuchasen sus pasos en la arena y guardasen silencio.

¿Tendría que arrastrarse por el suelo como las lagartijas para llegar hasta el banco de los enamorados? Si estuviera seguro de lograr así lo que se proponía no habría tenido inconveniente en ello, ya que la maniobra del arrastren cuadraba muy bien a un espía de película.



Porque la cosa iba resultando ya bastante peliulesca: el escenario por lo menos era digno de una cinta de fabricación italiana, y si lo habían buscado de propósito los amantes, daban prueba de tener conocimientos de escenografía artística. Allí, unos metros más abajo de sus pies, estaba la romántica *Chambre d'Amour*, nido y sepultura a un tiempo de dos enamorados, según quería la leyenda.

Era lo de siempre: los amantes, buscando la soledad propicia a sus expansiones, la buscaron demasiado, y, metiéndose en la gran cueva que aun se veía allí, y que parecía ser como el cimiento más profundo del faro, se dejaron sorprender, no por el padre o el marido, como en los vodeviles, sino por las olas implacables de la marea alta. Abrazados murieron los dos, y aun, en las noches de luna, se veía la sombra de sus cadáveres proyectarse indecisa sobre el acantilado.

Esto último también lo decía la leyenda, pero lo cierto era que, con cadáveres o sin ellos, *La Chambre d'Amour* de Biarritz, en una noche de luna plena, era de los sitios más bellos del mundo. Y en este Biarritz de los bellos nombres—*La Playa de los Locos*, *La Roca de la Virgen*, *El Puente del Diablo*—, éste de *La Alcoba del Amor* era una balada que terminaba en tragedia.

María Teresa—si era ella la de la aventura—había sabido elegir bien el sitio; lo mismo si se trataba de un amor en primicias que de una entre-



vista de despedida, el marco aquél, luz fugitiva entre sombras frente al mar, tenía que irle muy bien al cuadro.

Y, a propósito de esto de elegir sitios, Urrutia pensó burlonamente que todos los sitios son buenos cuando la voluntad no falta. Aun recordaba él con amargura la tarde en que su amiga le llevó al lago Brindos; en todo el contorno de Biarritz ningún sitio más propicio a toda clase de retozos, y sin embargo... ¿Fué culpa de él? No; a Daniel no le remordía la conciencia de haber pecado por omisión.

Fué... falta de ocasión, de una ocasión que podríamos llamar psíquica. A una mujer como María Teresa no se la puede tomar a la fuerza, como a un tranvía con el completo. Y si se la toma es seguro que se tiene uno que quedar en el estribo.

Mientras Daniel rumiaba todo esto se había ido acercando muy lentamente al banco de los enamorados; casi no hacía ruido al andar, pero fuese casualidad, o fuese que los tórtolos le habían oído y no quisiesen testigos, lo cierto fué que se levantaron de pronto de su asiento y echaron a andar muy juntos.

Por encima del borde de la explanada vió el espía que los fugitivos se dirigían a la puerta de salida: iban sin duda en busca del coche; ahora sí que no se le escapaban.

El joven, ahora muy de prisa, pues no podían oírle, volvió sobre sus pasos y fué a esconderse



tras un bosquecillo cercano y a la derecha de la puerta; allí donde, por las tardes, instalaba su puesto de frutas y bebidas la mujer encargada de apagar la sed de los visitantes.

El carruaje quedaba a unos diez metros de él, y a María Teresa no necesitaba verla el rostro para conocerla, ya que la señora de Somera resultaba una de las pocas mujeres que tenían eso tan difícil que se llama silueta.

Pero el Destino arregló las cosas aun mejor. Se oían ya los pasos de los tórtolos en la arena, cuando el rumorcillo fué cortado por una carcajada muy fresca, a la cual siguieron estas palabras en castellano dichas por una mujer:

—¡Ay, hijo! ¡Pues no exagera usted poco!

Daniel supo en un momento varias cosas. Que aquella mujer era María Teresa; que el sujeto que con ella iba era español, o por lo menos hablaba el español como su lengua principal, y que se trataba de una primera entrevista, o por lo menos de un lío en sus comienzos; de haber habido entre los dos mayor confianza aquel *usted* no hubiera existido ya.

Esta última observación sirvió de consuelo ridículo al espía, haciéndole olvidar por un momento lo que su experiencia de amador le había enseñado: que nunca son los amores tan sabrosos como en sus primeros pasos.

Pero pronto se acabaron para él todos los consuelos y todos los paliativos. El acompañante de



María Teresa, mientras ésta subía al coche, colocóse un momento ante uno de los faroles del vehículo; la luz le dió en el rostro, y Daniel pudo contemplar aquella cara.

Era Fon-Fon.

Y Urrutia tuvo que agarrarse al tronco del árbol tras el que se ocultaba para no caerse al suelo o para no salir de un salto a la explanada y llenar de insultos a los dos, pero sobre todo a ella.

Se alejaba ya el coche en dirección al Hotel Regina, cuando Daniel, muy despacio y con las manos a la espalda, volvióse también a Biarritz.

Era ya media noche; en los alrededores del faro no quedaba ya nadie. El gigante de los cuatro brazos luminosos seguía dando sus manotadas al espacio, como si quisiera derribar de un papirotazo todas las combinaciones de los hombres.

Daniel casi hablaba ahora en alta voz.

—¡Esta mujer!... Y luego hablan algunos de las gallinas. ¡Pobres animales, y cómo se les calumnia! Con todos; con todos menos conmigo. Hasta con el idiota ese de Fon-Fon, ese pollo a la moda, que es peor que ser usurero y verdugo, todo en una pieza... Pero, señor, ¿es que como hombre y como persona valgo yo menos que Fon-Fon? Decididamente, la mujer es lo más despreciable de la creación.

Daniel, en estos momentos, discurría con esa lógica especial de todos los desdeñados, y que, después de todo, vale tanto como cualquiera otra.



Lo que elevaba su ánimo a las alturas de la tragedia era que aquel nuevo desengaño, fustigando sus nervios, había repercutido directamente en su medula. De repente, y de un modo imperioso, Daniel Urrutia se puso jocundo: sentía ganas vehementísimas de caer sobre una mujer, fuese ésta como fuese.

Sería el aire de la noche, la brisa del mar, el mismo cansancio nervioso de tantas emociones distintas, pero fué lo cierto que en el ser todo del joven se encendió la llama de la voluptuosidad con expansión de incendio.

Y con esa influencia que tiene el sexo en las representaciones imaginativas, Urrutia empezó a verlo todo bajo el prisma del asalto carnal.

Las luces de las estancias del Hotel Regina le evocaban parejas de amantes que se hubiesen refugiado en ellas para el acto de la cópula; los grillos que cantaban en el campo parecíanle quejarse de dolor y de alegría en los espasmos del coito... Y el faro mismo, padre y señor del contorno, se le aparecía como un falo gigantesco, en actividad siempre, poseyendo al mar y a la tierra con sus haces de luz, en un continuo asalto que no admitía treguas.

Más acá del Palais, al ir a cruzar una de las rampas que bajaban a la playa, Daniel se cruzó con una mujer que le dió las buenas noches en español.

Era Mica, que volvía del Casino hacia su casa



dando un rodeo, por aquello de que donde menos se piensa...

Urrutia se detuvo a hablar con ella; al cabo de unos momentos se interrumpió para decirle:

—Bueno; pero, oye, ¿no te estropeo ninguna combinación?... ¿No venía nadie detrás de ti?

—Hijo, por Dios... Sí, pues bueno está el tiempo...

Daniel, desde hacía un rato, miraba a la chica de un modo extraño; no le parecía la misma cordera inexperta que él había pilotado en sus primeros pasos por Biarritz. Y él, ¿por qué no había de aprovecharse?

De pronto se le ocurrió una fórmula elegante.

—Oye, estoy pensando que nunca me has enseñado tu habitación.

—Pues vamos ahora si quieres; bien cerca estamos.

Y fueron.

Pasaron ante el Hotel Continental y subieron por la avenida de Bayona y la calle de Frías—que debiera llamarse del duque de Frías para que el recuerdo al prócer español fuera completo—. Las compañeras de Mica, instaladas en la proximidad de la calle de Francia, la miraban pasar con su cortejo, como diciéndose unas a otras:

—Esa ha tenido más suerte.

La habitación de Mica era como todas las habitaciones de todas las *meublées* del mundo: una cama, un lavabo de ambos sexos—para el rostro,



y el bidet—, una mesita con unas flores y un aparato de luz que pretendía ser fantástico.

Los dos españoles estuvieron encerrados allí una hora. Al despedirse le dijo él a ella:

—Estás hecha una maestra; nunca creí que conocieses tan bien tu oficio.

Y como quisiese regalarla tres billetes de veinte francos, ella los rechazó con dignidad, mientras le decía:

—¡Por Dios, Daniel! ¡Te voy a cobrar yo a ti! Sería como si le cobrase a mi propio padre.

¡Era verdad! Aquella chica era para Urrutia como de su propia familia: a los encantos de la hora pasada entre sus brazos..., y entre sus labios, había que añadir los que siempre produce el incesto.

Al volver Daniel a su barrio se tropezó en una de las bocacalles con un ramalazo luminoso del faro: el prodigioso artefacto era testigo de todo lo que pasara en Biarritz.

Y le hizo ahora una mueca al español, como diciéndole:

—¡Que aproveche, amiguito!







---

Fon-Fon, las tardes en que podía escaparse de la tiranía del *golf*, tenía la piadosa costumbre de ir a tomar el chocolate a casa de Dodin.

Allí, instalado en una de las mesas más próximas a los grandes ventanales que daban a la calle de Gambetta, gozaba durante media hora del atractivo espectáculo que siempre ofrece la tontería humana, sobre todo al presentarse en forma tumultuosa.

Todo viajero llegado para pasar la tarde en Biarritz—que es como pasar tres días en París—, sobre todo si era español, se creía obligado a hacer un alto *chez Dodin*. Desde que en un día se le ocurrió a la hermosa Reina de España entrar a tomar el te en la simpática pastelería, toda dama donostiarra o madrileña que arribase a la playa francesa se creería deshonrada—algunas no por ello dejaban de estarlo—si no iba a tomar el chocolate o a forrarse de *croisants* a la elegante tienda de las cercanías del mercado.

La graciosa Soberana entró allí como podía ha-



ber entrado en cualquier otro sitio de aspecto confortable; pero los que iban tras de su cola lo hacían con el propósito deliberado de graduarse de elegantes.

La mayoría de aquellas damas y aquellos caballeros eran unos diabéticos contumaces a quienes la confitura y las substancias pródigas en glucosa producían siempre un efecto explosivo. No importaba: también en la guerra había explosivos, y a la guerra se iba por patriotismo.

Lo que más admiraba Fon-Fon de aquellos héroes de la moda era la clarividencia de juicio de que daban pruebas: muchos de ellos, con el automóvil esperándoles en la esquina, o era la primera vez que visitaban Biarritz, o sólo habían pasado en él estos diversos ratitos sueltos entre el *brioche* y el *croissant*; ello no les impedía formular una opinión rotunda y definitiva, que salía a veces de sus bocas acompañada de un hilillo de chocolate.

—Yo creo que esto no puede ni remotamente compararse con San Sebastián.

—¡Calle usted, por Dios! ¡Aquel *Kursaal*! ¡Aquella playa!...

—Y aquellas calles tan derechitas...

—¡Y aquellos limpiabotas! —había gritado Fon-Fon una tarde en que ya no podía más, mezclándose en la conversación de unas vecinas de mesa, unas señoras muy gordas que tenían cara de ser de Zaragoza o Valladolid.

En la tarde de hoy, mediados de agosto, Fon-



Fon gozaba de la suerte de no tener vecinos molestos; en la mesita de su derecha estaba el duque de Santaulencia, un hidalgo español de más de noventa años, vecino de Biarritz, y que no se acostaba ninguna noche sin haber bailado tres o cuatro *fox* y media docena de tangos; a su lado devoraba pasteles una mocita rubia que muy bien hubiera podido ser su biznieta... si Santaulencia se hubiera molestado en tener hijos alguna vez.

La mesa de la izquierda la ocupaba con sus dos hijas—dos muñecas de porcelana que se perecían por el pan con manteca—una señora de Madrid, muy guapa y muy conocida, apreciadísima por todo el mundo menos por su marido.

Fon-Fon acostumbraba permanecer en el local hasta que oía y veía subir por la calle de Gambetta al primer vendedor de la segunda edición vespertina de la *Gaceta de Biarritz*. Al oír el pregón daba un golpe en el cristal del escaparate con la sortija de su dedo índice, y el vendedor, acudiendo al reclamo, penetraba en el local; otras veces penetraba por propio impulso y sin que nadie le llamase.

El pollo pasaba la vista por encima al simpático diario, que, entre otros atractivos, tenía el de estar desprovisto en absoluto de esa pedantería con que los periódicos provincianos—en Francia como en el resto del mundo—pretenden disimular el abuso de las tijeras y del frasco de goma.

Una de las cosas que no dejaba de leer nunca



era los anuncios de objetos perdidos. Era incalculable el número de cosas que se perdían en Biarritz al cabo del día, y resultaba divertidísimo ver qué clase de cosas se perdían.

En el día de hoy una dama anunciaba haber perdido su libro de oraciones desde casa de Worth a "La Chaumière", que era lo mismo que perder un bolso de mano dentro del agua del baño.

Otra, a quien se le había extraviado un perrito chino, que atendía por el nombre de *Pipí*—¡y ya es atender!—, ofrecía gratificar espléndidamente a quien se lo devolviese, *vivo o muerto*.

Pero ninguno de esos anuncios conmovió tanto a Fon-Fon como éste, que venía al final de la segunda columna:

"Señorita muy joven ha perdido, bañándose en el Port-Vieux, lo que más quería en este mundo: un broche de platino que representa un cerdito al trote. Por tratarse de un recuerdo de familia dará a cambio de él lo que se le pida. Dirigirse a la señorita B. B. en la pensión Coucou."

Parecía un anuncio redactado en broma, pero Fon-Fon lo tomó completamente en serio; conservaba en su poder el misterioso broche que días antes había caído al suelo de la cabina al despojarse él de su bañador, y se proponía ir aquella misma tarde a la pensión Coucou.

Lo que más le había conmovido del anuncio era aquello de "... dará a cambio de él lo que se le pida". Si la chica valía la pena, él pensaba pe-



dir su recompensa, y no en metálico precisamente.

Allá vería. Por lo pronto, la persona que había redactado aquel anuncio era una original.

Salió a la calle, y en la plaza de la Mairie tomó un coche, y fué en él a su albergue en busca del cerdito al trote, que no podía ser más simbólico en aquel momento. En el mismo vehículo pensaba ir en busca del ama del guarro.

Pero ante todo, ¿dónde estaba la pensión *Coucou*? No le fué difícil enterarse: el conserje de su hotel se lo dijo, después de consultar un libro de señas.

La pensión de familia de nombre tan evocador era una de las muchas que hay en aquel diminuto y pintoresco barrio que limita con la vía férrea de la Negresse, la calle de Francia y la calle de Sanchís. Estaba como escondida en una revuelta violenta de la calle, y, como a casi todas, la precedía un jardín, aunque éste algo más amplio de lo que era costumbre.

Diez minutos después de haber salido de su hotel, Fon-Fon se apeaba a la puerta de la pensión, y estuvo a punto de dar un grito de alegría y de asombro, cuando vió que la única persona que había en el jardín era la pequeña que se bañaba en el Port-Vieux y que a él, en el agua y fuera del agua, le traía siempre de cabeza.

La chica estaba sentada, más bien tendida en una butaca de lona: vestida con un traje azul, muy corto por las tres dimensiones de un traje



—cuello, brazos y piernas—; llevaba el hermosísimo pelo castaño recogido en dos trenzas a lo Gioconda, que le caían hasta muy cerca de las rodillas.

Cuando vió a Fon-Fon apearse del coche, cruzó las piernas todo lo que pudo, apretándolas una contra otra, como si se defendiera de un peligro imaginario; pero dejando más al descubierto, con lo violento de la postura, lo poco que por aquella parte del cuerpo cubría la tela del vestido. Después fingió ensimismarse en la lectura de un libro que tenía poco antes caído en la falda.

El joven avanzó decidido hacia ella, pues no era hombre que titubease ante los auxilios que le ofrecía el Destino.

—Buenas tardes, señorita. ¿Esta es la pensión Coucou, verdad?

—Sí, señor.

—Y ¿usted sabe si hay aquí hospedada una señorita cuyas iniciales son B. B.?

—Be... Be...—dijo ella, siguiendo fácilmente el equívoco.

—Sí, señorita.

—¡Ya lo creo!

Hablaba con aplomo, con una gran seguridad; acaso el atractivo principal de aquella criatura fuese el contraste entre sus pocos años, su cara de niña y su manera de hablar de persona mayor. Ahora, mientras contestaba a las preguntas de Fon-Fon, no había dejado de sonreír ni un solo



instante, llenando toda su cara de una picardía que era una pura invitación.

—Y, esa señorita...

—La señorita B. B. soy yo.

Aquí ya fallaron toda la serenidad y toda la decisión del muchacho; la cosa era tan inesperada que había que tomarse un poco de tiempo para reaccionar contra ella.

Ya había sido una sorpresa el llegar a la pensión y encontrarse en ella a la niña del Port-Vieux. Fon-Fon pensó en una casualidad, pero ni remotamente pasó por su cerebro la idea de que la pequeña del baño y la del cerdo fuesen una misma persona. Creyó más bien haber matado dos pájaros de un tiro, ya que pensaba aprovecharse del hallazgo imprevisto para tirarse a matar con la chica.

Esta, no comprendiendo muy bien el motivo del azoramiento del muchacho, lo atribuía al hecho sólo de hallarse en su presencia; y mucho más coqueta que una mujer de cincuenta años—la edad terrible de la coquetería—, se recreaba en aquella turbación masculina.

—Pero ¿es que no sabía usted que era yo?

—¡Claro que no! Entonces ¿es usted la que ha perdido un...?

—¡Claro que soy yo!

—¿Y la que ha puesto el anuncio en la *Gaceta*?

—Evidente.

—¡Cómo lo celebro!



—¿Es que ha sido usted el que lo ha encontrado?

—Yo he sido.

Ahora era ella quien estaba absorta ante la estupenda casualidad; pero más disimulada que él, se dispuso a encontrar la cosa como lo más natural del mundo.

—No sabe usted lo que me alegro. La alhaja, como habrá visto, no vale nada, pero es un recuerdo.

—Pues aquí lo tiene usted.

Ya había echado Fon-Fon mano al bolsillo, cuando la chica, como si un gran peligro la hubiera amenazado de repente, se alzó de un salto de la butaca y cogiendo al chico por el brazo como para impedirle todo movimiento, le dijo en voz baja:

—No, aquí no; ya me lo devolverá usted.

Con aire misterioso y mirando de continuo hacia la puerta de la casa, que, precedida de cinco escalones, estaba allí, a dos metros de ellos, le llevó al extremo opuesto del jardín, junto a la verja de la calle.

Una vez allí, pegándose mucho a él y mirándole fijamente a los ojos con los suyos oscuros, le dijo a media voz:

—Mamá puede salir de un momento a otro, y no quiero que se entere de nada de esto. Yo voy esta noche al "Château Basque" y...

—Comprendido: allí nos veremos.



—¡No, por Dios! ¡Qué locura! Voy con mamá, y tendríamos las mismas.

—Entonces...

—¿Usted puede estar a las once y media en punto un poco más acá del puente del Diablo..., casi en el Port-Vieux?

—¡Ya lo creo!

—Pues allí acudiré yo a esa hora. Saldré sola; no me será difícil dejar a mamá un rato con unos amigos que van todas las noches. Estaremos un rato juntos y... charlaremos.

Hubo una pausa; parecía que ninguno de los dos tenían nada que decirse. Al fin, dijo ella, siempre mirando muy inquieta a la puerta de la casa:

—Y ahora márchese usted; no conviene que nos vean juntos.

A Fon-Fon le parecía que faltaba ultimar algún detalle muy esencial.

—¿Debo llevar un coche?

—No; porque vamos a ir muy cerquita de allí.

Todo el diálogo anterior se había desarrollado en un tono rápido y autoritario por parte de la pequeña; Fon-Fon no había sido más que un autómatas.

Y no hubiera podido ser otra cosa. La nena, sin dejar de sonreír, enseñando mucho los dientes, estaba materialmente pegada a él; Fon-Fon, para abrazarla, habría tenido que... tomar carrilla. Las trenzas de pelo de la muchacha, cayendo pecho abajo, casi llegaban a las rodillas de él.



Olía muy bien, no se sabía a qué, y se ofrecía toda entera.

Fon-Fon se marchaba ya, con un *¡hasta luego!*, que pronunció pasándose la lengua por los labios, como quien saborea de antemano un *menu*. Ella le detuvo ya en la puerta.

—Oiga: y ¿dónde se ha encontrado el broche?

Fon-Fon echóse a reír.

—No lo va usted a creer... Enganchado a mi bañador, al salir del baño.

—¡Ah!



---

El lector tendría derecho a quejarse de mí si yo le supusiera tan tonto como para contarle aquí muy seriamente que Fon-Fon no faltó aquella noche a la cita que le había dado la pequeña.

¡Claro que no faltó! Para ello habría sido preciso que hubiera fallecido en las tres horas y pico que transcurrieron desde su salida de la pensión Coucou al momento de la entrevista.

No sólo no faltó, sino que todo aquel tiempo lo pasó como ensimismado, absorto y casi hipnotizado por la figura de la muchacha. Durante la comida, que hizo en su hotel y de un modo mecánico, todas las mujeres que había en el comedor, y las había de órdago a la grande, le parecían deleznales, como si perteneciesen a un sexo desconocido.

A la salida, en el *hall*, tuvo que inventar tres o cuatro pretextos para librarse de otras tantas tertulias que querían retenerle a tomar café, o simplemente a chismorrear. Faltaba aún mucho para la hora de la cita, pero su miedo era que lo



entretuviesen demasiado y luego le fuera más difícil libertarse.

Subió a su cuarto y escribió una carta urgente a unos muchachos españoles que se hospedaban en el Gran Hotel y con los que medio se había comprometido de antemano para ir a media noche a "La Chaumière", a disputarse un campeonato de tango y chotis. "Tenía un dolor de cabeza tan formidable—les decía en la carta—, que si salía a la calle corría el riesgo de que se le hiciese pedazos; por ello había decidido meterse en la cama."

Hasta las once estuvo dando paseos por la estancia y fumando cigarrillos como si le esperase una dieta de tabaco de tres meses; no quería salir a la calle antes de la hora justa por miedo a encuentros importunos.

No pensaba en nada, o pensaba en una sola cosa, que viene a ser lo mismo. Ya no era ni siquiera la persona toda de la pequeña la que absorbía la potencia de sus representaciones mentales: era una parte, un solo adorno corpóreo de esa persona el que le atraía con exclusivismos de obsesión. Los cabellos, aquellos maravillosos cabellos de la chica, que casi se le habían paseado aquella tarde por el rostro, y que exhalaban un sutil perfume a esencia desconocida.

No sabía cómo le parecían más admirables, si sueltos por la espalda a modo de manto, o así, recogidos en dos trenzas, macizas y apretadas



como fustas. De las dos maneras le daban ganas de besarlos y aun de acariciarlos a mordiscos.

A las once en punto salió Fon-Fon del hotel. Para llegar al Port-Vieux siguió un camino extrañado que librándole de atravesar la plaza de la Mairie, esa Puerta del Sol de Biarritz, le salvase también de encuentros con importunos, que nunca faltan.

Subió por la avenida de Bayona y calle de la Industria a buscar la de Francia, hoy de Verdun, y saliendo frente al *cine* Royal, se metió por la avenida Jaulerry y fué a parar al mercado.

Desde allí el paso era fácil: la pintoresca calle de Audey le ponía en la de Leroy, y ésta le dejaba en el Port-Vieux.

Fon-Fon, andando relativamente de prisa por aquellas vías, ahora silenciosas, parecía un ratero que tratase de despistar a la Policía. Sabía él muy bien que los tres o cuatro rodeos que había dado, más que alargar su camino le habían acortado; pues nada entretiene más que el saludo a un pel-mazo.

En las calles por donde había pasado, muchas de ellas animadas y concurridas durante el día, no había ahora más que algún perro noctámbulo, oliendo al pie del tronco de todos los árboles, y alguna doncella o cocinera que aprovechaba aquel breve asueto de la noche para hablar con el novio, eligiendo el paraje más obscuro de la calle.

En la última parte del trayecto tuvo que sor-



tear un gran peligro: al final de la calle de Mazagrán tenía que pasar ante el bullicio cabaretero del Opernaritz; desde un rato antes de llegar al simpático saloncito vasco se oía ya el chirrido de su música gangosa y arrastrada, que tocaba ahora el *Si Lulú savait*, y se veía en el pavimento de la calle el cuadro de luz que se escapaba de sus puertas y ventanas.

Fon-Fon pudo muy bien evitar el riesgo de que le viesen al pasar y le llamasen desde dentro; bastábale para ello con dar una vuelta más, metiéndose por las callejuelas de la espalda que van a salir al sórdido Monte de Piedad. En vez de ello prefirió apretar el paso y echar por la acera de enfrente.

Fué cuestión de un segundo. Ya estaba en el Port-Vieux; al pasar frente al jardín de los baños calientes, obscuro y silencioso ahora, un perro se creyó en el deber de ladrarle desde dentro.

Llegó al lugar de la cita: eran las once y cuarto.

Y entonces se dió cuenta de un nuevo peligro con el que no habían contado ninguno de los dos: una aglomeración de coches y automóviles aguardaba ante la antigua "Villa Belza", hoy convertida en el "Château Basque", y se extendían por todo el puente del Diablo hasta llenar casi la explanada que avanza hacia el mar. El cañón alemán colocado allí como botín guerrero, parecía un automóvil más — de mayor tamaño — que



aguardase la salida de sus propietarios del aristocrático restaurante.

*Chofers* y cocheros formaban tertulias en los espacios que dejaban libres los vehículos. ¿Era aquél el sitio más a propósito para una cita rodeada de misterio?

La chica le había dicho: "... Más acá del puente del Diablo..."; pero es que la fila de carruajes llegaba bastante más acá. Fon-Fon decidió esperar, gallardamente apoyado en el cañón que perteneció a las tropas del Káiser; en caso de sorpresa por parte de la madre de la criatura, no había más que meterse dentro de la boca del cañón.

Al cabo de un rato de estar allí, cayó en la cuenta de que acaso la chica estuviese acechando su paso desde una de las ventanas de la villa, y no saliese a la calle hasta no estar segura de su presencia; en tal caso, convenía hacerse visible, y para ello nada mejor que pasar ante el edificio afectando indiferencia.

Así lo hizo, llegando en su paseo dos veces hasta la costa de los vascos. Al volver la segunda, como buen artillero, al pie del cañón, vió con sorpresa y con alegría que la pequeña estaba ya aguardándole allí.

—¡Hola!—le dijo en voz baja, por todo saludo.

—Pero...—quiso aclarar él, que no comprendía por dónde había llegado allí la muchacha.



—Cállese—le interrumpió—. Vamos andando; aquí no podemos estar.

Seguía conservando el tono imperativo de aquella tarde. De haberse tratado de un rapto, se diría que era ella el raptor.

Pasaron el Port-Vieux y la plaza, y se metieron por la calle de tal nombre. Desde que estuvieron en ella, la chica recobró todo su aplomo; pasaba de cuando en cuando algún transeunte, y ella comprendía que la mejor manera de no llamar la atención era hacerlo todo con la mayor naturalidad. Se pegó a Fon-Fon y siguieron su camino sin prisas.

El joven no cometió la candidez de preguntar dónde iban. ¿Para qué? ¿Acaso no hubiera ido él con la muchacha al fin del mundo?

Entre las calles del Port-Vieux y de Leroy hay un callejón tan sumamente estrecho que muchas personas medianamente obesas no podrían pasar por él; por el se metió la pequeña y Fon-Fon detrás, como un corderito.

Ya en la calle Leroy se abría a la derecha una en cuesta; una de sus primeras casas tenía como entrada algo así como un atrio diminuto, cuya verja estaba abierta.

—Aquí es—dijo ella.

Al fondo del atrio, cinco escalones de piedra conducían a una puertecita de una sola hoja, que se abría también con sólo tirar de ella. Tiró la pequeña, dió vuelta a una llave de luz que había



en el muro, y empezó a subir por una escalera de madera que, por lo estrecha y empinada, parecía la de una torre o la de un patíbulo.

La casa en que habían entrado tenía dos pisos; subieron al segundo, y la nena, sacando una llave del bolso de mano, franqueó la entrada.

—Pase usted.

Aquí le obligó a él a pasar primero. Encendió la luz, cerró la puerta por dentro con doble vuelta de llave y guardó ésta otra vez en el bolso.

Fon-Fon vió dos estancias seguidas: una insignificante, casi un pasillo, habitación donde se limpia uno los pies cuando viene de la calle y deja los paraguas en día de lluvia; la otra, ya más cuidada, con perfiles y refinamientos de persona que piensa pasar en ella muy buenos ratos, aunque con cierto aire provisional de cosa que sólo va a servir para una temporada.

Paredes, techo y una parte del suelo, una banda alrededor de los muros, estaban pintados de azul; en el centro había una alfombra, algo usada, pero que se veía que aun podía aguantar muchos revueltos. Una cama muy baja, y sobre ella un gran espejo, completaban, con una mesita y media docena de cojines, todo el mobiliario y menaje de la estancia. En un ángulo oscuro—allí donde estaba el arpa silenciosa, según el poeta—y tras un biombo que tenía pintadas en sus tres caras tres vistas del faro de Biarritz, había todos esos utensilios de batalla que son como la impe-



dimenta de los ejércitos del amor: chismes para lavarse todas las partes del cuerpo, aun las más... pilosas.

—Aquí nadie nos molestará—dijo la pequeña—. No es ningún palacio, pero esto es mío, exclusivamente mío. Ya ve que tengo la llave.

La chica se quitó un enorme *écharpe* rojo de lana de los Pirineos, en el que venía envuelta; debajo de él no llevaba casi nada: un vestidillo azul que nacía en las proximidades del ombligo y venía a terminar unos centímetros más allá en todas direcciones. Tenía el buen gusto de llevar calcetines, como casi correspondía a una chica de su edad, y el pelo llevábalo repartido en las dos trenzas que Fon-Fon había podido admirar aquella tarde.

La luz de la estancia, que a punto fijo no se sabía de dónde venía, era una luz discreta: ni muy chillona, como para sacar brillo a las cosas, ni tan apagada como para tener que andar a tientas.

Sin embargo, a tientas iban a andar muy pronto los dos.

Hubo un momento en que el muchacho tuvo miedo de estar encerrado a solas en aquella estancia con una chiquilla que acaso no tuviese los catorce años. ¿No se trataría de eso, de una encerrona en la que estuviese complicada la madre?

Unido al miedo, que en su intensidad mayor



pasó en seguida, Fon-Fon empezó a notar algo así como un deseo ferviente de obedecer, de ponerse a los pies de aquella chicuela que le atraía y le dominaba ya en absoluto.

Hubiera hecho de él lo que hubiera querido en aquel momento. Aquí se le representaba de manera muy distinta a como tenía costumbre de verla en el baño o al encontrársela en la calle; no era ya la nena más o menos precoz que atrae y excita por su misma precocidad; era más bien el cachorro de monstruo que con las uñas y los dientes ya afilados, se dispone a caer sobre su presa sin darle tiempo a defenderse.

Sentada en la cama, y echado el joven a sus pies, le contó en dos palabras la que ella llamaba su historia. Vivía en París, y su madre era viuda... de toda la vida; ella se había criado en absoluta libertad, saliendo sola a la calle con mucha frecuencia, y se había acostumbrado a vivir por su cuenta, con todas las consecuencias que esto supone.

En Biarritz estaban de temporada, como otros años habían ido a otras playas.

—Porque hay que vivir, ¿sabes?—decía con toda ingenuidad y con una sonrisita de buena administradora que daba a entender muchas cosas.

Fon-Fon la oía y casi no prestaba atención a sus palabras: la miraba como hipnotizado, con fijeza de alucinado, y más que oírla hablar hu-



biera querido caer a sus pies y que ella, en un raptó de furor—que hubiera sido completamente incongruente—, hubiera empezado a patearle.

Como quien se agarra al cordón de una campanilla se agarró Fon-Fon a una de las trenzas de pelo de la muchacha.

—¡Qué bonito pelo!—decía con la voz temblona.

—¿Te gusta?

—¡Más de lo que tú te crees!

—Pues tuyo es.

—¿Mío?

—A ver...

Y Fon-Fon, ya por completo en actitud perruna, le dijo, sacando las palabras poco a poco de la boca y entre hipo:

—Si fuera mío de verdad, ¿sabes lo que haría con él?

—¿Qué?

—Esto.

Con la mano temblona tomó una de las trenzas macizas de la chiquilla, la que le pareció más gruesa, y se dió con ella un formidable latigazo en la cara.

Tan formidable fué que el tirón hizo ceder la cabeza de la pequeña y sus frentes casi se tropezaron.

—Haría eso..., y esto..., y esto...

Los golpes, los verdaderos trallazos, se suce-



dían implacables; en el rostro de Fon-Fon se iban dibujando unas listas moradas que parecían una siembra de lombardas.

A la pequeña le entró una de esas risas tan formidables que llevan derechas a la micción. Pero de pronto, el panorama de su rostro y de todo su ser varió radicalmente, como si hubiera soplado un mal viento huracanado: los ojos se le convirtieron en dos chispas de fragua, la boca se frunció como si fuera a desaparecer, y las aletas de la nariz se abrieron en unas palpitaciones inverosímiles.

De un tirón libertó sus trenzas de las manos gelatinosas de Fon-Fon.

—¡Trae, imbécil! No se hace así.

—¿Pues cómo?—suplicó él.

—Echa esas manos atrás, a la espalda... Así. Y cuidado como las nuevas; si no, me veré precisada a atártelas.

Y cuando le vió por completo a su disposición, empuñó ella misma las dos fustas que formaban sus cabellos recogidos y descargó sobre la cara del mancebo la más espantosa lluvia de latigazos que hayan presenciado los siglos.

Fué una pedrea, un masaje heroico que el galán aceptaba complacido en medio de su dolor.

Babeaba, rugía y, al cabo de cuarenta o cincuenta trallazos, se entregó.

Al día siguiente, Fon-Fon, con el rostro im-



pregnado de alcohol, explicaba a sus amigos, ¡y sobre todo a Marinette!, cómo la noche antes se había caído por las escaleras del hotel y se había señalado la cara con aquel enrejado de púrpura cardenalicia.



---

Media Humanidad, y una parte muy respetable de la otra media, se había dejado caer aquel verano sobre Biarritz. El lleno era absoluto y el ganado humano se apretujaba por doquier.

Con tan fausto motivo, los señores dueños de hoteles y hospedajes se habían creído en el caso de demostrar una vez más que la codicia es la primera de las virtudes humanas y que el hombre no es más que un lobo para el hombre.

Fuera de los hoteles de categoría—Carlton, Palais, Regina y algún otro—, donde los precios eran cosa designada muy de antemano y el trato con el viajero venía a ser casi una operación matemática, los demás, grandes y chicos, hospedajes decorosos y modestas pensiones de la Atalaya o del barrio del Gas, habían multiplicado por tres y por cuatro sus tarifas en un verdadero furor de subasta.

La moral, la ley comercial que autorizaba todo aquello, era de lo más pintoresco; puesto que el público acude en avalancha—se decían los fon-



distas—, aprovechémonos. Es el mismo discurso del carterista que opera en la plataforma de un tranvía: no sube a ella más que al verla repleta de público.

Y no se diga que el carterista se apodera de lo que no es suyo contra la voluntad de su legítimo poseedor; pues ¿qué otra cosa hace el dueño del Hotel de la Creación o de la Pensión Voltaire para familias? ¿O es que el viajero que llegaba a Biarritz con la familia y el equipaje, y no encontraba donde meterse, al dar cuarenta francos por una habitación que valía diez, los daba voluntariamente?

Ya de antaño venían siendo los hoteleros la verdadera plaga de Biarritz: los infelices mosquitos a quienes se clasificaba de tal eran unos arcángeles al lado de aquella cofradía de vampiros. La cosa había llegado a tales extremos pocos años antes, que la Prensa local y regional se vió obligada a mantener una campaña contra tamaños abusos; la campaña dió sus frutos, como lo dan siempre las periodísticas cuando la justicia las inspira, y la cosa mejoró algo.

Pero en este verano aquello, por lo visto, se había olvidado y la cosa alcanzaba límites inconcebibles. Las habitaciones se subastaban como los comestibles en los mercados al por mayor; a lo mejor un señor, en el despacho de un hotel, estaba ajustando en sesenta francos el precio de una estancia; ya habían llegado a un acuerdo, y



en aquel momento llegaba un nuevo viajero: el propietario conferenciaba con él aparte durante unos minutos, y la habitación quedaba adjudicada al último que había llegado, en setenta y cinco francos.

A la larga, si al mal no se ponía remedio, ésa sería la muerte de Biarritz. Eran inútiles los esfuerzos del Sindicato de Iniciativas, formado en su mayoría por personas inteligentes y simpáticas, en pro de la atracción de viajeros; los dueños de hospedajes habían formado un contrasindicato, y aun a veces, para trabajar mejor, se incrustaban en la Junta del otro Sindicato y se daban aire de amigos y protectores de la ciudad. ¡Codicia, y nada más que codicia!

El perjuicio no era sólo para el viajero: lo era para la ciudad entera. La mayoría de los turistas que acuden a un sitio de lujo como Biarritz no son precisamente millonarios, cual pudiera creer el vulgo desde lejos; son, por el contrario, gentes de presupuesto más o menos equilibrado, pero relativamente modesto. Acuden allí sabiendo lo que pueden gastar, y claro es que si se encuentran con que los cuarenta o cincuenta francos diarios del hospedaje se le convierten en cien o en ciento veinte, gastan menos en teatros, en cafés, en compras en el comercio local; o acortan la temporada, y si habían de estar un mes, están quince días.

Y los señores hosteleros, con una inconsciencia



sólo comparable a su avaricia, aprovechaban estos años en que Biarritz se llenaba con colmo para ampliar el radio de sus hazañas. No se daban cuenta de que era en esos años precisamente cuando sus fechorías tenían mayor número de testigos y propagandistas; cada viajero que se iba disgustado de Biarritz era un vocero que allá en su país contaba sus infortunios.

Daniel Urrutia se iba haciendo todas estas reflexiones un poco prolijas mientras en un atardecer muy caluroso de finales de agosto recorría la casi totalidad de los hospedajes de Biarritz. Había recibido de un su amigo de Madrid el encargo que más enojos hubiera podido causarle en aquellos momentos: el de que le buscara habitación para quince días de septiembre que pensaba pasar allí.

Menos mal que Daniel, sabiéndose la papeleta, había tenido la precaución de tomar un coche.

Al cabo de hora y media había recorrido quince hoteles; en la mayor parte de ellos acabó muy pronto la comisión: no quedaba ni una sola habitación disponible. Así se lo decían los dueños o los encargados de los despachos, con un aire de impertinencia que en más de una ocasión obligó al joven Urrutia a replicar en tono adecuado.

Porque ésa era otra; aquellos negociantes de conciencia tan amplia que se pasaban nueve meses cada año con las habitaciones llenas de telarañas y saliendo a la puerta a atrapar al viajero,



para el que derrochaban una cortesía y una adulación verdaderamente empalagosa, ahora, al verse con la casa llena, trataban a sus propios huéspedes con un desdén aristocrático, y tenían para el infeliz que llegaba a su puerta en demanda de hospedaje el mismo gesto con que se despide al mendigo que viene a pedir en hora importuna. ¡Era un caso fulminante de idiotez comercial! ¡Era el delirio de grandezas del infinitamente pequeño, que es el más ridículo!

Por fin, después de dos horas y media de peregrinación—y de coche—, Daniel pudo dejar apalabrada para su amigo una estancia en el último piso de un hotel de la calle de Gambetta; estancia cuyas vistas daban a un muladar; el amigo no pagaría por ella más que cuarenta francos; en invierno, *aquello* no valdría más de cinco.

—Ya ve usted, ¡hay tanta gente!

Es como si el empresario de un teatro, en vista del éxito de una obra, acordase subir cuatro o cinco veces el precio de las localidades.

Daniel llevaba unos días de un humor insoportable; para que no se lo tuvieran que soportar procuraba él no ponerse en comunicación con nadie, huyendo de los sitios donde pudiera encontrarse con gente conocida, que eran la mayoría de los sitios de Biarritz.

Daba grandes paseos por el campo, eligiendo los sitios apartados de las carreteras, se refugiaba en los *cines* poco elegantes, como el Palace y



el Cinema Mondáin, y pasaba grandes ratos encerrado en su cuarto, desdeñando todos los encantos del Biarritz veraniego, con su brillo callejero y su aire puro que parece como filtrado.

Los diversos cuadros de la película biarrota en los meses que van de julio a octubre habían perdido para él todo atractivo: las mañanas del Port-Vieux, con su triple baño de agua, de sol y de chismorreos; el mentidero de la plaza de la Mairie de una a una y media, frente a las vitri-  
nas azucaradas de Miremont; las tardes del *golf*, donde tenía la seguridad de tropezarse con Fon-Fon, el ser que más repugnancia le inspiraba a la hora de ahora... Las comidas del Palais, la sala de juego del Bellevue... Todo eso lo miraba él como recuerdos episódicos de una vida pasada a la que no se piensa volver.

¿En qué estado se encontrarían los amores de María Teresa y el joven golfista? ¿Habrían seguido adelante? ¿Se habrían acabado ya? Todo era posible, dada la volubilidad de ella.

De que los amores habían empezado no podía él dudar: aparte lo que vió y oyó en la explanada del faro en aquella noche memorable, el cotorreo de las tertulias de Royalty—de las cuales no había podido huír en absoluto—se había encargado de dar estado oficial a aquella nueva corona, confeccionada para las sienes del señor González Somera.

Precisamente por aquellos días acababa de lle-



gar a Biarritz tan distinguido señor, a pasar su temporadita de quince días en el propio hogar. María Teresa y él estaban casados para una quincena anual, y el marido cumplía gustoso su quincena.

Evaristo González Somera, cuarenta y tres años, buen tipo, pelo castaño, dos dientes de oro, era un tipo sumamente simpático. Como hombre no valía menos que María Teresa como mujer, y su presencia todos los años en el cogollo de la temporada era acogida con júbilo por la colonia española.

Los que más se alegraban eran los que habían tenido, tenían o esperaban tener relaciones concubináceas con la señora del recién llegado: parecía que la presencia del marido, su convivencia bajo el mismo cielo y a la orilla de la misma agua daba un sabor más picante a la aventura; el resto del año María Teresa parecía una viuda honoraria, o una soltera que se hubiera sentido... *garçonne*, como era la moda.

Durante esos quince días el matrimonio hacía la vida de la pareja ejemplar: comían juntos en casa o alguna noche en un hotel o restaurante, salían juntos en el coche, juntos arriesgaban unos luses en el *bacarrá* del Bellevue, y juntos presenciaban en el Municipal una representación de *Carmen*. Para que todo fuera perfecto, él tenía instalada en el Gran Hotel de Bayona, durante aquella quincena, a Margarita, una san-



tanderina rubia, que había sido doncella de María Teresa, y que ahora, vestida siempre de colores oscuros, se paseaba por el vestíbulo del hotel bayonés con aires de reina que viaja de incógnito.

Muchas tardes, casi todas, Evaristo expresaba su deseo de hacer una visita a la ciudad de los capones: el matrimonio salía en uno de los *autos*, y mientras la esposa se quedaba tomando chocolate bajo los arcos de la calle del Puerto Nuevo, el esposo se acercaba al Gran Hotel, subía al segundo piso... y al cabo de tres cuartos de hora volvía a buscar a la esposa, quejándose siempre de calor, aunque hiciera casi frío.

Durante aquella quincena María Teresa era también la casada modelo: continuaba con sus líos como si tal cosa, variando, si acaso, únicamente el horario; el verla siempre acompañada del marido incitaba más a los galanes, y María Teresa hacía por aquellos días sus mejores conquistas.

Daniel, sin saber por qué, se había sentido atraído hacia Evaristo por una irresistible simpatía: tenía él la creencia, que más que tal era deseo, de que la presencia en Biarritz del bueno de Somera serviría para entorpecer los amores de su señora con Fon-Fon.

Era una de esas ideas absurdas que el cerebro acepta a sabiendas de que son falsas, por lo que tienen de consoladoras.

¡Pues buena era la dueña de "Pandora" para



contenerse por la presencia del marido! Daniel lo sabía, y, sin embargo...

El hubiera querido estar a todas horas en contacto con Evaristo: le consideraba como un compañero de infortunio. Había, sin embargo, entre los dos una sutil diferencia: Somera, durante todas las quince noches de aquellos quince días, disfrutaba de un modo amplio, y con cierto frenesí, de las caricias de su mujer legítima; a veces hasta habilitaban alguna hora extraordinaria durante el día para ofrendar en el ara del amor conyugal.

A Evaristo, al aspirar las radiaciones que emanaban del bello cuerpo de su señora, le parecía ponerse en contacto con toda la energía que cien varones distintos habían derrochado en aquel mismo cuerpo; era una atracción de índole degenerativa, pero tan deliciosa como casi todo lo degenerativo.

Era algo cuya intensidad sólo podrá comprender el que haya estado alguna vez enamorado seriamente de la pupila de una casa pública...







---

Sólo que Daniel, para ponerse en presencia de Evaristo Somera tenía que hacerlo también en la de su esposa, pues por aquellos días casi no se separaban; y la cosa ya no le resultaba tan agradable.

A María Teresa no quería verla, por lo mismo que la deseaba con todo ardor. Ella lo sabía, y le hacía pasar muy malos ratos: llamándole cuando se cruzaban con él por Biarritz, procurando hacerse los encontradizos..., y un día, sin duda para mortificarle más, ideó una cosa diabólica.

—Daniel, mañana noche, si no tienes cosa mejor que hacer, vas a venir a comer a casa.

Esto se lo había dicho Evaristo a las cuatro de la tarde y al tropezárselo, casualmente, a la puerta del “Biarritz-Bonheur”, donde Daniel había ido a comprarse una cafetera. No se olvide que era amo de casa.

—¿Mañana?

—Sí, mañana noche.

—Es que...



—¿No puedes?

—¿Qué día es mañana?

El joven Urrutia hablaba con esa indecisión del que desea ir arrastrando una conversación para que le dé tiempo a pensar hasta adoptar un acuerdo.

—Me alegraré que vengas; estaremos muy pocos.

—¿Quiénes?

—Pues mira: Paco Sanjuanena y su mujer, la Buitrago, que está viviendo en casa unos días; Javier Cortina y su perro, Fon-Fon...

—¿Fon-Fon? ¿Va Fon-Fon?

—Eso me ha dicho María Teresa.

La cara que puso Urrutia fué tan agria, que Evaristo no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué? ¿No te es simpático Fon-Fon?

—¿A mí?... Me es indiferente. Apenas le trato.

Y deseando librarse cuanto antes de la presencia de Somera, le dijo:

—Yo te avisaré mañana a primera hora si puedo ir o no.

—Bueno, hombre; pero me alegraré que vayas.

Daniel echó a andar muy de prisa camino de su casa.

¡Fon-Fon! Todo aquello era obra de María Teresa: llevaba la marca de fábrica. Pero ¿qué era lo que se proponía aquella gallina satiriásica, al ponerle frente a su querido de ahora y como testigo de la entrevista al marido? ¿Es que que-



ría servirse el espectáculo de una bronca entre los dos, haciendo el quite su propio marido?

La indignación le espesaba la sangre y parecía que se la enviaba a la boca envuelta con la saliva; experimentaba la misma sensación de malestar físico que debió sentir Otelo al enterarse de los supuestos devaneos de su señora.

Se refugió en su casa y no volvió a salir de ella en todo el día: un ataque de murria misantrópica que le duró hasta bien entrada la noche le tuvo inmóvil, tumbado como un fardo en la cama turca que, cubierta con un paño morado, tenía junto a la ventana que daba al jardín de la espalda de la casa. No pensaba, no discutía consigo mismo; lo único que quería era eso: no ver a nadie, no pensar en nada, no hablar con nadie.

Se quedó como amodorrado al filo de la media noche.

Al despertar a la mañana siguiente notóse como extraño a sí mismo. Aquel amor, aquel deseo, o lo que fuera, en la forma violenta en que se presentaba le parecía una estupidez; María Teresa, después de todo, ni en lo físico ni en lo moral, justificaba tal perturbación.

Escribió una carta a Evaristo excusándose de asistir a la comida de la noche; le decía que estaba malo, y para hacer verosímil la casi mentira decidió no salir en todo el día de casa.

Aquella noche, en punto de las nueve y media, un coche de alquiler se detenía a la puerta de la



verja que limitaba el jardín de la villa de María Teresa; del coche descendió Daniel; vestía de smoking y venía a asistir a la comida.

No creo que la cosa le choque al lector; si la conducta de Daniel Urrutia era una incongruencia, hay que notar que de incongruencias así está llena la conducta de estos pingajos con cédula personal que se llaman seres humanos. Daniel Urrutia, que se había acostado malo, se había levantado regular, y ahora, al llegar la noche, se encontraba casi bien. ¿Por qué, a pesar de los pesares, acudía a casa de María Teresa?

Francamente, no lo sabía; y como, por encima de todo, el pollo Urrutia era un hombre práctico, no trataba de explicarse el porqué de su resolución. Acudía allí, y nada más.

Y, además, acudía el primero de todos. Cuando el hombre, después de haber atravesado el jardín, en cuyos senderos de grava rechinaban sus pasos como grillos cantores en la noche, y después de ascender los cinco escalones de piedra que daban acceso al edificio, penetró en la villa, no había en ella, fuera de los dueños y los criados, más ser viviente que "Pandora" y la colección de perritos de María Teresa.

Daniel fué introducido en un saloncito de paredes encarnadas, donde el personaje principal era un gigantesco jarrón chino que parecía un cerdito puesto de pie. No llevaría allí un minuto cuando se presentó María Teresa.



El lector no se escandalizará ni nos llamará exagerados si decimos que la señora de Some-ra venía casi desnuda: el *casi* eran en este caso unas gasas color salmón obscuro que le cubrían los aledaños del ombligo y los... capiteles de los muslos; lo demás, pecho, espalda, brazos y pantorrillas, iban al aire, desafiando todos los cata-rrros. Los rizos tempestuosos de su cabellera ve-nían a ser como el estuche de su cuello y de su nuca.

No dejó hablar a Daniel; en tono de filípica más que de sermón empezó a decirle:

—Pero, bueno, hijo mío; yo no sabía que era usted tan tonto. ¿Qué quiere decir su carta de esta mañana?... ¡Que estaba usted enfermo! Para devolver una invitación nuestra tenía usted que estar en la agonía. Y por lo visto se ha curado usted de pronto.

—Pero...

—No me venga con pamplinas. Es usted el hombre más simple que me he echado a la cara. ¡Y mire que me he echado unos cuantos! Es usted completamente indigno de mi amistad.

Daniel, que estaba encantado de aquella actitud furiosa de la dama, quiso decir algo a modo de defensa:

—¿Y Evaristo?

—Ahora viene; está dando un recado por teléfono.

Empezó a sonar el timbre de la puerta. Cada



vez que Daniel oía el tintineo sufría una sacudida nerviosa.

—¡Ese debe ser Fon-Fon!—pensaba.

Pero no era todavía.

Iban llegando primero los otros pelmazos. María Teresa, antes de salir a recibirlos, queriendo demostrar a Daniel que adivinaba su pensamiento, le dijo:

—No; puede que no venga. ¡Si tiene vergüenza no debe venir!

Daniel no la entendió.

—No se haga el tonto. Hablo de Fon-Fon. Hace una hora le he escrito una carta insultándole.

Urrutia se puso de pie, y dijo con visible malhumor:

—Pues entonces viene.

El timbre de la puerta fué el comentario y la confirmación de la frase. Fon-Fon apareció en el vestíbulo.

María Teresa le recibió con una frialdad tan exquisita que Daniel sintió unos celos horribles. Porque aquella actitud de los dos amantes, un poco burlón él, arrugado el entrecejo y sonriente la boca ella, le hacía el efecto de una de esas tempestades entre dos personas que se quieren mucho e incuban entre arañazos la miel sabrosa de la reconciliación.

Pasaron todos al comedor.

En la villa de María Teresa aquella estancia



era una antigua terraza que habían cubierto con un cierre de cristales; de día veíase desde allí toda la policromía pomposa del jardín, en el que abundaban las hortensias y las palmeras enanas; de noche los comensales podían hacerse la ilusión de que comían al borde del mar, pues de fuera no llegaba hasta ellos más que la espesura de una sombra.

La mesa estaba puesta en ese tono mezcla de altar y de bandeja de dulces en que se ponen ahora todas. Cachivaches de plata, ramajes extendidos por el mantel, profusión de cristalería y porcelana. El *menu* no era copioso: en Francia se han acabado hace tiempo los *menus* copiosos. Lo que sí resultó fué substancioso.

Durante la comida Fon-Fon, con su hablar arrastrado de paralítico progresivo, mantuvo firme el cetro de la conversación; hacía chistes, algunos de los cuales tenían gracia, en tanto que otros más bien parecían frases sueltas de una esquila mortuoria.

Pero se le admiraba a pesar de todo; las dos invitadas, la Sanjuanena y la Buitrago, le oían extasiadas. Las dos damas eran, justo es decirlo, bastante feas; pero una de ellas, la mujer de Paco Sanjuanena, tenía un pecho primoroso que parecía moldeado en mármol de Paros; en vista de lo cual lucía esta noche un escote que le llegaba hasta muy por bajo de la mesa.

La dueña de la casa, sentada entre Javier Cor-



tina y Daniel Urrutia, pasó toda la comida dedicada a la dulce tarea de estropear a Fon-Fon los efectos de su conversación; le cortaba las frases: si él iniciaba un tema, ella planteaba inmediatamente el opuesto, y desvirtuaba las risas que algunas de las frases del tenorio producían, hablando a su vez de cosas muy tristes.

Daniel observaba aquello y gozaba y sufría a un tiempo mismo. Le producía gozo la indudable humillación que para su rival pudiera deducirse de aquello, pero al mismo tiempo le apenaba el ánimo la idea de que María Teresa estaba horriblemente celosa y era el motor de los celos el que la impulsaba a obrar. Porque el joven, como la mayoría de los mortales, daba por buena la estupidez de que los celos suponen siempre cariño.

El que mejor comió fué Evaristo, el dueño de la casa; por lo visto quería dar ejemplo. El que menos gasto hizo fué Daniel: su espíritu estaba a dieta.

Terminada la comida abrióse una puertecita que en el cierre de cristales del comedor había, y los invitados salieron a la terraza; es decir, a la mitad de la terraza que había quedado libre de toda la que ocupaba la fachada posterior de la villa.

Querían gozar de la dulzura de la noche, una de las primeras de septiembre. Sin saber cómo, hubo un momento en que María Teresa y Daniel



se encontraron solos al extremo de la terraza, casi en el ángulo del edificio; los demás habían quedado junto al comedor, retenidos por Fon-Fon, que no había cesado en la elaboración de sus gra-cejos.

El pollo Urrutia, acodado en la balaustrada, no percibía del jardín más que un ruidillo saltarín que no dejó de hacerle gracia: era el surtidor de una fuentequilla que ocupaba el centro de una glorieta, allí, a sus pies; él lo sabía, pero no podía apartar de su ánimo la idea de que aquel sonsonete lo producía un sujeto fantástico que, atacado de poliuria, estuviera desahogando sus anhelos sobre la arena del jardín.

María Teresa, sin preámbulos, le habló así:

—No puedo más. Ese tío me ha resultado un apache, que ignora en absoluto lo que es delicadeza.

—¿Qué ha pasado?

—No, si no es que haya pasado nada concreto; es que no puede ser, que es un estúpido, un canalla y un granuja.

—¡Qué bien le conoce usted!

—La culpa la tiene una. ¡Un hombre que no se sabe de dónde viene ni dónde va, ni de qué familia es..., suponiendo que tenga familia!

—¿Cree usted que sea inclusero?

—Déjese de bromas, amigo Urrutia. Me he acercado a usted porque deseaba desahogarme con alguien, y porque sé que usted...



—Desahóguese, desahóguese. Pero hubiera sido mejor que me hubiera usted hecho caso a tiempo. Fon-Fon no es hombre para usted; es un tipo muy a propósito para esa loca de la Palencia, que con sus sesenta cumplidos, aun se cree en el deber de coquetear, o para una enferma como la señora de Oyarzum, cuyos devaneos no tienen transcendencia alguna, pues yo creo que ni ella misma se da cuenta de que los comete. ¡Pero usted!

—Mire, no me venga con pamplinas; ni usted me aconsejó a mí nada con respecto a Fon-Fon, ni ha hecho nunca nada por...

—¿Por qué?

—¿O es que quiere usted que le adivinen el pensamiento?... Ese hombre es un sinvergüenza como todos, pero un poco más sinvergüenza. Además, ignora por lo visto ciertas cosas que son elementales: anoche, en el Bellevue, sabiendo que estaba yo en la sala del *bacarrá*, se estuvo paseando todo la noche con esa tiuchá con quien está liado. Esa de la vida...

—¡Ya, ya!

—Lo menos me la pasó tres veces por delante de las narices.

Dió un puñetazo en la balaustrada de piedra, que fué como si se lo diera a sí misma, pues se hizo daño en la mano. Siguió un silencio, interrumpido sólo por el ruidillo del surtidor, y cor-



tado más tarde por una risita de Daniel, que la explicó con estas palabras:

—No la conocía yo a usted en ese aspecto de mujer celosa. No está mal.

—¡Imbécil! ¡Qué sabe usted! ¿Qué tienen que ver los celos con esto?

—Son lo más parecido... Pero no hay que enfadarse; está usted en un mal momento, María Teresa; lo mejor será que le dejemos pasar... Y, cuando haya pasado, yo quisiera hablar con usted seriamente y a solas, más a solas de lo que estamos aquí, donde nos hacemos la ilusión de que nadie se fija en nosotros y resulta que en aquel grupo de allá hay quien no nos quita ojo.

—Me tiene sin cuidado.

—Y a mí también, pero... ¿Por qué no viene usted, mañana tarde, por ejemplo, a hacerme una visita en mi casa? Usted no ha estado allí nunca, y le aseguro que de allí jamás ha salido una mujer muerta, ni siquiera lesionada.

Ella se le quedó mirando con una mirada en la que había sorpresa y burla.

—¡Caray con Danielito! ¿Usted también?

—Yo antes que todos, María Teresa.

Nuevo silencio. Se oían las carcajadas con que los del grupo acogían los chistes y las frases ingeniosas de Fon-Fon.

—¿Tiene usted mucho interés en que vaya yo a su casa?

—Un interés usurario, María Teresa.



—Pues yo le prometo que mañana tarde tendrá noticias mías.

—Pero eso es muy vago.

—No lo crea. Usted, a las seis, espere en su casa; le aseguro que no perderá la tarde. ¡Palabra!

Sin que él se la pidiera, María Teresa le ofreció la mano. Daniel la estrechó en silencio, y fueron ambos a reunirse al grupo general.



---

El paraje era estratégico por demás.

Para garantía de su soledad el mar casi lo bañaba durante cuatro horas cada día, las horas de las altas mareas; y en el resto de la jornada las aguas quedaban allí, vigilantes a muy poca distancia, bramando para que nadie se olvidase de ellas.

Por si algo faltaba habían colocado—ello era una novedad de este año—un letrero a la entrada de la gruta principal, que era un vermú a la inversa; el cartel no decía más que lo siguiente: “Lugar peligrosísimo aun durante el buen tiempo.”

La primera tarde que Daniel leyó aquello experimentó la misma sensación que saborearía el sujeto que hubiera estado mucho tiempo sentado encima de un polvorín sin darse cuenta de ello; porque él mismo, en ocasiones diversas, había pasado largas horas de la tarde tranquilamente sentado por aquellos andurriales, viendo pescar o



aguardando la caída del sol en el mar. Por lo visto, se había estado jugando la vida.

La cosa estaba situada en la que podríamos llamar la base del faro, en aquella parte de la gigantesca roca que mira a Biarritz, y en el lado opuesto a *La Chambre d'Amour*. Desde la explanada bajaba una escalera rústica de infinitos escalones, a la cual servía de dosel una bóveda formada por el ramaje de unos tamarindos. Al final de ella una gruta, más bien un túnel, abría su arco sobre el mar; dentro de ella, colocadas sobre unos soportes de hierro, se veían unas treinta o cuarenta cañas de pescar, pero cañas gigantes, gruesas como piernas de bailarín, ramas de bambú que parecían destinadas a ser movidas con grúa.

Más allá, un malecón no muy grande, algo así como un muelle chiquitín, era la parte más avanzada sobre el mar: un sitio cuyas planchas de cemento pedregoso estaban siempre húmedas, pues el agua saltaba hasta ellas en la pleamar y dejaba su tarjeta, como señal de que pensaba volver pronto.

Se anunciaban ya las grandes mareas de septiembre, las mayores, con las de marzo, de todo el año, y cuando el joven Urrutia llegó al principio de la escalera que bajaba desde la explanada del faro, el mar hacía sólo media hora que había iniciado su descenso.

Eran las cuatro de la tarde, y no podía perder el tiempo, pues no olvidaba que a las seis había



de estar en su casa esperando a... María Teresa.

Le parecía mentira, pero era verdad. Y, con esa crueldad del Destino, que se complace siempre en ponernos chinitas en el sendero del placer, resultaba que Daniel, citado con la infeliz Mica desde el día antes en aquel rincón solitario cara al mar, no podía ni quería de ninguna manera faltar a la cita.

Porque, si Daniel fuera un presuntuoso, creería que la simpática madrileña se había enamorado de él. Desde la noche aquella en que tuvo la debilidad de subir con ella a su alcobita de la avenida de Osuna, la muchacha le perseguía, de un modo discreto, eso sí, pero le perseguía.

A Urrutia le inspiraba una profunda compasión aquel afecto, que ni siquiera se atrevía a llamar cariño, y que era más bien gratitud que había evolucionado un poco, perdiéndose por los senderos de la liviandad. De tal modo, sin comerlo ni beberlo, el hombre se encontró convertido en algo así como el chulo de la Micaela, pues cuantas veces intentó pagar en alguna manera los favores de la apetitosa mundana negóse ésta en rotundo a aceptar dádiva, directa ni indirecta. Y un día en que Daniel la obsequió con un bolso de mano, trabajo en cuero marroquí—¡delicada alusión lo del trabajo en cueros!—, comprado en un barracón argelino instalado hacía poco a la salida de los soportales de Lacombe, la joven se creyó en el caso de darle con el bolso un latigazo en la cara,



arrojándolo después al mar desde la altura del puente del Diablo, mientras decía iracunda:

—Mira lo que hago yo con tus regalos.

Micaela era la última romántica, y, por serlo, podía constituir un obstáculo serio en el camino que dentro de dos horas empezaría a recorrer Daniel Urrutia en compañía de María Teresa.

Por eso el pollo no pensó ni por un momento en faltar a la cita con la madrileña; al contrario, había que halagarla, tenerla en lo posible satisfecha, y puesto que la muchacha—como varias del gremio—era ferozmente aficionada al ciprés y a los ambientes esproncedianos (¡...!), aquella gruta de la parte baja del faro era una escena que no la mejoraría ni el propio Fontanáls.

Daniel, al bajar los primeros escalones que a la gruta conducían, estaba emocionado; claro que su emoción era puramente nerviosa, pues se componía de cierta prisa, cierto interés por acabar pronto, y además cierta preocupación por las palabras engañosas que tendría que verter en los oídos de Micaela.

¿Habría llegado ya? No era probable, pues casi no era la hora. El mar rugía livianamente, y en el horizonte había un nubarrón rojo que parecía el resultado de una sangría.

De pronto, por debajo de la bóveda de tamarindos que servía de dosel a toda la escalinata, apareció una mujer: era Micaela, que, cansada



por lo visto de esperar, subía al encuentro de su amante.

Vestía con la sencillez de siempre, y para abrigarse un poco del fresquillo que ya caía sobre Biarritz en estas últimas horas de la tarde, llevaba al cuello una piel oscura, con la que a veces se tapaba mimosa la cara.

La chica estaba mucho más guapa que cuando había llegado a Biarritz en los comienzos del verano. Era éste un fenómeno que se observaba en todos los veraneantes, viniesen de donde viniesen: a los ocho días de estar en los dominios del faro, los ojos se abrillantaban, los rostros se curtían y se ensanchaban, y el cuerpo todo adquiría una ligereza alada que era más bien como una reencarnación.

La madrileña, más guapa y más sana, estaba en el cuerpo como esas almas que acaban de salir de las lustrales aguas del tribunal de la penitencia y no han tenido tiempo todavía de cometer un nuevo pecado.

—¿Cómo estás aquí ya?—le preguntó Daniel, después de haberla saludado con un beso.

—Estoy desde hace media hora.

—Pero si dijimos a...

—Sí, ya lo sé; pero he preferido aguardar yo. ¡Pobre cordera!

Enlazados por la cintura emprendieron el descenso.

—Vamos a pasar una hora deliciosa. Este es



el encanto principal de Biarritz; estos rincones solitarios donde no viene nunca nadie. ¡Y hay tantos así!

—Pues hoy me parece que no hemos tenido suerte.

—¿Por qué?

—He estado ya abajo, haciendo tiempo: hay una parejita, dos criaturas muy jóvenes que parecen escapadas de su casa.

—¿Están en la gruta?

—No, sentaditos en el malecón, y muy amar-telados.

—Pues nos quedamos nosotros en la gruta.

—Como tú quieras.

Casi llegaban ya a ella. El paraje tenía todo ese aspecto de las decoraciones de teatro que quieren imitar el desorden de la Naturaleza; era ello muy frecuente en Biarritz, pero la sinceridad con que la Naturaleza misma había producido aquellas teatralerías las libraba del desencanto de lo artificioso.

A través del arco de la gruta se veía un trozo de mar, hacia el infinito, que ahora se había puesto de un color entre plata y ceniza; a la izquierda, antes de entrar bajo la bóveda, otra sábana marina se extendía hasta la verdura de la playa del Palais.

En vista de ello, Micaela y Daniel se creyeron en el caso de darse el segundo beso de la tarde. Habían hecho un alto en el centro de la gruta, y



en el momento en que ella inclinaba su cabecita, o mejor dicho, su sombrerito—siempre iniciaba con ese gesto el acto de la rendición—, sintieron unos pasos y unas voces a sus espaldas.

—¡Dios los bendiga!—dijo Daniel, separándose bruscamente de la muchacha.

Los que llegaban, otra pareja, ni que decir tiene, venían triscando, descendiendo a saltitos los escalones, tanto que, al final, por poco se dan de narices contra la entrada de la gruta por exceso de velocidad. Ella era una señora más cerca de la helada senectud que de las verduras juveniles, y él, un tipo entre señorito y chófer, tenía todo el nimbo espiritual del hombre que vive a costa de las señoras.

Pasaron junto a Daniel y Mica sin verlos apenas: tan abstraídos iban en su propio arrullo. Siguieron al malecón.

—Menos mal—dijo Daniel dando un suspiro de alivio.

Y fué a sentarse con su novia en un banquito de piedra que había a la salida de la cueva, por la parte del mar abierto.

Era el sitio más a propósito para, en la pleamar, recibir un baño de pies, y aun de asiento: el agua salada llegaba hasta allí, en lo alto de la cresta de una ola, aunque se retiraba en seguida, como hacen los criados discretos que entran en el gabinete cuando su señora está sentada sobre las rodillas de un visitante de cumplido.



Daniel, preocupado como estaba con lo que le aguardaba para dentro de hora y media, tenía que hacer un verdadero esfuerzo de doblez para hablar de amor a Micaela; sin darse cuenta llevó el diálogo por lados más crematísticos.

—¿Por qué número vas?

Ella no le entendió.

—¿Qué dices? ¿Número de qué?

—De billetes de mil francos; no me negarás que estás ahorrando dinero. Yo te veo trabajar mucho.

Molestaba el tema a la romántica. ¡Si habían venido allí para esto!

—No lo creas; pero no me quejo. Cuando me vuelva a Madrid, dentro de unos días, habré pasado el verano y me habré hecho alguna ropa. ¿Para qué más?

—¡Bien puedes decirlo! No todas las del gremio tienen tu suerte.

Pasó por junto a los enamorados una nueva pareja en dirección del malecón; a los que la componían no pudieron verles las caras. Sin embargo, hablaban español, y en la voz del hombre creyó percibir Daniel un eco que no le era desconocido.

Un cuarto de hora después, Urrutia decía a Micaela:

—Eso debe estar más concurrido que la sala de juego del Bellevue.

Debía ser verdad: durante los quince minutos



no habían dejado de pasar parejas; parecía aquello un baile de candil.

—Debe ofrecer el muellecito un aspecto pintoresco. ¿Quieres que nos asomemos?

—Como tú quieras—dijo ella con toda dulzura.

La infeliz daba ya por perdida la tarde. Lo que estaban haciendo allí podrían haberlo hecho lo mismo en el centro de la plaza de la Mairie a la una del día.

El diminuto muelle, limitado por altas rocas en tres de sus lados, y cruzado por un barandal de obra en la parte que abría al mar, ofrecía, en efecto, un cuadro divertido: hasta doce parejitas amorosas, sentadas en el banco de cemento que circundaba el recinto, se acariciaban, con la mirada nada más, y bien que lo sentían.

Porque todos habían venido allí a lo mismo: atraídos por la fama del sitio solitario y recoleto, propicio a los diálogos de amor, famoso en todo Biarritz. Y al encontrarse ocupado de antemano el que ellos imaginaron como santuario discreto de sus amores, experimentaban la misma amargura del señor que, habiendo encargado una estancia reservada en un restaurante, se encontrase al llegar con que la habían ocupado unos sacerdotes.

Y se miraban unas parejas a otras melancólicamente, como diciéndose:

—¡Qué bien si se les ocurriera a ustedes marcharse, así, de pronto!

Daniel tuvo una idea festiva:



—¿Por qué no nos sentamos también nosotros? Mira, allí hay un rincón libre.

Y lo hicieron. Con ellos ya estaba casi completo el baile; en realidad, no faltaba allí más que un sexteto que rompiera a tocar para que todo el mundo rompiera a bailar.

De pronto, una pareja que estaba de pie, acodada en el barandal, se volvió. Daniel les vió las caras e hizo un gesto de contrariedad: él era el duque de Santaulencia, el anciano más popular en Biarritz entre todos los ancianos que formaban la colonia veraneante de la aristocracia española. Punto fuerte en todos los parajes donde se rindiese culto a la danza, era también un fervoroso adorador del servicio doméstico, pues para él el encanto mayor que podía tener toda hija de Eva era el de ser además criada de servir.

La que ahora le acompañaba en este idilio casi marítimo era, desde luego, una cocinera, y acaso fuese la de su propia casa; de que pertenecía al gremio no podía dudarse, pues no había más que ver lo desarrollado de sus ancas—de estar siempre de pie frente al fogón—y ese aire succulento que pone en las mejillas la aspiración perenne de las grasas.

A Daniel no le hizo buen efecto el tropiezo; mientras los que estaban allí eran desconocidos que se miraban con hostilidad embobada, todo iba bien. Pero el duque y él eran amigos, se trataban con cierta intimidad, y realmente, ante un encuen-



tro así, no sabía ninguno de los dos qué actitud adoptar.

Menos mal que la discreción se apoderó de ambos y, como si se hubieran puesto de acuerdo, decidieron no verse el uno al otro. Claro que era igual: luego vendría el encuentro en terreno neutral y las bromitas de siempre:

—Ya le vi a usted la otra tarde rezando el rosario.

—Pues usted, duque, estaba en las cuarenta horas.

—¡Qué bien acompañado iba usted!

—Pues usted no iba a cuerpo.

Ahora el duque llevó su discreción al extremo de marcharse de allí con la doméstica.

También Daniel, después de un rato, decidió emprender la retirada; allí no había nada que hacer. Pero, o habían calculado mal, o el duque y su amor se habían entretenido, entre el muelle y la roca, a contemplar el mar como dos enamorados del año cuarenta—año de la nascencia del duque—, porque, cuando Daniel y Mica iban de retirada, se volvieron a tropezar con la pareja bajo la bóveda de la gruta.

Había allí, como ya se ha dicho, un gran manojo de cañas de pescar, tendidas sobre dos soportes de hierro; eran esas cañas gigantescas que parecen armadas, para pescar, por lo menos, ballenas, y que, a lo mejor, son para pescar salmo-



netes. El duque, señalando a la más gruesa de todas, decía a la ancilla:

—¿Ves aquélla? Pues mucho más grueso.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué “exagerao” está el tiempo! A tus años...

No cabía duda: cocinera, y de la calle del Olmo.

Pero ¿de qué estarían hablando? Acaso de la amplitud de la conciencia del duque.

Daniel y Micaela aprovecharon el momento para emprender la huída más que de prisa.

Mientras subían las escaleras que conducían a la explanada, el joven iba diciendo a su amiga:

—Decididamente, a estos parajes solitarios, propicios al amor, ya no se puede venir. Se ha corrido la voz de su soledad y le ha dado por venir a ellos a todo el mundo.



---

Daniel separóse de Mica un poco más allá del Hotel Regina.

La chica, dócil y obediente, no preguntó nada; se limitó a rogar a su amigo y protector que no dejase de ir aquella noche por el Bellevue a última hora. El dijo que sí, con la misma indiferencia y falta de intención con que hubiera dicho que no.

Por las calles de la izquierda, y bordeando el *golf*, ganó la villa San Carlos, monumento raro y pedantesco en el medio risueño y floreal de Biarritz, y atravesando el barrio del Gas, vino a salir al de las Termas Salinas; es decir, al suyo.

Faltaba poco más de media hora para la entrevista con María Teresa, y, sin embargo, el pollo Urrutia marchaba de prisa, como si tratase de coger un tren con los minutos contados.

Para abreviar entró por la puerta de la avenida de la Reina Natalia. Casi nunca lo hacía por allí, pues la casa, con fachada también a la carretera de Bayona, tenía por este último lado acceso más llano.



Hora es ya de que el lector penetre también en el albergue de Daniel Urrutia, ya que tan sincera amistad le une con el dueño de las estancias.

Eran éstas, como ya se dijo, parte de una lujosa pensión que, como casi todas las de aquel barrio elegante y apartado, pasaba ocho meses del año huérfana de huéspedes y con las puertas medio cerradas. Esta condición de suave aislamiento había sido para Daniel el atractivo principal que le indujo a instalarse allí, cuando se convenció de que su estancia en Biarritz iba a ser cosa de un rato largo.

Había hecho un convenio con la dueña y directora de la pensión, con arreglo al cual él disponía como amo absoluto durante todo el año de cuatro estancias comunicadas entre sí, y que eran una alcoba, un salón y un despacho, más un cuarto de baño instalado a la moderna.

El grupo de habitaciones ocupaba un ángulo de la casa, de manera que tres de ellas tenían ventana al jardín, y para mayor suerte, una puerta de madera, que daba a la escalera principal de la pensión, le aislaba del resto de ella, haciéndole dueño absoluto de sus entradas y salidas.

Daniel, hombre de buen gusto, pero sin estridencias, había ido arreglando poco a poco sus estancias con sujeción a su gusto y aficiones: el despacho, al que él llamaba humildemente su celda, era de una sobriedad que daba frío: no había en él más que una mesa, un sillón frailer, un ar-



marito pequeño para libros y p  pelotes y un felpudo muy erizado a los pies de la mesa; en un ángulo, un reclinatorio, y en la pared, un gran crucifijo de bronce; sobre el tablero del reclinatorio había una calavera muy amarillenta, comprada por Daniel en el barrio judío de Bayona, y que el trapero que se la vendió aseguraba haber pertenecido a un factor de la cercana estación del ferrocarril.

La alcoba era un santuario: cubierta en todas sus dimensiones—techo, paredes y piso—de unas telas moradas, era también morada la colcha de damasco que cubría el lecho; una alcoba para que hubiera dormido en ella un señor obispo un poco cansado de la vida.

El salón hacía de tal, de comedor y de albergue amoroso para aquellas entrevistas preliminares que no requerían aún la escenografía de la alcoba. Había en él de todo, como en una prender  a de buen gusto: un bargueño, una piel de oso viudo, una *chaise-longue*, un armario, al que Daniel llamaba su bodega, y en el que guardaba siempre una lucida colección de botellas de vinos y licores.

Era la estancia predilecta del dueño de la casa; era, desde luego, en la que más vivía. Sobre todo, en las largas esperas que suelen preceder a los diálogos amorosos, Urrutia había ido impregnando aquellas paredes y aquellos trastos con los anhelos y las ansias mejores de su espíritu.

En la tarde de hoy la espera, por lo visto, se



ofrecía amplísima. Era ya noche cerrada y María Teresa no se había presentado. No era tarde aún. Encima de una especie de aparador bullía el agua de una cubeta colocada sobre un infiernillo y en la que, a su tiempo, se verterían las rubias hebras del te.

Daniel había ya intentado todos los procedimientos habituales para combatir la impaciencia: pasearse a grandes zancadas por la estancia, abrir la ventana y asomarse al jardín, encender varios pitillos y arrojarlos de un golpe al cenicero cuando el fuego apenas había avanzado la cuarta parte de su camino...

La noche, de llovizna ligera, tenía esa humedad que al penetrar, no se sabe por dónde, en los interiores, hace más apetecible el calorcillo de éstos. A Daniel le iba invadiendo una intensa melancolía.

—No vendrá—se decía revolcándose en el pesimismo.

El que no haya nunca saboreado la amargura de estas incertidumbres, cuando, todo dispuesto, en el cuerpo, en el alma y hasta en la estancia, esperamos la llegada de una mujer que *debe* venir..., pero que a lo mejor falta a su deber, no podrá comprender lo que sufría Daniel Urrutia en aquellos momentos.

Por una complacencia masoquista nos entregamos en casos tales a evocar todo lo que aquella mujer nos hubiera traído: el brillo de su pelo, la



caricia de sus ojos, el ofertorio de su boca y la tibieza de su cuerpo entero..., que en aquel momento nos imaginamos de miraguano. “¡No vendrá!”, nos decimos. Y, sin que el pensamiento se formule muy claramente en nosotros, sentimos que nuestra vida va a sufrir un tremendo fracaso, porque, digan lo que quieran los misóginos y los... intelectuales, los únicos momentos en que se ve un poco la razón de ser de la vida, son esos en que unos ojos de mujer nos miran de un modo distinto a como miran a los demás.

Daniel sentóse a una mesita diminuta que había cerca de la ventana y empezó a escribir: no lo hacía *maquinalmente y sin saber cómo*, cual el héroe de *Ta bouche*, pero sí había en el caminar de su pluma algo de fatal y de semiconsciente.

Era una carta para María Teresa; mejor dicho, una serie de frases sueltas, unidas tan sólo por un nexos: el de una cachondería melancólica.

“¿Por qué no has venido?... ¿No sabes que te esperaba como nunca he esperado a nadie?... Nada podré hacer sin ti en este anochecer de cementerio... ¿Con qué quieres que llene mis horas, estas horas que yo había imaginado tan felices, si me faltas tú?... No sé, fuera de tu condición de mujer, qué te autorizará a ser tan cruel conmigo... Porque la crueldad de ahora es mayor que todas las demás: hasta ahora no me dejabas esperar; ahora fomentas en mí la esperanza para luego troncharla de raíz.”



Y venían luego los insultos, que son la salsa de todas estas cosas.

“¡Eres la más despreciable de las mujeres!... La última de las golfas que rodean por las noches el edificio de “La Chaumière” no sería capaz de jugar con el corazón de un hombre como tú estás jugando con el mío... Una gallina, a tu lado, es la casta Susana... Pero, ¡hija mía!, a ti te llevan a una casa de citas y dejas sin comer a las otras...”

Daniel se paraba de cuando en cuando para leer aquello. No estaba mal; pero dicho en verso hubiera estado mucho mejor. ¡Qué lástima que él no supiera hacer versos!

Iba a firmar, con ánimo decidido de cerrar la carta y hacerla llegar a su destino, cuando el timbre de la puerta que daba a la escalera de la pensión sonó con cierta timidez.

—¡Es ella! El corazón no engaña nunca.

Y fué a abrir casi de dos saltos.

Cuando empuñó el picaporte de la puerta casi estuvo a punto de sufrir un vahído: tan emocionado estaba. Y aunque no era muy dado al simbolismo, pensó que se disponía a abrir sencillamente la puerta de su felicidad.

—¿El señor Urrutia?

La cosa se la decían en francés, pero se quedó tan sin contestación como si se la hubieran dicho en tagalo.

La persona que había formulado la pregunta era una joven rubia, muy guapa—a Urrutia en



aquel momento le pareció feísima—, doncella de casa grande al parecer, pero vestida como visten para la calle las criadas francesas; es decir, de un modo que hace muy difícil distinguirlas de las señoras.

—¿Es usted el señor Urrutia, verdad?—dijo, apoyando la frase con una sonrisa.

Daniel recordaba haber visto otra vez aquella cara. Pero ¿dónde? ¿Cuánto tiempo hacía?

—Sí, yo soy...; pero...

—Traigo esta carta, de parte de la señora de González Somera.

—¡Ah!

—Y... espero la contestación.

Al decir esto último la sonrisa fué mucho más expresiva, casi picante.

—Pues pase usted, hija mía. Y venga la carta.

Cerró la puerta y, de pie, temblón, febril, rompió el sobre y leyó.

Mientras lo hacía, la doncellita no le quitaba ojo; parecía examinarle de arriba abajo, y el resultado del examen era un gesto de complacencia que parecía querer decir:

—¡Menos mal! No tendré que esforzarme mucho.

Daniel había roto a sudar a la mitad de la lectura. Al terminarla, tenía los ojos en blanco y le corría por todo el cuerpo un temblor eléctrico.

Forzando sus pupilas para que recobrasen su



estado normal, se quedó mirando a la joven con fijeza.

—¿Usted sabe lo que dice esta carta?

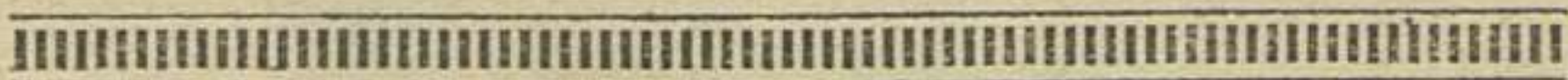
—La señora la ha escrito delante de mí, y al terminarla, me la ha leído.

Daniel estaba como loco. Señalando a la entrada de la alcoba, dijo a la chica, con el mismo tono del tirano que da una orden de muerte:

—Entre usted en esa habitación.

La muchacha obedeció.





El pollo Urrutia, que ahora era un gallo rabioso, con la carta en la mano, se dejó caer en una silla apenas se vió solo.

Entre las ochenta y dos ideas que pretendían pasar a un tiempo, aglomerándose, el umbral de su conciencia, había una que venía a decir así: Todo cuanto literatos, pensadores y modistos han escrito acerca de la psicología de la mujer, es una pura filfa. Del abismo de maldad a que puede descender el corazón femenino, nadie, ¡nadie!, tiene ni la más remota idea.

¿Qué eran las grandes figuras de la maldad, de la Historia o del Arte, al lado de la señora de Somera? ¿Lady Macbeth? Una gacela atacada de timidez. ¿Lucrecia Borgia? Una ursulina. ¿Gabriela Bompard? Una segunda tiple del teatro Martín.

Porque era imposible encontrar una dosis de perfidia mayor que la contenida en la carta que Daniel Urrutia estrujaba aún entre sus manos.



¿Qué decía en ella? No era posible contraste mayor entre lo esperado y lo escrito.

La carta decía así:

“Amigo Daniel: Te ofrecí ayer que esta tarde tendrías noticias mías, y yo soy una buena amiga que cumple siempre lo que promete. Fíjate en la muchacha que lleva esta carta: es mi doncella; te ruego que la mires despacio. Va aleccionada por mí, para ponerse por entero a tu disposición; es decir, que te la envío en mi lugar. A ella puedes decirle cuanto pensabas decirme a mí, y hacer con ella cuanto conmigo pensabas hacer. Te doy así una prueba de amistad, porque te aseguro que la muchacha, como mujer, vale más que yo. Sales ganando en el cambio. Yo no voy porque estoy un poco cansada.

*María Teresa.”*

En fuerza de pensar muchas cosas, Daniel Urrutia había llegado a no pensar nada. Estuvo así sus buenos diez minutos y, poco a poco, como la lucecita de un tren que se va acercando, un pensamiento, que era al principio un solo punto brillante, se inició tímidamente en su cerebro.

¡No estaría mal! Como venganza tendría su sabor indudable. La señora había querido burlarse de él enviándole como suplemento a la don-



cella, y él debía substituir con ésta a la señora para demostrarle que, en el fondo, le era igual.

Porque era una de esas ideas hipócritas, solapadas, que se presentan disfrazadas de otras: una especie de burla que el inconsciente le gasta a la conciencia. Como cuando bebemos vino porque decimos que pretendemos curarnos una tristeza, y en realidad lo bebemos porque nos gusta más que a un mosquito.

Así ahora; la fisiología de Daniel Urrutia, excitada por la fuerte sacudida nerviosa, se había encalabrinado ante el rápido examen de la doncella de María Teresa, que, realmente, era un bocado selecto. El fondo de su pensamiento era ése: el apetito excitado ante la vista de turgencias y colores—¡oh, aquel pelo rubio, que parecía formado de hebras de te!—, reclamaba su satisfacción; pero ese fondo se cubría con el velo de un deseo de venganza, que no era más que la forma de ese pudor que a veces empleamos con nosotros mismos.

Fuera lo que fuera, Daniel, impulsado por su doble excitación, puso manos a la obra. Hecha una bola de papel se guardó la carta de María Teresa en uno de los bolsillos del batín que llevaba para andar por casa, y se encaminó decidido a la alcoba.

La doncella estaba muy entretenida mirando la noche a través de la ventana de la estancia; había alzado para ello uno de los cortinones mora-



dos que cubrían la doble hoja de cristal, y miraba hacia afuera con la misma fijeza con que se podría contemplar un espectáculo emocionante.

En realidad, no veía casi nada: un conjunto de sombras, húmedas por la llovizna, rotas a veces por unos puntitos de luz, que eran el alumbrado de las casas y villas y algunas de las de la carretera de Bayona. De cuando en cuando llegaba hasta allí el haz luminoso de la linterna del faro; era un reflejo que se posaba en los cristales de las casas, en la copa de los árboles del jardín, en lo alto de la verja que limitaba el contorno de éste; la lluvia, menuda, al pasar a través de aquella franja luminosa, parecía caer como tamizada.

Daniel contempló a la muchacha: era alta, espi-gada, de curvas suaves, y bien plantada sobre sus ánforas posteriores de yegua normanda. Era una de esas servidas de casa bien tenida, que, entre tapices y muebles caros, parecen ser un adorno más del interior doméstico. Servidumbre infiltrada de maneras señoriles por su continuo roce con el señorío, en todos los sentidos de la palabra roce.

No era mal regalo; en su burla, María Teresa había estado generosa. Y era bello aquel gesto de señora moderna, que, con iguales privilegios que una reina antigua, regalaba a un amigo una de sus esclavas.

Sin pronunciar palabra, sin hacer apenas ruido, y con las manos a la espalda para acentuar la pureza de su gesto, Daniel se acercó a la rubiales y



depositó un beso entre las ondas doradas de sus cabellos.

Se volvió ella, a tiempo que exclamaba:

—¡Señorito!

No fué reproche: fué simplemente, acuse de recibo.

Daniel aspiraba fuerte; en los cabellos de la muchacha había el mismo perfume que en los de su dueña, saboreado por él la noche antes en tímidos roces durante la conversación de la terraza. Era el mismo. ¡Claro! Como que procedería del mismo frasco. Cerrando los ojos la ilusión hubiera sido completa.

Pero nada de cerrar los ojos: Daniel protestó indignado ante la idea. No se trataba de ninguna substitución fraudulenta: allí había una mujer hermosa que se brindaba, y había que... disfrutarla por ella misma y sin pensar en otra cosa.

Y Daniel la disfrutó ampliamente.

Rosalía facilitó el camino cuanto pudo. Al verla desnuda de un modo total Urrutia pudo admirar un cuerpo que habría sido perfecto de no tener acaso las caderas demasiado amplias; pero de todo lo demás, de la doble curva del pecho, que era floración de la carne y no abultamiento de despojo de matadero, de la perfección de las grutas axilares—sobacos, como les llamamos los íntimos—y de la ondulación serpentinesca de los brazos, se desprendía como un aroma de pudor, como ese nimbo que hace que respetemos a las estatuas y a



los cuadros desnudos de los museos..., si es que no tenemos el espíritu desviado por la cleptomanía.

Aquella ancilla, vista de espaldas y aun de perfil en su desnudez completa, era una figura de retablo, de esas que tanto encantan a los literatos que tienen la medula en adobo; pero todo ese efecto, que pudiéramos llamar intelectual, lo borraba y lo substituía con creces en cuanto se la miraba a la cara.

Los ojos, entre verdes y azules, brillaban fascinadores sin que su dueña se lo propusiera; la nariz, casi recta, se elevaba respingoncilla casi en su extremo, con ese gesto de la mujer que está siempre indagando en la atmósfera y como repitiendo la clásica pregunta: "¿Cuándo tocan a violar?" Y la boca, ¡bueno, la boca!, que, siendo en realidad pequeña, parecía grande, era un estuche rojo de la más bella dentadura que haya exhibido jamás mujer alguna.

Daniel Urrutia, en aquel húmedo atardecer del otoño biarroto, gozó a su sabor de todas aquellas gracias con bastante amplitud. La escena fué la misma que él había estado imaginando durante las últimas veinticuatro horas, y desarrollada además en el mismo escenario. No había existido más que un simple cambio de personas.

Eran ya muy cerca de las nueve de la noche cuando Rosalía mostró deseos de marcharse.

—¿Qué prisa tienes?—le dijo él.



—Sí que la tengo. Tendré que vestir a la señora.

—¡Ah! ¿Tienes el tiempo tasado?

—Ya ves...

Empezó a vestirse, después de haber purificado su liviandad en la castalia del cuarto de baño. Daniel, aunque no había llevado su desnudez al extremo de la oposición al catarro, también fué cubriendo la relativa intemperie de sus carnes.

Y cuando ya estuvieron los dos disfrazados de personas decentes, al verla él vestida, desaparecida ya la pureza estatuaría de su carne y a la vista solo la cara incitadora, sintió de nuevo el vértigo del asalto. Sin decir palabra volvió a tomarla en sus brazos, perentoriamente, como dos amantes que temen ser sorprendidos de un momento a otro, sin preocuparse para nada de la comodidad.

Acabó, y pronto, la comedia, Urrutia, y al pasar su mano derecha por el pecho del batín, palpó en el bolsillo, por fuera, algo así como una bola de papel. Era la carta de María Teresa.

Fué una idea diabólica. Extrájola febril del bolsillo, estiró el papel un poco y, sirviéndose de él como de un... paño de lágrimas, recogió los restos que siempre quedan en la fisiología después de estas batallas del amor.

La carta quedaba así contestada.







---

El veraneo tocaba a su fin. Casi podía decirse que se había acabado.

Al volver, con el primer sábado de octubre, a la hora de invierno, el crepúsculo en Biarritz ganaba todo ese tiempo de nuevos encantos, con las luces de los comercios encendidas y ese aire de intimidad cordial, aun en medio del bullicio, que tiene la primera hora de la noche en los parajes urbanos.

Bullicio quedaba ya poco en Biarritz: la hermosa playa, como las ampollas cristalinas de un reloj de arena, se iba vaciando poco a poco, pero de un modo continuo. Los dueños de hoteles y hospedajes se consolaban de la tristeza de ir viendo sus casas otra vez solitarias, contando las ganancias del verano, que había sido fértil como pocos. El botín había resultado espléndido.

Daniel Urrutia miraba todos los años llegar esta época con cierta melancolía complacida; molestandole un poco la aglomeración veraniega, le parecía que aquel discreto recogimiento del otoño y del invierno, le permitía saborear mejor los en-



cantos de la ciudad, a los cuales se había rendido por completo.

Con los primeros días de octubre volvía el joven a sus soledades, de las que espiritualmente no había salido más que a medias durante los meses del verano. Y en el invierno que se acercaba presumía él que su soledad iba a ser más intensa.

Como señal evidente de que el verano oficial había pasado, si otras no hubiera, estaba la marcha de Evaristo Somera, que cumplida ya su quincena anual, se volvía a París, de donde, como todos los años, daría el salto a Madrid en los últimos días de noviembre. María Teresa, como todos los años también, había ido a despedirle hasta el mismo andén de la estación de Biarritz-Ville; la despedida era siempre de una ternura ejemplar: la esposa daba al esposo—como en *El cantar de los cantares*—los últimos encargos para que la modista de la plaza Vendôme, encargada de antiguo de vestir a María Teresa, se lo tuviese todo dispuesto para cuando la cliente fuese a París... dos meses más tarde, claro es; es decir, cuando ya Evaristo no estuviese en la capital de Francia.

Daniel, que, por evitar tropiezos, no había bajado a la estación, despidió con el espíritu al simpático viajero. ¡Pobre amigo! Le tenía él cariño a aquel hombre... ¡Y, a pesar de ese cariño, se marchaba de Biarritz una vez más sin que Da-



niel hubiera conseguido adornarle la frente! ¡La vida tiene esas crueldades!

Desde la tarde *aquella*, Urrutia sólo una vez había visto a María Teresa; fué un encuentro fortuito, que además el joven se encargó de hacer de una brevedad de relámpago: una mañana, a las once, subía el pollo hacia el centro por la avenida de Eduardo VII, y un poco antes de la diminuta estación del B. A. B. vió venir a la pájara; el encuentro iba a ser inevitable, y ella le había divisado ya; pero Daniel, con la rapidez de una *moto*, bajó de la acera y cruzó el arroyo en línea perpendicular al lado contrario; además, apretó el paso por lo que pudiera ocurrir. María Teresa no pudo menos de echarse a reír, y siguió impávida su camino.

A la que sí había vuelto a ver el amigo Urrutia era a Rosalía, la doncella de María Teresa. ¡Vaya si la había vuelto a ver! A ver y a examinar en diversas ocasiones.

El resultado de la primera entrevista había sido tan satisfactorio, que el joven y la doncella..., en el sentido doméstico de la palabra, habían decidido asociarse para una obra común cuyas piedras iban poniendo poco a poco.

Tres veces había vuelto la rubia muchacha al nido de las Termas Salinas, y además, un domingo en que ella disfrutaba de licencia para salir, fuéronse a almorzar los dos tórtolos a un restau-



rante semirrústico que había en la barra del Adour, a dos pasos del hipódromo.

Daniel estaba cada vez más complacido de aquel lío; complacencia puramente física, claro es; pero sólo los necios desconocen lo que estos retozos físicos influyen en la llamada parte moral del ser humano. Y Urrutia, que aunque hombre bien alimentado, tenía a veces caídas hacia el lado de la Filosofía, pensaba si todo el sentimentalismo un poco cursi de su amor por María Teresa no sería más que hambre no satisfecha, como la que Rosalía le venía matando casi a diario.

Desde luego era difícil que en las que llamaremos prácticas del rito amoroso fuese superior la dama a su doncella; hay cosas difíciles de superar, y Daniel estaba encantado de aquel florecer primaveral en pleno otoño, que la realidad le ofrecía como compensación a sus fracasos.

El verano de Biarritz, que empezaba siempre con el estallido triunfal de sus hortensias, unas flores gigantescas, bellamente monstruosas, de colores raros y selectos, venía a terminar para él en aquel otro estallido nupcial a lo Tristán e Iseo, en el que la esposa del rey Marke era una criada distinguida.

Y antes de que la temporada termine del todo no estará de más que el lector pase revista conmigo a los principales fantoches con quienes se ha ido relacionando en el curso de esta verídica narración.



El día primero de octubre, en medio de una lluvia que, por lo torrencial, recordaba las que sirvieron de aperitivo al diluvio universal, volvióse a Madrid Micaela. Era una buena muchacha, y lo fué hasta el fin. Porque a ésta tuvo que embarcarla Daniel, en el sentido material de la palabra.

Ocurrió que la chica, que sin duda tenía de la gratitud un concepto demasiado amplio, *amenazó* en aquellos últimos días a Daniel con quedarse a pasar todo el invierno en Biarritz, sólo por darse el gusto de estar al lado de su protector.

Urrutia vió en aquello el germen de una catástrofe, y procuró disuadir de su propósito a la peripatética a fuerza de elocuencia.

—Pero, hijita, ¿qué vas a hacer aquí durante el invierno? Como no te dediques a hacer excursiones por el campo...

—Si yo no quiero hacer nada. Estar aquí, simplemente.

—Sería un suicidio, y yo no puedo consentirlo. Tú te marchas a Madrid, y...

Fué un momento de inspiración felicísimo:

—... Y allí nos vemos tú y yo dentro de un par de meses.

La muchacha, de suyo era más crédula que un cura de comedia, y cayó en el lazo. Además, hubiera obedecido lo mismo, porque lo esencial siempre en ella era la obediencia. Marchóse, pues, de Biarritz, llevándose a Madrid tres meses menos de vida, durante los cuales no lo había pasado del



todo mal, alguna ropa nueva, que ya vería ella cómo la pasaba en la frontera, y unos ahorros en dinero francés que, traducidos al español, acaso no llegasen a las tres mil pesetas.

En la estación echó sus lagrimitas, y en la emoción de la despedida, recordando la ayuda de Daniel para su instalación y primeros pasos en la playa francesa y recordando también, sin duda, otros aspectos más íntimos del joven, le dijo cuando ya el tren iba a arrancar:

—¡Qué buen hombre eres..., en toda la extensión de la palabra!

El tren se marchó, y la frase casi quedó sin respuesta.

En el capítulo de los viajeros, tan numerosos en esta época, había que incluir también a Fon-Fon. Pero éste, como siempre, viajaba a su modo: una noche desapareció del hotel en que vivía, sin retirar más que una parte del equipaje. ¿Dónde iba? Nadie lo sabía; puede que ni él mismo. Al día siguiente, en uno de los trenes que salían de Bayona... *hacia arriba*, tomaron asiento el joven golfista y la pequeña de trenzas como fustas. Se iban juntos, y ella, apenas comenzado el viaje, encerróse con su acompañante en el departamento del coche-cama y le dió en pleno rostro unos cuantos latigazos. Era un viaje de placer.

Quedaba un detalle suelto: Fon-Fon, al salir del Hotel, no había pagado la cuenta; eso lo hacía mucho; pero era un hombre de honor: aque-



lla misma tarde, un enviado de una persona misteriosa que no dió su nombre pagó religiosamente la cuenta del desaparecido hasta el último céntimo.

¿Quién fué el pagano generoso? ¿Quién era, mejor dicho, la pagana? ¿María Teresa? ¿Marinette? ¿Cualquier otra admiradora del prófugo?... No era fácil saberlo.

La francesa no resultaba probable que se hubiera rascado el bolsillo, porque la primera sorprendida con la huída de su amante había sido ella; al saberlo, lloró, pateó y le llamó *cochon* en tres tonos distintos. ¡Pobre mujer! ¡Qué desengaño!

Porque hay personas que, a pesar de su oficio y del continuo baqueteo de su alma, están siempre propicias al desengaño. Marinette, más guapa en su dolor que lo había estado en sus días de juerga veraniega, refugióse como en un claustro en su gabinete de la pensión de la calle de Juana de Arco, sin salir de él más que para ejercer su carrera por los alrededores de la plaza de la Mairie en las primeras horas de la noche. Había que ganar para pagar el recogimiento del claustro.

Sólo que las ganancias eran cada día menores; faltaba el postor en aquella subasta de las gracias femeninas. Porque Biarritz definitivamente se dormía para no despertar de su sueño anual hasta las proximidades de la Pascua de Resurrección.



El Casino Bellevue, luz de atracción de todas las mariposas veraniegas; había cerrado ya sus puertas; el faro tenía un competidor menos en sus paseos luminosos a lo ancho de la playa desde que se había extinguido el ascua gigantesca que era la terraza del famoso edificio, en las noches que van del 15 de agosto al 15 de octubre.

El Municipal no cerraba sus puertas en todo el año; lo que hacía era entornarlas. Terminadas las galas de comedia y ópera, de cuando en cuando, durante el invierno, se oían en su escenario las escenas espirituales de una comedia del boulevard.

La villa toda tomaba ese aspecto discreto de las cosas dinámicas en reposo. En los huecos de balcones y ventanas de algunas pensiones y de muchas villas se habían colocado ya esas maderas verdes que protegen cristales y cierres de las inclemencias invernales. Las mesas de las terrazas de los cafés, o habían desaparecido del todo, o habían disminuído considerablemente su número. Se veían menos automóviles, y la bandada de palomas del amor había levantado su vuelo.

Unas a París, otras a Burdeos o Marsella, y muchas a la Costa Azul... También se habían marchado algunas de las viejas duquesas y condesas del rancio y divertido abolengo español. Era, en la mayor parte de los casos, como si en un museo de Historia Natural se marchase el esqueleto del megaterio o del plesosaurio; pero aque-



llas brujas blasonadas animaban el cuadro, y, al desaparecer, se notaba su falta.

Muchas, cómodamente instaladas en sus villas propias, prolongaban la estancia; pero su vida era distinta de la del verano: ya no había aquel cotorreo de la una de la tarde ante el edificio de la Mairie, ni aquellos apretujones en el espacio reducido de Miremont para llegar a las mesitas donde estaban las bandejas de los pasteles y pescar, junto con el *chou à la crème*, el último chisme de la murmuración matinal. Ya la silueta imborrable de la Princesa Calixto de Austria no voltijeaba seductora por el andén central de la plaza, fumando cigarrillos, vestida un poco—nada más que un poco—a lo hombruno y haciéndose saludar por todo el mundo con una ligera doblez de corvas, como correspondía a una princesa auténtica...

Para las damas de la colonia española estos días del otoño biarroto eran días de reposo, de reparación de fuerzas; hasta que en noviembre emprendían el habitual viaje a París para el estucado definitivo.

Y el tiempo, como si quisiera burlarse de todos los que se habían ido o encerrado en sus casas, obsequiaba a Biarritz y su comarca con los días más espléndidos del año. Pasado el trastorno histérico del equinoccio, con sus grandes mareas que llevaban el agua hasta los soportales del Casino Municipal, y cubrían con el adorno de una



mantilla de espumas todo el malecón de la roca de la Virgen, venían los días dulces, de luz solar tamizada, los crepúsculos aristocráticos, las noches serenas en que el mar era como una lámina de cobalto.

A veces, una lluvia menuda y fina parecía como que manchaba la suntuosidad del cuadro: era un paréntesis que servía como para purificar la atmósfera en un lavado providencial. Tras ella, los contornos de las cosas parecían destacarse más, rodeados de una claridad mezcla de nácar y terciopelo, que nada tenía que ver con el raudal cegador de las luminosidades veraniegas. El divino y melancólico otoño era en Biarritz profundamente encantador.

¿Y era ésa la época del año que la gente elegía para abandonarlo? Sí; porque la gente es así; si no fuera así, no sería... gente.

Daniel Urrutia, acaso por su propensión nativa a la melancolía de colchón, se complacía en este abandono. Amaba a Biarritz... casi tanto como a María Teresa, y aun, pensando en ello, había llegado a convencerse de que a él lo que le atraía verdaderamente en la señora de Gómez de la Sotomera era lo que tenía del alma misma de la ciudad, coqueta y voluble como ella, despreocupada y amarosa, cruel para todo el que al acercarse a ella no había tenido la precaución de enamorarla antes.

Urrutia, acaso porque cuidaba mucho su intes-



tino, no era muy dado al simbolismo; de serlo, habría llegado a creer que para él María Teresa era la imagen viva de Biarritz, y Biarritz era como una ampliación de la dama, con todos sus encantos.

Por ahora, si había poseído ya a la ciudad, tenía que renunciar a la posesión de su símbolo corporal; y tenía que contentarse con la de su doncella.

Bendecía, en medio de todo, a la Providencia; abrigado por las caricias de la rubia espléndida, pensaba, en los días de aquel otoño de plata, que no se le presentaba del todo mal el invierno. Su soledad, a la que por nada de este mundo renunciaría, iba a tener en los meses futuros interludios—¡ay, qué vocablo!—de animación carnal.

Y en su cenobio del barrio de las Termas Salinas entraría, a más del astro-rey, el sol de oro de los cabellos de Rosalía.







---

Aquella tarde, a las tres en punto, Rosalía y Daniel salieron de la casa de este último.

Era jueves, y María Teresa había dado a su doncella permiso para que de dos a siete se refocilase ampliamente; y decimos se refocilase porque claro que la señora estaba ampliamente enterada del lío entre su servidora y su antiguo adorador.

¿Cómo no había de estarlo? La carta que la doncella había llevado a Urrutia la primera tarde, tenía una contestación, y era lo lógico que aquella contestación había de conocerla la persona que había escrito la carta. La conoció, horas después de dada, y en todos sus detalles.

Urrutia y la muchacha salían a dar un paseo aprovechando la esplendidez de la tarde; si en estas cosas del tiempo cupiese la concesión de premios y de *accésit*, diríamos simplemente que aquel día de la última semana de octubre era sin disputa el mejor del año. Día de sol, de ese sol tamizado y como lavado del otoño; la temperatura



era de una tibieza sensual, y el mar tenía ese brillo del esmalte bien fabricado, que invita a caminar por sobre sus ondas como Jesús por el lago Tiberíades.

Nunca como en estos días del año merecía la cornisa marina que va de Burdeos a Hendaya el nombre de *Costa de Plata*; todo era de plata allí, en efecto, el aire, el mar, hasta la verdura ya mortecina de la vegetación, que tenía ese tono mate de la plata oxidada. Y las mismas vibraciones del aire tenían ese tintineo de las campanitas argentinas con que se anuncia la salida de Dios por las calles en el día del Corpus.

En todo aquello no había más oro que el de los cabellos de Rosalía, que asomaban en dos mechones ondulados por debajo de la gorrita de terciopelo con que se tocaba. Desde sus amores con Daniel tenía el aire todavía más señoril; diríase que el roce con aquel señorito de raza había logrado afinarla del todo.

Por el barrio del Gas, siempre simpático en su bullicio de cosa aparte dentro de las elegancias de Biarritz, salieron a la avenida de Sarasate. Al pasar por delante de la villa del gran violinista, que era la más suntuosa de todo aquel rincón, Daniel experimentaba el mismo fenómeno alucinatorio de siempre; le parecía escuchar, entre la flora del jardín, el arco potente del artista—verdadera garra de león—arrancando al instrumento los compases de su *Jota navarra*.



Sin proponérselo, al desembocar en la cuesta del taro torcieron a la derecha, camino de aquél. Pasaron frente al *Regina*, que aunque era el hotel que conservaba hasta más tarde su clientela, tenía ya sensibles bajas en la plétora del verano.

Más allá, quedando apartada a la derecha, como se apartan los recuerdos penosos, quedaba la villa del siniestro Bolo Pachá, el fusilado durante la guerra por... buena persona. Era pequeñita, coqueta, nido de enamorados en apariencia. ¡Parecía mentira que en aquel estuche, colocado en un marco de verdura frente a la grandeza del mar, hubiese podido albergarse tanta infamia y concebirse pensamientos tan lúgubres!

Ahora estaba habitada, después del cierre de varios años. ¿Por quién? Daniel no lo sabía. Lo que sí había notado es que a sus ventanas no se asomaba nunca nadie, y que la puerta de su verja de madera blanca parecía estar cerrada para siempre.

En vez de seguir por el camino general, que venía a terminar frente a la explanada del faro, siguieron un poco al fondo y, pasando por entre unas villas de jardines frondosos, fueron a dar la vuelta por el sendero amplio que coronaba el gigantesco acantilado de la "Chambre d'Amour".

Sin más que aquella vuelta pequeña, era otro Biarritz, o mejor dicho, otro panorama de mar y tierras dilatadas el que se presentaba ante los ojos. Por la parte de costa se veía hasta más allá



del faro de la barra del Adour, salpicada siempre del armiño de las olas por muy tranquilo que el mar estuviera. Capbretón era una mancha de espuma en el sitio del horizonte en que iba ya a confundirse el agua con el cielo.

En los días claros, por la parte de tierra se divisaba hasta mucho más allá de Bayona, de cuya catedral las torres parecían dos prismáticos enfocados hacia el cielo.

—¿Qué es aquello?—preguntó Rosalía, señalando a un bosque humeante que había cerca del mar y al otro lado de la cinta azulada del río Adour.

—Aquello son las fábricas de Boucau. Son de un español; mejor dicho, de una francesa casada con un aristócrata de España.

En el primer término las diminutas construcciones—así parecían desde aquí—de los baños de *Chambre d'Amour* dormían ya el letargo del invierno, esperando a que con los calores del verano futuro apareciese por allí el primer *maillot* femenino o el primer anciano semidesnudo, dispuesto a mojarse las naigas.

Por aquel callejoncito florido y luminoso, una de cuyas aceras es el abismo, avanzaron Daniel y Rosalía en dirección a la explanada del faro. Iban muy juntos, animados a cualquier atrevimiento por aquella soledad, que hubiera sido absoluta a no interrumpirla hacia el final el paso



de una amazona, una mujer joven, esbelta, que montaba una yegua castaña más guapa que ella.

—Hoy es un día estupendo para subir al faro. Se debe ver muy bien.

—Pero ¿a lo más alto?

—¡Claro! Hasta la linterna. ¿No has subido nunca?

—Nunca.

—Yo también hace tiempo que no subo.

—Pues si quieres, vamos...

—Vamos allá.

En los meses de verano, aquélla era una de las excursiones y uno de los sitios de peregrinación obligada. Sobre todo en los días desprovistos de bruma, la ascensión se hacía casi siempre en caravana, y en la estrecha escalera había que apartarse varias veces para dejar paso a los que bajaban.

Ahora, no; la tranquila soledad de los meses de invierno llegaba también allí; hacía pocos días que la vendedora de refrescos, frutas y golosinas que se colocaba con su mesa a un lado de la puerta del faro, había levantado el campo, ante el temor justificado de tener que vender su mercancía a las gaviotas.

Y ni un coche, ni un automóvil se veía parado ante la verja que daba acceso al recinto. Daniel lo celebró, pues por temperamento, sobre todo cuando acompañaba a una mujer, era más amigo de la soledad que del tumulto.



Rosalía miraba la gigantesca columna blanca, que parecía una bujía fabricada en el país de los gigantes. Por lo visto era más observadora que Daniel, porque parándose con él en la verja de entrada al recinto, y señalando con el dedo al faro, le preguntó:

—¿Cómo se explica eso?

—¿El qué, hijita?

—Esas tres fechas que hay ahí; fíjate que no van de mayor a menor, como sería lo lógico. ¿Es que han construido primero la parte alta de la columna, y luego la de abajo?

—Me parece un poco difícil.

Daniel se fijó en aquellas tres fechas, que destacaban en el blanco cegador de la airosa columna. Mil veces las había visto, y nunca había hecho la observación que ahora la muchacha acababa de hacer.

—Tienes razón; no sé lo que querrá decir esa incongruencia. En cambio sí puedo decirte que el faro tiene de altura, desde el suelo, cuarenta y nueve metros, y setenta y tres, desde el sitio donde llegan las mareas más altas.

—¡Qué barbaridad! No se apagará la luz...

—Prepárate a subir doscientos cuarenta y ocho escalones.

—¿Los has contado?

—¡Ya lo creo! Uno a uno. La altura de un piso décimo en cualquier rascacielo de Madrid.

—¡Y sin ascensor!



—Ni calefacción central. Tampoco hay gas en cada piso.

Entraban en el vestíbulo; la puerta tenía abierta una de sus hojas, y nadie salió a su encuentro.

El adorno principal de aquella estancia no muy grande, que parecía el camarote de un barco antiguo, eran tres bustos de otros tres señores muy respetables: uno de ellos, el señor Fresnel, era el inventor de los faros lenticulares, que contra lo que pudiera creerse, no tienen nada que ver con las lentes. Eso lo sabía Urrutia por haberlo leído en una guía de Biarritz muy documentada.

Los otros dos apacibles sujetos eran un hidrógrafo y un inspector de faros. A pesar de lo que eran, los tres habían muerto hacía bastantes años. ¡No somos nadie!

Empujando una puertecita que había al fondo del vestíbulo se llegaba a la escalera de caracol que llevaba hasta la misma linterna. Empezaron a subir por ella. Rosalía iba delante.

—Voy a contar yo los escalones, a ver si te has equivocado.

—Ya verás.

—Cincuenta y siete—dijo la rubiales al llegar a la primera ventana.

—Aun te quedan unos pocos.

—¡Qué hermosa vista!

—¡Bah! Eso no es nada. Luego verás...

—¡Ochenta y cinco!



En la ascensión pasaban ante la segunda ventana.

Y en cada una de ellas la joven cantaba su número con verdadera satisfacción.

—Ciento trece... Ciento cuarenta y uno... Ciento sesenta y nueve...

Se detenían ante cada cuadro abierto al espacio, para descansar y admirarse del panorama.

—¡Qué atrocidad! Lo que hemos subido ya sin darnos cuenta.

—Eso de sin darnos cuenta, te diré, hijita: yo estoy hecho cisco.

No era, sin embargo, penosa la subida; la altura de cada escalón estaba sabiamente calculada para aminorar el esfuerzo muscular y, por tanto, la fatiga. La única sensación de agobio la daba la obscuridad del tubo por donde subían, aliviada únicamente en las proximidades de cada ventana.

—¡Ciento noventa y siete!

Estaban ante la ventana número seis. Ya, desde allí, el horizonte valía la pena: en vigoroso resalte por la claridad del día se veían muchas cosas de las que la vista contemplaba a diario desde el suelo en aquel Biarritz de los soberbios puntos de mira; pero se veían ahora como dominándolas, y con esa confianza en sí mismo que dan, al que contempla las cosas desde una altura, las perspectivas de dominio que parece ejercer sobre ellas.

Seguían subiendo, y ya al llegar frente a la



última ventana, la curiosidad hizo a Rosalía empujar una puerta que había en un rellano de la escalera. Tras ella, en una especie de armario, pues no tendría mayor tamaño la habitación, había un aparato telefónico y una cama.

—Aquí debe ser donde duerme el guardián que se queda de noche.

—Poco debe dormir; el faro es un animalito al que hay que estar vigilando constantemente.

Un poco más, y una puerta abierta les llevó al balconaje estrecho que daba vuelta al contorno del faro, al pie mismo de la linterna. Era aquel barandal de hierro como la corona del monumento, por encima de la cual, como los cabellos de una reina rubia, salía el raudal de luz de los fulgores nocturnos.

Dándole la vuelta, se iba viendo por la parte del mar el espacio azul dilatado hasta el infinito en la claridad nacarada de la tarde: hacia el Sur, las manchas blancas, como bandadas de gaviotas, de los caseríos de San Juan de Luz, de Hendaya, de Fuenterrabía, abrigados al fondo por la bravura de las inmensas verrugas pirenaicas, que culminaban en el pico del Jaizquibel: volviendo, siempre a mano izquierda, se adivinaba más que se veía el célebre pico del Midi, en las proximidades de Bigorre, que no estaba *más* que a ciento cincuenta kilómetros, en línea recta a través del aire; y la vista, que había pasado por sobre los caseríos de Biarritz y de Bayona, desde aquí ju-



guetes abandonados en un campo de verduras, volvía otra vez al mar para cerrar el círculo, y se dilataba hasta las bravuras de Capbreton.

Pero sobre todo aquello, sobre aquellas mismas alturas montañosas, célebres en el mundo del alpinismo, parecía triunfar el faro, aquella columna blanca sostenida en el aire por un poder invisible, y a cuyo punto más alto se habían encaramado Rosalía y Daniel como dos hormigas tenaces que hubiesen llegado a la corola de una azucena.

Ahora, de día, parecía afirmarse su predominio más que en medio de las negruras de la noche, cuando lanzaba su saludo de luz a sesenta kilómetros de distancia. Y ante aquellas cimas montañosas que, como ancianos cansados, parecían tener que apoyarse unas en otras para mantenerse en pie, el faro de Biarritz se erguía solo en el azul del aire y del mar, como esas columnitas de terrones de azúcar que la paciencia de unos chicos logra mantener en equilibrio por poco tiempo.

Pero había que verlo por dentro

Sin más que atravesar la puerta que al balcón les había llevado, se encontraban, torciendo un poco a la derecha, ante el gigantesco juguete, formado de muchas láminas de cristal.

Bajo la cúpula, y al pie mismo de la linterna, había un hombre al que los aires del mar y la soledad de las noches de vigía habían convertido en una cosa intermedia entre el ser humano y la foca. El color de su cara era el mismo del aceite



de hígado de bacalao, y en sus ojillos de besugo brillaba esa llamita húmeda que pone el alcohol en las pupilas de sus fieles adoradores. El torrero, rodeado siempre de tanta agua, tenía que inyectarse de cuando en cuando unos litros de burdeos para convencerse de que en el mundo existía otra clase de líquido que aquel azul o verdoso que él veía y olía a todas horas.

Al saludo de Daniel contestó con un mugido de cachalote; su voz era la misma de caña hueca con que las aves acuáticas saludan la salida del Sol.

—¿Qué hay, amigo? Poca gente viene ahora por aquí.

—¡Hum!

Aquello, más que una expresión humana, parecía una bocanada de viento que se hubiese colado por la puerta entreabierta.

La actitud del hombre no invitaba mucho a la conversación; sin embargo, Daniel, para suavizar asperezas, ofreció al torrero un cigarrillo. El hombre, acordándose de pronto de que él allí era otra máquina como la que movía el aparato de luz, empezó a soltar la explicación de ritual, que, archisabida de memoria, salía de sus labios como una serpentina.

—El aparato óptico comprende dos grupos de lentes, movidas por un mecanismo de relojería... Da tres vueltas al minuto, y... Su peso, de diez



y seis toneladas, y su luz, que tiene una potencia de doscientas cincuenta mil bujías...

Daniel oía todo aquello, que ya había oído muchas veces, con absoluta indiferencia; para cortar el chorro, dijo al explicador:

—Aquí lo que deben ser terribles son las noches de invierno.

—¿Aquí?

—Sí; cuando zumba el viento y todo el faro se mueve... Porque dicen que se mueve como la rama de un árbol.

—De la mitad de la columna para arriba, sí, señor. Pero no importa: está firme y ya sabemos que no se cae.

Allí olía demasiado a aceite y a las grasas de la limpieza del complicado aparato. Además, a Daniel y a la muchacha les parecía, sin saber por qué, que el faro iba a empezar a moverse de un momento a otro.

Salieron a respirar el aire libre de la estrecha terraza; y, aprovechando que estaban solos, y que nadie sino Dios podría verlos, se amaron a aquella altura con toda tranquilidad.



---

Y un buen día, ya en el mes de los Difuntos, Rosalía pidió permiso a su dueña para marcharse de la casa.

María Teresa se quedó aterrada; uno de los problemas más graves que se le podían plantear ahora, en tierra francesa, a una señora era el de tener que buscar servidumbre, sobre todo, si esa servidumbre era femenina. No había una criada ni para un remedio; y lo que desde luego no habría sería una doncella como Rosalía para un ama como María Teresa.

Cinco años la tenía a su servicio, y en aquellos cinco años la chiquilla enclenque, delgaducha y anémica que la señora de Somera había encontrado en una agencia de París, se había transformado en aquella espléndida flor de mujer cuyo perfume aspiraba Daniel Urrutia por aquellos días tan intensamente.

Esto en lo físico; en lo moral, Rosalía era una verdadera alhaja. Identificada en absoluto con su señora, poseía todos los secretos de ésta, y no por-



que se fuera apoderando de ellos subrepticamente, como hacen otras criadas, sino porque María Teresa se los había ido confiando poco a poco, buscando en ella a la confidente y a la auxiliar de discreción relativa.

Casi todos los líos en que se metía la dama, ¡y eran unos pocos!, pertenecían a esa clase de asuntos que no pueden desenvolverse sin el auxilio de tercera persona. Si Rosalía quisiera escribir sus Memorias de aquellos cinco años, las de la doncella que publicara Mirbeau no serían de fijo más interesantes.

No era uno de los menores encantos—encanto agridulce como la mayoría de los que nos ofrece la existencia—de los amoríos de Daniel el relato minucioso de todo lo que había visto, oído y palpado, que le hacía la muchacha en las horas íntimas de sus entrevistas.

Tumbados los dos con cierto desmayo en la cama turca, o instalados ante el fuego de la salamandra que ardía en el salón-comedor, ella iba desgranando los capítulos de la historia de aquella ave de corral, algunos de los cuales conocía ya Daniel por referencias.

En la colada salía todo: sus diálogos con un *botones* del restaurante Maxim's, de París, celebrados en un cuarto del tercer piso del Gran Hotel, en los que él, un muchacho rubio que hubiese hecho las delicias de un pederasta, acabó pegándole a ella unas palizas formidables; los amores con



aquel turco que se exhibía en una revista de Margni, momento de suprema humillación para María Teresa, que tuvo que renunciar a la propiedad de un suntuoso collar de esmeraldas, regalo de sus suegros, y que el turco le *chipó* como si fuera un plato de judías; el reverso de la medalla, constituido por un lío con un conde del faubourg Saint-Honoré, que en tres semanas, entre París y Londres, se dejó en la mesa de noche de María Teresa más de quinientos mil francos; los amores románticos de la señora de Somera con aquel pollo, agregado a la Embajada española en París, hijo de un título madrileño muy solemne y muy arrimado a la Iglesia, que al enterarse de que su vástago marchaba por el camino del ludibrio y se veía a diario con la vampira española en un... falansterio de la calle de Aboukir, consiguió que al mancebo enamorado lo trasladasen a Belgrado, donde murió el joven al poco tiempo víctima de una neurastenia aguda y de un desviamiento medular que lo tenía convertido en un soplillo...

Todo, lo airoso y lo humillante, los triunfos y los fracasos, iban desfilando ante Daniel, evocado por la prodigiosa memoria de la doncella, felicísima para los detalles, y que casi podía decir que había vivido ella misma cuanto iba narrando.

Urrutia la oía en silencio y con la mirada perdida; a veces, cuando la crudeza del relato era excesiva, el joven, excitado por ella, y como si quisiera vengarse en la criada de las infamias de



la dueña, estrechaba el cuerpo de ésta, le tapaba la boca con un beso, que más bien parecía un mordisco, y cortaba así el relato para representar al vivo un cuadro mucho más expresivo que todas las narraciones.

Fué en uno de esos coloquios cuando él y ella decidieron ir a pasar una temporadita a París, previa la salida de ella del servicio de María Teresa.

—¿Ir a París? No es mala idea.

Daniel hacía algún tiempo que no se había dado una vueltecita por allá; la pereza, que le tenía atado a Biarritz meses y meses sin dejarle volver a Madrid, tenía fuerza también para no permitirle alejarse más allá de Bayona.

Y eso que París era para él lo que tiene que ser—cursilerías aparte—para toda persona que haya penetrado el verdadero sentido de la vida: una meta de aspiración constante.

Ahora haría el viaje, porque ya no era su sola voluntad la que estaba en juego: Rosalía se lo había dicho con toda claridad:

—Yo estoy decidida a marcharme de todos modos. Porque aquí, ¿qué voy a hacer yo ahora?

Se iría Daniel también: ello era indudable. Detrás de ella, y empujado por ella, de cuyo empujón se alegraba él mucho, como un tónico para su débil voluntad.

Durante unos días, muy pocos, dedicáronse a preparar el viaje. Daniel, sin que supiera en qué fundamentar sus presentimientos, tuvo durante



aquellas jornadas la impresión de que al marcharse de Biarritz se marchaba para siempre. No importaba que conservase la casa, y dentro de ella, intactos, los objetos y las chucherías que había ido almacenando en su larga temporada. Una casa se quita muy bien por teléfono, y sobre todo cuando, como pasaba con ésta, más que casa era una garita.

Unido a su sensación de despedida, que no le dejaba ni un momento en cuantos paseos daba por la ciudad en aquellos días, estaba el recuerdo de María Teresa. Y allá, muy por bajo de su conciencia, se establecían extrañas relaciones entre el desengaño definitivo que le había procurado la señora de Somera y su adiós a Biarritz, que iba formulando sin proponérselo.

Una vez más, aunque de un modo vago, le vino a la mente la idea de que todo aquel encanto, todo aquel atractivo de Biarritz, que tanta fuerza tuvo para retenerle, no había sido más que un reflejo del atractivo, del encanto de María Teresa, a la que en Biarritz había él conocido y tratado más que en parte alguna, y que en Biarritz pasaba la casi totalidad del año. Amaba la escena casi tanto como a la persona que en ella se exhibía, y como esos literatos pillines que personifican en una mujer el alma de una ciudad, Daniel Urrutia no concebía a María Teresa fuera de Biarritz, ni a la reina de la *Costa de Plata* sin María Teresa.

Ahora, ya en declive su pasión por la mujer,



debía irse por el mismo plano inclinado el amor por la ciudad.

Sin embargo, el día antes de su marcha, cuando se dió cuenta de que ya la cosa iba de veras, y de que dentro de veinticuatro horas ya sus ojos no contemplarían aquellos parajes ni sus pulmones respirarían aquel aire, fino y puro como el agua de la sierra, a Daniel invadióle una melancolía infinita.

Las cosas viven con nosotros, y nuestro organismo, al vivir, va tomando un poco de todas ellas; no en balde se pasa uno tiempo y tiempo en contacto con los mismos parajes.

Daniel, sin proponérselo, dió un paseo de despedida por todo Biarritz, cuando sólo le faltaban unas horas para subir al tren. Fué primero, atravesando el Port-Vieux, a la costa de los vascos, aquel inmenso paraje bravío donde toda la frivolidad del Biarritz mundano quedaba desmentida por el mugir eterno del mar al pie de la altísima muralla rocosa. Al volver pasó ante los muros del hoy "Château Basque", antigua "Villa Belza".

Aquel castillo colgado sobre el mar, que parece la ilustración de una poesía de Heine, no le pareció nunca tan romántico como en esta tarde de otoño, casi de invierno, con sus puertas y ventanas cerradas y el interior vacío, como si lo hubieran dejado en usufructo por unos meses a los fantasmas de las tres o cuatro leyendas que la gente



se había complacido en hacer vivir dentro de sus muros.

El especial estado de ánimo en que Daniel se hallaba, dándole esa lucidez especial que tienen los tuberculosos avanzados, le hacía fijarse en pormenores, en nimiedades en las que rara vez paraba mientes: había sobre el Port-Vieux, a la izquierda, mirando al mar, un castillo espléndido que era de las mansiones más suntuosas de Biarritz; por el otro lado daba a la perspectiva Miramar, y a caballo así sobre una de las alturas de la villa, dominaba todas sus playas, desde el faro hasta el saliente de Guethary. Su propietario, que debía ser persona de un gusto excelente, había plantado de yedra la base de la gigantesca torre cuadrada que servía de adorno principal del edificio, y la trepadora, cumpliendo poco a poco su misión, iba ganando pisos, deteniéndose en cada uno respetuosa ante el marco de ventanas y balcones. Daniel, al llegar a Biarritz, se había fijado en aquel tapiz de verdura que manos invisibles iban tejendo sobre el muro de piedra. ¿Le vería él llegar a lo más alto y asaltar la crestería?... Ahora se fijaba otra vez en él: estaba a la altura del cuarto piso; la torre tenía siete. Y podría decir que el crecimiento de aquella planta parásita había sido la medida del tiempo de su estancia en Biarritz.

Bordeando la orilla fué a parar a *La Roca de la Virgen*. En aquel atardecer de invierno el célebre paraje estaba impregnado de una melancolía



infinita, o por lo menos así se lo pareció a Daniel Urrutia, como reflejo acaso de su propia melancolía.

Nadie se arriesgaba a pasar por el puente ni a meterse por el arco de la gruta, a pesar de que el riesgo no era cosa mayor, ya que el mar estaba en calma y la temperatura no pasaba de una frescura soportable. Biarritz, desde allí, se ofrecía en sus planos distintos con los entrantes y salientes de los grandes edificios sobre la playa, los dos Casinos y la masa majestuosa del Palais. Sobre la arena jugaban unos chicos, inquietos y saltarines, para defenderse sin duda del fresquillo, que se iba acentuando con la proximidad de la noche.

Llegaba ésta ya por encima del caserío de la ciudad; Daniel se apresuró a internarse en ésta, porque llegó un momento en que la tristeza de aquella visita postrera le oprimió la garganta, como si toda la soledad del paraje y del mar le envolviese con su manto. ¿Era posible que no volviese él a ver más todas aquellas cosas que durante tantos meses habían constituido su vida entera? Y si era así, ¿a qué razón secreta, que él nunca se había formulado, obedecía aquella separación?

Ganó la plaza de la Mairie por la calle de Mazagrán. Calle simpática, verdadera alma de Biarritz, luminosa ahora con el fulgor de los escaparates, y con ese recogimiento aristocrático que nunca perdía, ni aun en las jornadas tumultuosas del verano.



Los cafés de la plaza, poco concurridos, parecían esperar a alguien, que seguramente no vendría hasta pasados muchos meses. Y Daniel, al pasar frente a Miremont y a Novelty sintió ahogarle de pronto la ola arrolladora de los recuerdos.

Toda su vida de Biarritz, sobre todo la vida de los meses invernales, había girado en torno de aquellos dos simpáticos locales; allí, los chismes, los encuentros inesperados con amigos que venían de muy lejos y de un modo muy imprevisto, las primeras entrevistas con las damitas que luego Daniel conducía a su celda de las Termas Salinas, los tragos de alcohol para adormecerse y para olvidar no sabía en concreto qué...

En el Novelty quiso entrar ahora para beberse la última copa: la última fueron cuatro de coñac, y cuando salió a la calle, su melancolía, aunque no disipada, era más heroica.

Se detuvo ante los escaparates del "Biarritz-Bonheur". El sugestivo almacén, verdadera miniatura de tantos rincones de París, no abría ahora tan de continuo las vidrieras de sus puertas como en la temporada estival; no había dentro de él ese rumor de colmena que le hacía tan simpático, pero no por eso tenían menos brillo las exhibiciones de sus vitrinas a la calle, ni era menos elegante el conjunto de las mercancías expuestas. Quería sin duda demostrar así que él no se engalanaba sólo para las multitudes veraniegas, sino



que quería también agradar a los pocos fieles que durante el invierno le honraban con su visita.

Daniel, siguiendo en su camino, y después de haberse despedido de la coqueta "Chaumière" con una mirada a sus huecos cerrados como para un descanso bien ganado, sintió la necesidad de hacer una última visita al Hotel del Horizonte.

El pintoresco albergue de la bajada de la playa era uno de los pocos sitios que en el invierno seguía trabajando casi con igual fortuna que durante el verano; por lo mismo que su clientela no era la elegante y circunstancial de los casinos y de los hoteles de lujo, era más constante, reclutada para el café entre cocheros y viajeros de comercio, y para las alcahuetas habitaciones de los pisos, entre gente seria de Bayona, o de más lejos, que querían echar una cana al aire con el mayor sigilo posible.

Claro que a esta hora de la noche de fines de noviembre, cuando Daniel llegó a su puerta, el pintoresco edificio no era más que una masa obscura en las sombras, en la que destacaban los cristales de la entrada con cierta luminosidad anémica.

En el recinto, cuando Urrutia penetró, no había más que una tertulia de cocheros bebiendo cerveza en una mesita de un rincón, y el dueño, que, con cara de aburrimiento, leía un periódico, apoyado en la parte interior del mostrador de cinc. Para completar el cuadro, llenaba de melancolía



húmeda la estancia un disco del "Werther", colocado en el gramófono sin duda por el dueño mismo.

Pourquoi me reveillez  
o souffle du printemps?...

Y aquellas quejas líricas, que Daniel había escuchado cien veces en aquel mismo sitio, tenían ahora, en esta noche de invierno, un extraño sabor a cosa que agoniza.

El *patrón* recibía siempre al joven con agrado; era un parroquiano fiel en todo tiempo, aunque no viniese a diario.

Cuando Urrutia le comunicó que venía en son de despedida, el vasco se echó a reír.

—¡Ca! No lo creo. Usted volverá. Esta tierra tiene mucho tiro para el que ha pasado en ella una temporada larga.

Y cuando le dijo que se marchaba a París, el hombre, poniendo los ojos en blanco, como el que saborea con el pensamiento una ilusión lejana, dijo:

—¡París! Mucho que me gusta aquello... Pero para divertirse; para trabajar, no; hay demasiado jaleo. Para trabajar me gusta más esto.

En obsequio al viajero el hombre sirvió unos vasos grandes de coñac Bisquit, que era el predilecto de su gacinate de buen catador.

—Por un buen viaje y un feliz regreso.

—Por la buena marcha del negocio.



Brindaron los dos.

Daniel se despidió con pena de aquel hombre; en otro aspecto, en otra cara del prisma, el dueño del Hotel del Horizonte era, como María Teresa, una personificación del espíritu de Biarritz: vividor, con un sentido amplísimo y pantagruélico de la vida, prestaba su casa para los retozos amorosos de su parroquia, y vivía de ellos, oyéndolos allí, sobre su propia cabeza, sin que ni por un momento nublase su conciencia la sospecha de que ejercía un oficio vil.

Al salir de nuevo a la calle, Daniel sintió que le cruzaba por los ojos la ráfaga luminosa del faro. Era como un reproche del viejo amigo, que le llamaba la atención cual si le dijese: "¿Es que vas a marcharte sin despedirte de mí?"

Urrutia fué hacia él derecho, bordeando el Palais, en medio de la noche, que ya había cerrado del todo hacía un buen rato.

Por el camino iba recordando, entre otras cosas, aquel mismo paseo que él se dió a hora idéntica, en una de las noches del último verano, para sorprender el idilio de María Teresa y Fon-Fon. ¡Qué estúpido había sido en aquella ocasión!

Claro que la tal estupidez, al evocarla ahora, era un incentivo más a su melancolía... Llegaba ya al pie del coloso de los ojos de fuego; no se había tropezado con nadie a todo lo largo del camino; sólo estaba el faro, cumpliendo su deber de vigía en la noche invernal.



Y Daniel, una vez más, contempló su lucha constante con las tinieblas, ejerciendo su dominio sobre todo Biarritz, que, sin embargo, se le iba escapando poco a poco con el ensanchamiento de su perímetro y con el incesante progresar de sus edificaciones.

Ya había sitios, por la parte de la Negresse y del barrio del Matadero, donde apenas llegaba el influjo de su luz.

El, a pesar de ello, seguía saludando de un modo intermitente al paseante nocturno, a la vuelta de cualquier calleja, o en el rincón solitario de un camino abierto entre dos villas. Su luz era, en verdad, el alma de la ciudad.

Y Daniel, al despedirse también de él, quiso que fuera suyo su último pensamiento de Biarritz.







---

Rosalía y Daniel se hospedaron en París en un hotel situado en la calle de La Fayette, entre las de Cadet y de Saulnier; bajando por aquélla se salía en seguida al faubourg Montmartre y se estaba en el corazón de los bulevares.

El hotel era uno de los dos mil y pico que hay en París, que no se sabe si son de segundo o de quinto orden: casas de huéspedes ilustradas la mayoría de ellos, pero en los que no falta nunca, ¡nunca!, el agua corriente en las habitaciones.

Durante los cinco primeros días la pareja hizo esa vida de provincianos que, contra lo que creen algunos de nuestros literatos presumidos, hay que hacer en París en los primeros tiempos, si es que quiere uno enterarse de algo. Fueron a pasear al Bosque, visitaron la tumba de Napoleón y el museo Grevin, de figuras de cera; vieron el sepulcro de la Dama de las Camelias y la revista del Casino de París; oyeron a Mayol y al órgano de la iglesia de la Magdalena en la misa solemne de los domingos...



Por dos veces separáronse Rosalía y Daniel en aquellas cinco jornadas, y las dos para que ella, según decía, fuera a ver a su familia, que vivía en una de las calles provincianas que rodean al teatro del Odeón. De aquellas ausencias tornaba la muchacha un poco agitada, como si hubiese estado riñendo una batalla con alguien, o acaso consigo misma.

Al sexto día volvió a salir sola, a primera hora de la mañana, anunciando a Daniel que pensaba almorzar con su familia y que no volvería hasta última hora de la tarde. Urrutia pasó el día casi entero en el Museo del Louvre; llovía bastante, y a él le pareció que el mejor paraguas era la techumbre de aquel edificio colosal, que albergaba tesoros tan agradables de contemplar como "La Gioconda", la Venus de Milo y el célebre diamante "Regente", un pedrusco del tamaño de una nuez.

Al volver al hotel, cerca de las ocho de la noche, subió directamente a su habitación, sin saludar siquiera a la dama rubia que ocupaba siempre el *comptoir*. Al penetrar en su estancia notó que, del pequeño pasillo que la precedía, faltaba el baúl de Rosalía.

Tuvo un presentimiento: tornó al *comptoir*, y la dama, al verle, antes de que él dijera nada, le dijo:

—Aquí ha dejado la señora una carta para us-



ted. Yo no le he visto entrar; por eso no se la he entregado antes.

Daniel la tomó y, figurándose que su contenido no sería nada agradable, quiso evitar que, al leerla allí mismo, se le conociera en la cara la mala impresión; volvió a su habitación y allí rompió el sobre.

La carta venía a decir que habiéndole salido una colocación muy buena para fuera de París se veía obligada a abandonarle, y, para evitar escenas desagradables, se despedía de él por escrito. Que le estaba muy agradecida y que... había venido a llevarse el baúl.

Daniel se quedó como atontado. Pero ¿qué modo estúpido era aquél de terminar unos amores? Porque Rosalía, hasta última hora, había estado con él cordial y efusiva como siempre; acaso demasiado efusiva.

Sin saber por qué sintió la necesidad de salir a la calle; no estaba furioso, ni dolorido; más bien lo que estaba era como alelado, en ese estado de embotamiento en que nos quedamos cuando, de pronto, notamos que nos falta una comodidad que habíamos amoldado perfectamente a nuestra existencia.

No estaba, pues, en disposición de discurrir mucho; en su cerebro se había establecido esa tregua que las ideas conceden para que se expansionen tumultuosamente los sentimientos. Pero en medio de aquel páramo intelectual, flotaban algu-



nos pensamientos sueltos, y uno de ellos era éste: Rosalía no se ha marchado ni se marcha de París. Ha huído, para esconderse en cualquier sitio; pero ¡cualquiera busca en todo París a una persona que tiene interés en no dejarse ver!

Cuando quiso darse cuenta de dónde había llegado, andando, andando, aunque sin apresurarse, se encontró en la calle de Richelieu; la estatua de Molière, saliente del chaflán de una casa, se alzaba frente a él, a unos metros de distancia.

¡Molière! Urrutia fué hasta el pie mismo del pedestal, y encarándose con el autor del "Tartufo" le preguntó con el pensamiento si él sabía dónde se había refugiado su amor.

El glorioso dramaturgo, que tantas escenas tristemente ridículas como aquélla había pintado, se le quedó mirando con ese estrabismo vago con que miran las estatuas; pero no hizo más que mirarle; no le dijo ni una palabra.

Daniel continuó su paseo. Jamás deambular alguno tuvo menos objeto que aquél. Aunque eran más de las ocho, se le había olvidado comer y siguió divagando por las calles de aquel barrio pintoresco, cuyo centro y punto de referencia viene a ser la mole negruzca del edificio de la Biblioteca Nacional.

Los *bares* modernos, transformación poco suntuosa de las antiguas tabernas, cuyo mostrador de cinc, doblado hacia adentro en forma de herradura, seguían conservando, abundaban en el ba-



rrio como en muchos de París, pero en éste con una prodigalidad aterradora.

Daniel penetró en uno de ellos, de la calle de Petits Champs, y se sopló un vaso de burdeos blanco; al poco rato, vuelto a la calle de Richelieu, encontróse en una placita, quieta, apacible, en la que había unos hoteles de viajeros muy discretos, y que, sin que Daniel supiera por qué, se hacía nombrar con el nombre inglés de *square*.

Era el *square* Louvois, y el joven amó de repente, con amor intenso, aquella linda placita, perdida en el centro mismo de París, cual oveja descarriada de un rebaño numeroso. En la topografía de la gran ciudad abundaban estos rincones arbitrarios y anárquicos: eran ellos los que, con su encanto, redimían a la bella Lutecia del aspecto un poco monótono de sus majestuosas avenidas.

Urrutia dió la vuelta a la plaza y en uno de sus rincones vió que salía una calle, cuyo nombre, leído casi de modo mecánico, despertó en él un mundo de recuerdos. En la placa azul se leía escrito con letras blancas: "Rue Chabanais."

¡Ahí era nada, la calle Chabanais! Pocos serían los rincones del mundo donde no se hubiese pronunciado alguna vez su nombre como evocación de un rato de voluptuosidad pintoresca.

Porque la rue Chabanais era cortísima, no más larga que la madrileña calle de Peligros; pero aunque hubiera sido más larga que la de Alcalá, habría absorbido toda su personalidad una casa



relativamente moderna, de siete pisos y fachada muy estrecha, que había en sus comienzos, entrando por donde Daniel entraba ahora.

Cuando en las revistas alegres de *Folies* o del *Palace* se hablaba de la *rue Chabanais*, no había miedo de que nadie en el auditorio pensase en cualquier otro edificio o comercio de la calle. No había para qué dar el número de la casa, aquel doce tan simpático, colocado según costumbre en el cajoncito de cristal que se iluminaba de noche.

Era, sin disputa, el primer prostíbulo elegante de París. Cosa, desde luego, para provincianos ricos y extranjeros millonarios; pero es que si a París se le quita lo alzado en honor y obsequio de las bolsas de provincias o del extranjero, ¿queda en realidad mucho de París?

Daniel había estado una vez en la casa, en uno de sus viajes anteriores; le había llevado a sus puertas desde luego la fama, pero no había estado en ella más que de paso, para saciar el hambre de un momento con una mujercita rubia, guapa y bien cuidada, pero que después de todo no tenía nada de particular.

Porque, eso sí, las mujeres de la *rue Chabanais* eran unas mujeres como todas las que estuvieran bien: no las hacían a propósito en ninguna fábrica especial. Pero Daniel sabía que tras aquella fachada impecable de grandes rejas modernas, las mujeres no eran lo principal: había allí curiosi-



dades que convenía saborear, y él no las conocía más que de oídas.

Al encaminarse ahora al falansterio—¡porque de que se encaminaba no le quedará duda alguna al lector!—, el joven iba decidido a verlo todo. ¿Qué mejor empleo podía dar a sus horas, que la fuga de Rosalía había dejado estériles?

El barrio tenía esa tranquilidad que se forma en las calles de las grandes capitales a las horas de las comidas; y Daniel Urrutia, sonriendo un poco de aquella tranquilidad, pensaba en virtud de qué ironía los alrededores de la seria, de la grave, de la adusta Biblioteca Nacional—donde debía haber cada tratado de Moral que haría las delicias de un ejército de ratones—eran los más abundantes en estos sitios jocundos donde el agua caliente se consume mucho más que en un balneario contra el reuma.

Porque, aparte ésta del Chabanais, a dos pasos de allí, enfrentándose con el propio templo de la cultura, estaba—en la calle de Colbert—la célebre *maison Colbert*, que pretendía competir con la del Chabanais, aunque ésta se quedaba siempre con la supremacía.

Por lo visto, los solemnes académicos que concurrían por las tardes a la Nacional para fusilar el material destinado a la confección de sus indormans, sentían a la salida la necesidad del retozo; no podía ser otra cosa, si es cierto el pro-



verbio biológico que asegura que la función crea el órgano.

Al empujar la mampara de cristales, que parecía—¡perdón!—la de una capilla gótica, salió a recibir al recién llegado una anciana vestida de negro.

—Tenga la bondad de esperar aquí el señor.

Y le pasó a una salita, colocada al nivel de la calle, a la cual tenía una reja, y cuyos adornos principales eran unos grandes espejos y unos taburetes azules.

En cualquier otro sitio aquella estancia habría sido el gabinete de lujo de la casa; aquí no era más que una especie de rincón para guardar cachivaches. Desde él oía Urrutia unas extrañas voces de mando, como consignas dadas a bordo de un barco o en el interior de una fortaleza; eran las fórmulas que se usaban siempre, cuando entraba o salía un parroquiano.

—Va a subir un señor.

—Que suba—replicaban desde arriba. O aquello de:

—Que espere un poco. Van a bajar.

Porque allí todo estaba previsto: se trataba de evitar el cruce de dos clientes, que a lo mejor podrían conocerse mutuamente, ser padre e hijo, por ejemplo. Y aunque a la mayoría de los parroquianos del *Chabanais*—así le llamaba todo el mundo en París—les tenía sin cuidado que les viesan entrar o salir, la casa lo tenía todo muy bien pre-



parado para hacer imposible el encuentro, como éste no tuviese lugar al otro lado de la puerta de cristales, en el vestíbulo que comunicaba directamente con la calle.

El joven oyó abrir y cerrar de puertas, saludos y unas gracias muy expresivas moduladas por la anciana que le había franqueado la entrada.

Por fin, libre el camino, le hicieron pasar. Subió por una escalera estrechita muy bien alfombrada y con los muros decorados con gusto severo y unos apliqués, que parecían de bronce, sirviendo de aparatos de luz. Había en el ambiente una severidad y un confort que cautivaba el ánimo desde el primer momento; en aquella casa, donde se albergaban cuarenta y tres mujeres, sin contar encargadas y servidumbre, no se oía un grito, ni una voz más alta que otra, ni siquiera una risa un poco fuerte que delatase un episodio de un retozo.

A la altura del primer piso, una joven vestida de negro, una verdadera señora, salió a recibirle con una sonrisa al rellano mismo de la escalera.

—Buenas tardes, señor. El señor tiene que dar veinte francos para la casa.

—Ya lo sé, señora; mire, en la mano los traigo.

Y era verdad: un billete de veinte francos, que Daniel había extraído previamente del bolsillo mientras subía la escalera, pasó a manos de la dama.



—¡Ah! El señor conoce ya las costumbres de la casa...

—Tengo ese honor, señora.

Aquello era Versailles puro; bien es verdad que Versailles está muy cerca de París.

La dama apuntó la entrada en un libro que tenía allí, en un diminuto despachito colocado a su espalda, y dijo a Daniel:

—¿El señor quiere elegir, o pregunta por alguna señorita especialmente?

—Las veremos todas: siempre es un espectáculo agradable.

—Muy bien; ya sabe el señor que el precio de ellas es convencional. Lo que arreglen ustedes: la casa no interviene en eso para nada.

—También lo sé; pero de todos modos, agradezco la advertencia.

De un pasillo contiguo surgió otra dama, que por el traje y el aire parecía hermana de la anterior.

—Pase por aquí, señor.

Sin más que andar unos pasos, Daniel se vió en un gran salón que por sus dimensiones debía ocupar seguramente toda la anchura de la casa. Había en él grandes espejos, mucha luz y un diván dando la vuelta a los cuatro lienzos de pared.

Y en ese salón, formadas en un semicírculo amplio, como las coristas de una opereta cuando va a empezar el número del tenor cómico, había unas treinta mujeres de las cuarenta y tres que



formaban el almacén de la casa. Las otras trece había que suponer, piadosamente pensando, que estuvieran cumpliendo con su deber en las diversas estancias de la mansión.

La mayoría de ellas eran rubias, pero las había también morenas, y una era casi negra. No estaban desnudas; pues eso, a más de ser una vulgaridad muy grande, habría sido anticipar los acontecimientos; vestían unas túnicas muy cortas, y casi todas, sabiamente, dejaban al descubierto uno o dos de sus pechos.

Desde que oían los pasos del cliente por el corredor adornaban sus rostros con unas sonrisas que, de puro estudiadas, resultaban mucho mejor que las sonrisas naturales; porque es un error creer que lo estudiado y lo fingido es siempre inferior a lo espontáneo; aquellas chicas habían hecho una ciencia del sonreír, y lo hacían casi tan bien como la Monna Lisa del Louvre.

Era, desde luego, la suya una sonrisa de invitación; pero en muchas de ellas desaparecía todo gesto de procacidad, y hasta en algunas era una sonrisa de candor dispuesto a sacrificarse, sin malicia alguna, para complacer al parroquiano.

Daniel Urrutia no eligió; para elegir entre treinta mujeres guapas haría falta mucho tiempo y un estudio personal de... mercado de caballos, del cual él no se creía capaz. Una de ellas, acaso la que tenía más cerca, le cautivó con la frescura de su boca, roja y un poco grande, y la belleza



de su pelo rubio y muy brillante. Le hizo un gesto, y la dama vestida de negro, dando el nombre de la aludida, la puso en brazos del que iba a ser su galán durante media hora:

—Señorita Ivonne... Gabinete egipcio.

Y no había que decir más.

Daniel Urrutia vió cómo la sonrisa de aquella muchacha se convertía en unas palabras para llamarle *mon cheri*, y triscando los dos escalera arriba, llegaron al segundo piso.

El gabinete egipcio era, como todas las de la casa, una pieza suntuosa. Sería fatigoso intentar una descripción detallada; baste decir que en toda ella, desde el lecho, que podría haber servido de revolcadero a Cleopatra, hasta los cajoncitos en forma de pirámide que servían de mesitas de noche, todo, en ornamentación y en trastos, estaba inspirado en motivos egipcios.

Se evocaba *Aida* y la tumba de Tutankamen, y desde luego se conseguía plenamente lo que el propietario de la casa se había propuesto: trasladarse por un momento al Egipto, sin necesidad de tomar un billete de la agencia Cook. La luz, en vez de brillante, era tenue, tamizada, la misma que dicen que hay en las márgenes azules del Nilo en una noche de Luna.

Daniel, tumbado en la cama cual un faraón que se hubiese quedado en camiseta, aprovechó un momento en que Ivonne estaba de espaldas para ponerse sobre el pecho, a manera de parche po-



roso, un billete de cien francos. Le parecía aquello más delicado que empezar un regateo; a la joven le hizo gracia la cosa y, entre risas, se guardó el billete. Daniel, durante la faena, estuvo cantando a toda voz el "Celeste Aida".

Cuando dió la última nota, y mientras se vestía, dijo a la joven:

—Me han dicho que tenéis aquí, en la casa, cosas muy curiosas que vale la pena ver.

—No está mal.

—¿Y no podría yo verlas?

—¿Por qué no? Se enseñan a todo el mundo... Vamos, a todo el que pague los veinte francos de la entrada.

—¡Claro!

Urrutia hablaba con cierto tono enigmático, como el que quiere averiguar, por medio de un rodeo, algo que no se atreve a preguntar directamente. Pero no le valió.

—¿Quieres visitar la casa?

—Sí; me gustaría.

—Muy bien; pues si me da permiso madame, yo misma puedo servirte de guía.

—Muy amable.

Bajaron al primer piso; los buenos deseos de Ivonne no tuvieron realidad. Una especie de doncella distinguida fué puesta a la disposición de Daniel para que le acompañase por el inmueble de arriba abajo. A Ivonne, según la dijeron, la esperaba un cliente en el salón; no debía ser cier-



to: era más bien una fórmula cortés para que la muchacha se quedase en su puesto, por lo que pudiera ocurrir.

Y conducido por la doncellita, vestida de obscuro también, fué Daniel Urrutia penetrando en los rincones de aquel palacio de los placeres que, realmente, tenía mucho que ver.

La casa, con siete pisos a la calle, tenía nueve en realidad: los dos interiores y otros dos más eran el albergue de las cuarenta y tres pupilas y de las encargadas y servidumbre.

Estos cuatro pisos, que podríamos llamar de clausura si la frase no pareciera muy irrespetuosa, no se enseñaban a nadie, pero...

—Si usted quiere asomarse, nada más que asomarse a uno de ellos...—dijo al visitante la cicerone—. No tienen nada de particular.

Daniel vió unos cuartitos de colegio, no muy grandes, sí muy limpios y ordenados: con sus camas blancas, sus mesitas-tocador y sus armarios para guardar la ropa. Cada dos o tres de ellos había uno de baño muy bien instalado, donde se fregaba a diario la mercancía todas las veces que hiciera falta para presentarla al parroquiano lustrosa y libre de impurezas.

En el comedor, pequeño, comían en tres turnos las mujeres: ni había medio de albergar allí cincuenta personas a un tiempo, ni convenía tampoco que el salón del primer piso, verdadera sala de gobierno de la casa, estuviera ni un solo mo-



mento sin su guardia permanente de diez o doce... asiladas.

—Como ve usted, no tiene nada de particular —decía la doncellita mientras tiraba para afuera del boliche de la puerta que comunicaba con la escalera general.

Daniel no estaba conforme con aquella apreciación. ¿Que aquello no tenía nada de particular? Pues a él, a pesar de las suntuosidades de los otros pisos, puede que fuera aquello de la *clausura* lo que más le gustase de la casa.

Bueno; aquello y... lo otro. Aunque lo otro parecía que iba a quedar olvidado en su visita de inspección.

—El cuarto árabe—dijo la doncella empujando una puertecita encarnada.

Daniel se vió en una estancia que era una reproducción exacta de cualquiera de las de la Alhambra de Granada, o más bien del Alcázar de Sevilla, en una mezcla deliciosa de estilos, dentro del arte árabe. Era el eterno cromo que se vende por todo el mundo, sólo que aquí ampliado, magnificado.

Y al lado de él, como recordando la afición al agua de los antiguos hijos del Profeta, estaba el suntuoso cuarto de baño que la muchacha apellidó—¡allá ella con el apellido!—del rey Eduardo.

Aquello ya no tenía nada de árabe; y todas las suntuosidades de la estancia, que no eran pocas, se las comía, avasallándolas, la soberbia bañera



de plata—por lo menos lo parecía—que ocupaba el centro. Tenía, en pequeño, forma de galeón antiguo, con muchas puntas retorcidas, y mascarones a proa y a popa, y parecía una de esas góndolas de teatro que salen deslizándose por el fondo de la decoración, merced al impulso que dan unos tramoyistas tirando de unas sogas, y en las cuales, sin duda para imitar el vaivén del mar, salen el tenor o la primera actriz tambaleándose y con mucho miedo a caerse.

—Aquí tomaba sus baños de *champagne* el difunto rey de Inglaterra.

—Sería para quitarse el vientre.

—No... Un capricho.

—¿Y cuántas botellas de *champagne* hacen falta para llenar este baño?

—Unas doscientas.

Al ir a entrar en el cuarto japonés les detuvo otra criada.

—¿Está ocupado?

—Sí.

—Luego volveremos. ¿Y aquí hay alguien?

—dijo la acompañante empujando otra puerta que había enfrente.

—No; lo que no estará es arreglado: acaban de salir.

—No importa; no hacemos más que asomarnos.

Era algo así como una sucursal de la Indo-China. En aquella representación de todos los parajes del planeta que quería ser la casa, no podía



faltar el revolcadero *indoú*, que es una cosa muy parisién. Estaba, en efecto, sin arreglar; pero así estaba mejor: sobre un idolillo de cara achatada y barriga muy amplia se veía tirado al desgaire un paño blanco que debía haber servido hacía unos minutos para recoger misteriosas ofrendas; en un *bidet* del Cambodge, cuyas patas eran unos dragones enfurecidos, se aburría un agua turbia; en el lecho, un trono muy historiado, había huellas que no engañaban...

Antes de salir al pasillo había otra puerta casi disimulada en el muro.

—Venga por aquí.

Daniel Urrutia pudo contemplar algo raro: una habitación pequeña, en la que no había más que un mueble, un trasto muy raro que habría sido muy difícil clasificar. Era algo así como una cosa intermedia entre el lecho y el sillón; desde luego sillón había, y amplio y comodísimo; pero ante él, unos pedales que parecían de *moto*, tenían la forma de la suela de una bota que tuviese la punta mirando al sillón.

A pesar de la rareza de aquello, no había más que mirarlo para comprender cuál era su uso y su destino. Por si quedaba alguna duda, la muchacha la aclaró.

—Aquí... hacía el amor el príncipe de Gales.

—¿Aquí? ¿Y qué encontraba de particular en...?



—¡Oh! Nada: un capricho. Los pies colocados aquí, y él casi derecho, mientras la mujer...

—Ya, ya.

Y Daniel pensaba en los recursos de una medula un poco en liquidación, que necesitaba que los pies estuvieran como clavados en el suelo, para poder fiar un poco en sí misma.

Seguían bajando pisos.

—Esta es la alcoba del Shah de Persia.

¿Pero de cuál de ellos?—pensaba Daniel. Porque como aquella mujer, en la lección de Historia que le estaba sirviendo, no daba nunca fechas, la cosa quedaba un poco en el aire. Shahs de Persia ha habido muchos. ¿De cuál se trataba?

—Siempre que viene a París pide que le reserven esta habitación.

La cual, dicho sea con todos los respetos, no tenía nada de particular: su estilo, un poco indefinido, podía llamarse de Hotel de Ventas lujoso.

Al salir de allí Daniel iba decidido a despejar su incógnita. Entraron en el cuarto egipcio.

—Ya le conozco; he estado antes aquí.

—¡Ah! ¿Ha sido aquí?

—He tenido ese honor.

De pronto Urrutia, y antes de que salieran de la estancia, dijo:

—¿Y es verdad que tienen ustedes en la casa un gabinete de tortura?

A la muchacha no le chocó lo más mínimo la



pregunta; si acaso, lo único que le sorprendió fué que aquel señor no estuviera seguro.

Contestó con toda naturalidad:

—Parece que lo ha oído usted: está aquí mismo.

Empujó una puertecita, en la que Daniel no se había fijado antes, y le hizo pasar.

El joven se vió en una estancia, de no muy grandes dimensiones, y que, fuera de la puerta por donde habían entrado, no tenía hueco alguno al exterior. Los muros semejaban en pintura las grandes piedras de las paredes de una mazmorra, y al frente, pintada también, había una ventana pequeña cruzada por barrotes muy gruesos.

Era aquello una celda de la Inquisición: en el centro, empotrado en el suelo, había un grueso poste de madera que terminaba arriba en dos aspas horizontales en forma de T.

Pendientes de los muros había unas cadenas, unas disciplinas, unas fustas de diversos tamaños y grosor... Pero lo más pintoresco de la mazmorra era la luz, una claridad difusa y rojiza, del color de la sangre, que debía ayudar no poco a excitar la masoquista imaginación del cliente.

A Daniel le pareció aquello demasiado teatral para ser... sincero.

—Diga usted, y esto ¿lo usan ustedes mucho?

—Raro es el día en que no se ocupa varias veces.

—¡Es posible!



—Generalmente se da con el gabinete egipcio: los clientes antiguos de la casa, cuando quieren esto, ya saben lo que tienen que pedir. “¿Está libre el gabinete egipcio?”, dicen, y nosotras ya les entendemos.

Salieron de allí; Daniel se ahogaba entre aquellas cuatro paredes sin ventilación, pero con un ahogo voluptuoso.

Continuaron la visita.

El llamado salón de los grandes duques era en realidad el escenario de la casa: en él no había lecho alguno, y sí unos divanes adosados al muro, y era allí donde se representaban los cuadros famosos, las grandes batudas en que tomaban parte unas dos docenas de hijas de Eva, vestidas con el mismo traje que llevaba su madre.

El comedor, otra pieza suntuosa, era una de esas estancias muy bien alhajadas en las que lo que menos se hace es comer.

Tuvieron que detenerse ante otra puerta.

—¿Está ocupada?—preguntó la acompañante a la doncella del piso.

—Sí.

—¿Quién hay?

—Esa señorita nueva que ha entrado esta mañana. No recuerdo cómo se llama.

—Es el gabinete romano—dijo a Daniel—. ¿El salón Luis XV no lo vió antes?

—No, señorita.

—Venga por aquí.



Estaban otra vez en el primer piso. Daniel se vió de nuevo en el gran salón donde antes se le habían presentado las mujeres de la casa para que eligiera; había que atravesar por él para pasar al salón Luis XV. En él estaban, montando la guardia, las chicas que antes vió Urrutia; pero como el cliente que ahora entraba ya había... cumplido su misión, no formaron el semicírculo, ni se creyeron en el caso de sonreír; estaban sentadas en los divanes, por grupos o por parejas, y Daniel pudo observar, ¡oh, admirable organización!, que ni una sola, en las dos veces que tuvo que pasar entre ellas, alzó los ojos para mirarle.

Nada de esas leves cuchufletas, de esas sonrisitas, ni de esos tactos de codos, que se producen en el *salón* de las niñas de otras casas cuando llega un cliente. La base de la *maison Chabanaïs* era la seriedad y... los veinte francos que costaba la entrada, como en un anfiteatro de la Opera.

El salón Luis XV, verdadera joya de la casa, era, según la acompañante de Daniel, una copia exacta de una de las estancias más suntuosas del castillo de Versalles. Al visitante, lo que más gracia le hizo fueron unos entrepaños, imitando Gobelinos, en los que aparecían Salomón y la reina de Saba, la Pompadour, Enrique IV, Sansón y Dalila...; es decir, los grandes cachondos de la Historia.

Al pasar de un sitio a otro del salón, por la puerta que había quedado entreabierta, se veían



los grupos y las parejas de las señoritas de la casa. Fijándose en algunas, desde lejos, Daniel se creyó en el caso de insinuar a su guía:

—Claro, entre muchas de ellas habrá esas amistades y esos amores inevitables...

Y juntaba al revés una mano con otra, frotándolas suavemente.

—Eso en la casa está rigurosamente prohibido. Ni podrían tampoco: arriba, en sus dormitorios, quedan siempre dos vigilantes durante toda la noche para evitarlo.

—¡Ah!

—Aquí, en casa, las señoritas no hacen eso más que en presencia del cliente, cuando éste lo pide, naturalmente.

Se había terminado la visita. Al salir al pasillo, desde el salón de las muchachas, Daniel Urrutia se quedó mudo de espanto y tuvo que apoyarse en el muro para no caerse. Delante de él, vestida, o mejor dicho, desnuda, con la túnica uniforme de la casa, estaba Rosalía, la doncella de María Teresa, que, habiendo hecho su primer trabajo en la casa, volvía al cuerpo de guardia.

—¡Rosalía!

—¡Daniel!

La acompañante de éste debió notar en los rostros de ambos algo muy alarmante, y se apresuró a intervenir.

—¿Se conocían ustedes? Esta señorita ha entrado hoy en la casa...



Pero Daniel no la oía; en su cabeza, y en medio de una ráfaga de locura, se formó una ensalada de conceptos: Rosalía, María Teresa, la carta, el baúl, el gabinete de tortura...

Y a gritos, como un enajenado, empezó a pedir:  
—¡A ver! ¡El gabinete egipcio! ¡Que me den el gabinete egipcio!

Nadie se alteró al oírle; nadie perdió la serenidad; ¿qué escenas podrían ser nuevas en aquella casa?

—El señor, para el gabinete egipcio, tiene que elegir dos señoritas.

—Muy bien; pues estas dos.

Y señaló a Rosalía y a Ivonne.

—¿Quiere el señor que le suban una botella de *champagne*?

—¡También! ¡Y el bicarbonato!

Todo eso lo decía gritando.

.....  
Pero cuando gritaba de verdad era cuando, diez minutos después, atado al poste en forma de T del gabinete de tortura, recibía los correazos de Ivonne y Rosalía, que no daban paz a la mano.

Las chicas, buenas muchachas al fin y al cabo, habían empezado tomándolo a broma; pero animadas poco a poco, lo hacían ya con la solemnidad con que se hacía todo en aquella casa.

Cuando, a las once de la noche, respiró Daniel Urrutia el aire de la calle, llevaba una gran tran-



quilidad de cuerpo y de espíritu. Los azotes le habían sentado como una buena ducha dada a tiempo.

Y es que, en todo eso del sadismo y del masoquismo, aparte la estupidez que ha puesto en ello la literatura, hay mucho de tratamiento higiénico.

FIN







126 (7-2070-A1)



Precio: 5 pesetas.

Imp. y Talleres de Fotograbado  
Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)